

AUGURIOS Y ÁGUILAS

LUISA  CISNEROS

Augurios y Águilas

Luisa M. Cisneros

Copyright © 2016 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Luisa M. Cisneros
<https://amazon.com/author/luisamcisneros>

Contenido

Augurios y Águilas

Notas de la autora

Otras obras de la autora

Suscríbese a nuestra lista de correo para mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Luisa M. Cisneros. Haga click [AQUI](#)

Prólogo

La hoja del cuchillo se hundió en la garganta de la cierva sin dificultad. Los sacerdotes sujetaron al animal para evitar que saliera espantada y se arruinara el ritual; sus lastimeros gemidos llenaron el salón del rey durante los escasos minutos que tardó en desangrarse. Uno de los acólitos sujetó el cuenco que se llenaba con la sangre, concentrado en no derramarla a pesar del vaivén de la cierva. Un cuenco de cerámica decorado con dibujos de formas sagradas, pintados con raros pigmentos. Si dejaba caer la sangre, el ritual del horóscopo fallaría y debería ser postergado durante una luna entera, llamando con esto a la mala suerte y a los espíritus malignos. El acólito habría sido castigado con crudeza, quizás sería ejecutado. No podían permitir que la princesa fuese atacada por aquellas ánimas que codiciaban la inocencia de los bebés y provocaban fiebres y cólicos. Si el cuenco llegara a caerse y romperse, todos los presentes quedarían malditos de por vida. Desde luego, el acólito puso todo su empeño para que el ritual tuviera éxito, por su propia vida y la del resto de los testigos presentes.

Cuando el druida levantó la mano, el acólito retiró el cuenco. La sangre continuó manando de la herida, salpicando el suelo de tierra prensada y los pies de los sacerdotes. Otro acólito colocó un barreño para recoger el resto del fluido vital. La sangre que lo llenaba era menos sagrada que la primera, pero serviría para pintar las puertas de las cabañas de toda la aldea y para que las mujeres bebieran al menos un trago. La sangre de cierva era buena para la fertilidad de las doncellas y la salud de las embarazadas. Si se tratara de un príncipe se habría sacrificado un ciervo de cornamenta plena, que aumentaba la virilidad, pero para una niña lo apropiado era una hembra.

El druida sacó de una de las bolsas que llevaba en su cinturón una pizca de polvo negro, que echó en el cuenco de sangre y removió con los dedos. Estaba caliente y pegajosa.

—Acercad a la niña —indicó con voz cavernosa, alzando los dedos, que gotearon sobre el cuenco.

La reina dio un paso adelante, vestía una larga túnica de invierno que rozaba el suelo, ceñida a la cintura con una tira de cuero. Sobre sus hombros reposaba una capa gris y verde, tan gruesa que el peso resultaba incómodo al cabo de unas horas, pero que era indispensable para combatir el frío y la humedad de la zona. Cerraba la capa a la altura del cuello con un broche de oro, al igual que los brazaletes que adornaban sus brazos, tatuados en azul sagrado. Era una mujer hermosa y sana, de cabello rubio y ojos azules; bajó la mirada llena de reverencia ofreciendo al bebé envuelto en paños suaves. El druida posó los dedos en la frente de la niña, una gota de sangre resbaló por su pequeña nariz y continuó por su pómulos, como si fuera una lágrima.

—Padre Ciervo, protege a la niña Kanna, hija del rey Caradawc y la reina Fedelmid. Que no la dañe ni hombre, ni animal, ni monstruo, ni espíritu, ni hada. Que su tiempo sea próspero. Que sus hijos sean fuertes. ¿Lo oímos todos?

Los testigos, miembros de la familia, amigos y aliados leales, gritaron al unísono:

—¡Sí!

La niña se inquietó al escuchar el ruido, pero no tardó en calmarse. El druida se apartó, volviendo al altar, y alzó el cuenco.

—Que los dioses me muestren el destino de Kanna si así lo desean.

Y diciendo esto, se lo llevó a los labios y apuró hasta la última gota. Los acólitos avivaron el fuego, cuyas chispas flotaron en espirales a espaldas del druida. La teatralidad era importante para sobrecoger a los testigos, los dioses apreciaban cuando los mortales le mostraban al menos un poco de temor a sus enviados.

El polvo que había mezclado con la sangre era una raíz sagrada, secada y machacada con esmero hasta convertirla en polvo, provocaba visiones cuando se bebía en una poción. El druida no tardó en comenzar a sentir sus efectos. Se convulsionó con los ojos vueltos y una espuma rosada resbalando por la comisura de los labios hasta la barba trenzada. Los testigos contuvieron el aliento. El calor del fuego era asfixiante. Las llamas recortaban la silueta del sacerdote, haciendo que su imagen pareciera casi divina.

Una vez que pararon los temblores, con los ojos aún en blanco, el druida habló con una voz que no era la suya, tenía el cavernoso tono de voz del Padre Ciervo:

—Vendrán los días de los hombres del Águila y ella perderá su nombre. Su destino se encuentra al otro lado del mar, en las tierras septentrionales donde se toma el pan y el aceite. Vestirá seda y oro, y olvidará el significado de su sangre, pero cuando empuñe las riendas del carro volverá a sentirse princesa. Entonces, y sólo entonces, será reclamada nuevamente por la tormenta.

El druida perdió el equilibrio y cayó de rodillas junto al fuego. Dos acólitos trataron de ayudarlo a ponerse en pie de nuevo, pero él los apartó, aún convulsionando. La reina, por su parte, estrechó al bebé contra su pecho. Sus pendientes tintinearón y la niña alzó una mano como si tratara de cogérselos. Su hija, ¿perdida? ¿al otro lado del mar, con los hombres del Águila? ¡Jamás! Mientras le quedase aliento, no permitiría que aquello ocurriera.

El rey le rodeó los hombros con el brazo, en un vano intento de proteger a su esposa y a su hija frente a aquel destino incierto. Era tan alto y tan grande que podía abarcar a ambas sin dificultad, pero defender a sus seres queridos del destino que les deparaban los dioses no sería tan sencillo. Si los hombres del Águila volvían, significaría la guerra. Cien años antes, el abuelo de su abuelo había combatido contra las hordas romanas, que avanzaban imparables como si fueran un mar de escudos rojos y dorados. Nadie los había olvidado, temían que un barco enemigo llegase a las playas para tratar de conquistarlos nuevamente.

¿Se cumpliría de veras la profecía del druida, o lograría defender a su familia y a su pueblo del asedio de las bestias sureñas? Todavía no podía saberlo.

Los augures del templo de Júpiter aguardaban en las escaleras que comunicaban el enorme edificio blanco con el centro del Foro. Eran hombres imponentes, envueltos en sus mejores togas y con la cabeza cubierta por velos blancos. Aunque los plebeyos podían acceder al sacerdocio desde hacía varios siglos, lo normal era que solo los patricios y los muy adinerados pudieran permitirse tal honor. El cargo proporcionaba gloria y respeto, y cualquier carrera política que contase con un nombramiento como augur recibía un importante impulso. Los sacerdotes eran los encargados de leer los designios de los dioses de múltiples maneras, ya sea en las tripas de un animal sacrificado o en las señales del cielo.

Aquella mañana, sin embargo, los augures se habían reunido por orden del Emperador. El mismo Claudio había acudido al pie del templo acompañado por su guardia pretoriana. Vestido de blanco impecable excepto por las bandas púrpura que adornaban su toga, Claudio lucía como un verdadero César. Atrás quedaban aquellos años en los que su familia lo llamaba monstruo y engendro. ¿Quién iba a creer que acabaría siendo el amo y señor de toda Roma? Pero no habría sido sabio caer en la vanidad y el despotismo. Su sobrino y antecesor, Calígula, había sido asesinado por eso mismo. Los cuchillos no tardarían en cernirse sobre él si no actuaba con astucia y rapidez. Necesitaba asegurarse la lealtad de sus tropas, que apenas lo reconocían, y por ello planeaba una guerra. Nada mejor que elevarse victorioso de un conflicto y procurar riquezas para sus

soldados y Roma, para ganar más popularidad. Sin embargo, no sucedería nada de eso si los augures no leían en el cielo que contaba con el respaldo de la diosa Fortuna.

Para eso existían los sobornos.

El silencio se hizo en el Foro cuando el Pontífice Máximo anunció que se soltarían a las palomas. De los patrones de su vuelo dependía el favor de los dioses hacia el plan de Claudio. El Emperador apretó los dientes. Se había asegurado de sobornar al líder de los augures con el fin de no tentar a la suerte, pero si la plebe no discernía sinceridad en sus palabras o, los dioses no lo quisieran, las palomas sufrían un percance antes de abandonar la plaza, su plan quedaría anulado.

—¡Abrid las jaulas! —ordenó uno de los sacerdotes.

Los acólitos abrieron las cerraduras de madera y cuerda para liberar a las cien palomas blancas que albergaban las jaulas del templo. Las aves salieron de inmediato, levantando vuelo en una estela de plumas blancas. La bandada de palomas se elevó sobre la concurrencia ante la atenta mirada de los augures. Se arremolinaron sobre el Foro, como si dudasen durante un momento hacia dónde escapar... antes de volar hacia la derecha, perdiéndose más allá de los tejados de los edificios que rodeaban la plaza.

El Pontífice Máximo alzó las manos.

—¡Los augurios son favorables! Roma conquistará a los britanos y será un gran triunfo para el Emperador.

Los plebeyos enloquecieron de alegría al escuchar esas palabras. La algarabía continuó, alimentada por los agentes que Claudio había colocado en la concurrencia para asegurarse un reconocimiento digno de su figura. Con suficiencia, Claudio saludó a los plebeyos y sonrió. Todo había salido como esperaba, pero sabía que por delante le quedaban años de guerra y el éxito de la conquista dependía más de los generales que enviase que del beneplácito de los dioses.

Subió la escalinata, custodiado por su guardia, y entró en el templo para agradecer a Júpiter sus señales propicias. Los sacerdotes murmuraban entre sí mientras Claudio cojeaba en dirección al altar. Allí, lo ungieron con los máximos honores y elevaron plegarias para reforzar la bendición de los dioses.

Cuando Claudio estaba por dar la vuelta para volver al Foro y subir al carro que lo llevaría a su residencia, un joven sacerdote pidió humildemente al Emperador que prestase oído a lo que tenía que decir. No sin sospechar que podía tratarse de una treta de sus rivales políticos, Claudio hizo un gesto al joven para que se aproximara. Sus pretorianos vigilaban. Si intentaba algo, lo defenderían.

—Dime, sacerdote, ¿qué es lo que deseas contarme? —preguntó Claudio en voz baja.

—Hay una parte del augurio que no se te ha revelado, mi Emperador —contestó él, bajando la cabeza—. Desconozco el motivo de ello, pero no puedo quedarme en silencio cuando el destino de Roma puede depender de ello.

Claudio frunció el ceño. Era un hombre joven, apenas un muchacho que acababa de recibir su toga *virilis*. No ubicaba su rostro, pero seguramente habrían coincidido en alguna fiesta en la que su padre hubiese querido presentarlo en sociedad. No supo si confiar en sus palabras, pero no perdía nada en prestar oído. Si se trataba de una trampa, debía estar preparado para conocer de antemano el plan de sus rivales.

—Habla —indicó Claudio.

—Cierto es que conquistarás Britania y obtendrás riqueza y gloria. Se te otorgará un triunfo y desfilarás por las calles de Roma como el gran vencedor de la contienda. Pero, con el botín, traerás contigo algo que nunca se ha visto en estas tierras.

—¿El qué?

—Un poder desconocido entre los latinos. Una fuerza incomprensible para los siervos de los dioses del Olimpo.

—Habla claro, sacerdote. ¿A qué te refieres? ¿Y qué será, bueno o malo? ¿Podré utilizarlo en nuestro favor o significará un riesgo para Roma?

El muchacho negó con la cabeza, solemne.

—El augurio no ha sido tan claro. Lo lamento, mi Emperador, pero esto es todo lo que puedo decirte al respecto.

Claudio apretó los labios.

—Te lo agradezco. Lo tendré en cuenta, joven sacerdote. Puedes retirarte.

Dio orden de que continuasen la marcha de vuelta al Foro. Aunque no quisiera reconocerlo, las palabras del muchacho lo habían inquietado. No tenía la misma fe en los dioses que otros romanos, pero la solemnidad del sacerdote y sus palabras de incertidumbre lo habían hecho estremecerse. No sabía cuán cierto eran aquellas palabras, pero no por ello iba a cancelar sus planes de conquistar Britania. Donde Julio César y Augusto habían fracasado, él pretendía triunfar.

Capítulo 1: El mercado de esclavos

La niña no dejaba de llorar. No importaba cuántas veces el amo golpease los barrotes de su jaula con la vara o la amenazase con el látigo. A lo sumo, lograba que sus berridos se convirtieran en sollozos durante un rato antes de que rompiera a llorar a gritos otra vez. No era la única que lloraba, pero sí a la que permitían hacerlo sin darle verdadero castigo. El amo no había olvidado las palabras del tribuno: aquella niña era una princesa y como tal había que tratarla. Aunque ni a ella ni a su madre les permitieran salir de la jaula, la comida que les procuraban era de mejor calidad y el agua estaba limpia.

Su madre había dejado de cantar hacía varios días. Se limitaba a acariciarle el pelo con la mirada perdida, más allá de la realidad. Había soportado, íntegra y orgullosa, mientras las olas del mar azotaban la cubierta del barco y se colaban hasta la bodega. Había protegido a la niña del frío y el ardiente sol con su propio cuerpo, sin importarle cuánto temblase o cuánto le quemase la piel. La había arrullado para que durmiera y le había cantado su canción de cuna hasta que de su garganta ya no salía ni un murmullo. Cuando al fin desembarcaron en el continente y quedó claro que las habían llevado al otro lado del mar con los hombres del Águila, sin escapatoria posible, recién ahí se había dado por vencida.

No se podía eludir el destino, y en esta tierra Padre Ciervo no escuchaba.

La niña sabía que había algo malo en el ambiente. Apenas tenía tres años, pero eso no significaba que fuese indiferente a los cambios y a la violencia. Era consciente de que la luz en su madre se apagaba y que ya no respondía, agotada después de un viaje por mar y una guerra. También entendía que los hombres que las habían apresado eran enemigos. Hablaban una lengua extraña y se mostraban bruscos con ellas, asomándose a la jaula para mirar con ojos hundidos y tocar con manos sucias. No sabía a dónde habían llevado a su padre. La última vez que lo había visto, tocado con su casco de bronce y enarbolando su enorme hacha, él se había despedido con un beso y un abrazo. Ella había hecho un mohín al sentir en su mejilla la aspereza de la barba, pero le había devuelto el gesto con gran dulzura. Oía a caballo, a cuero y a acero, los olores de la guerra. Se había ido y no había vuelto. Ante su insistencia, su madre le había dicho que lo habían capturado, pero no lo habían traído en el mismo barco. Aún era muy joven para poner en duda la sinceridad de su madre.

Le dolía la barriga, le ardía la piel y tenía hambre. Su madre la asustaba. Las habían traído a esa calle llena de gente rara y no sabía qué sucedería ahora. Veía a hombres y mujeres morenos, con la piel bronceada por el sol, o marrón, o negra, que vestían trajes de todos los colores, hasta el color sagrado. Algunas personas llevaban en sus hombros grandes cajas doradas con cortinas aún más finas que el mejor vestido de su madre. Los niños correteaban alrededor de las jaulas sin prestarle atención mientras jugaban con trompos de madera. Se veía gente cargando toneles y sacos de granos, cruzándose con hombres santos, mujeres cacareando al mostrar a los transeúntes sus olorosas cestas de pescado y también había soldados. A esos, la niña ya los había visto. Iban envueltos en capas rojas y armaduras metálicas, portando lanzas. Eran parecidos a los que habían entrado en su casa para encadenarla a ella y a su madre, pero estaban más limpios. La niña escupió al suelo, lo que a su padre le habría llenado de orgullo. Nadie se detuvo para mirarla, así que siguió llorando.

El lote de esclavos nubios resultó bastante decepcionante para Cayo Aurelio Libo. El tratante aseguró a la audiencia que eran fuertes y resistentes y que proporcionarían un servicio de calidad tanto en granjas como en villas, pero el patricio no se vio seducido por

ninguna de sus supuestas habilidades. Ya tenía suficientes esclavos para que atendieran sus propiedades y no necesitaba más criados ni obreros. Laertes, su griego, había coincidido en lo mismo. Había hecho los cálculos en la tablilla de cera que llevaba siempre encima; Libo no necesitó comprobar las cuentas para saber que eran correctas. Laertes llevaba la contabilidad de su casa y le aconsejaba en asuntos económicos y prácticos. Su compra sí que había sido un acierto. Un griego educado, con talento para las matemáticas y las letras podía valer una pequeña fortuna. Suerte que lo había comprado siendo un muchacho, lo que abarataba el precio. Libo había decidido arriesgarse, confiando en su capacidad para juzgar, que el potencial del chico superaría al de los hombres maduros que había vendido ese mismo día. No se había equivocado.

No, no necesitaban más esclavos, pero su esposa se había encaprichado con echar un vistazo al mercado.

—Querida mía —dijo el patricio a su esposa, a la que abanicaba un esclavo sin llegar a aliviarse del todo—, no creo que haga falta seguir soportando este sol más tiempo. Aquí no hay nada de nuestro interés. Son todos carne de mina y de obra. Los africanos no son nada impresionantes, y en el lote de britanos solo encontrarás bestias inhumanas.

—Querido mío —respondió ella, que probablemente no le hubiese prestado atención—, espera. Creo que los dioses nos tienen reservada una sorpresa.

Libo suspiró. Apreciaba a Ofelia, que había probado ser una esposa ejemplar salvando alguna extravagancia, hasta el punto de no divorciarse de ella cuando estuvo claro que no le daría ningún hijo vivo. Otros habían encontrado divertido que pusiera la pasión por delante de lo razonable, que era buscar a una muchacha joven y de buena familia con la que engendrar herederos, pero a Libo no le importaban las risas a sus espaldas. Sin embargo, aquella fe ciega en los augurios y los dioses podía poner a prueba su paciencia.

—¡Siguiente lote! —vociferó el tratante de esclavos. A la tarima subieron una fila de hombres encadenados. Rubios, rudos, con barbas hirsutas y sucias. Britanos—. Estos hombres, combatientes natos y feroces, son una elección ideal si lo que necesitáis son guardaespaldas o gladiadores. Ya saben pelear con el hacha y el escudo, pero son fácilmente adiestrables en cualquier otra disciplina. —El amo tiró de las cadenas para que se dieran la vuelta, mostrando la amplitud de sus espaldas y la poderosa musculatura de los brazos—. Darán un espectáculo magnífico. ¡Mirad qué cuerpos! ¡Qué piernas! El precio de salida es de dos mil denarios por los cuatro.

—¡Dos mil! —dijo el esclavo del lanista Vibio, el amo de gladiadores, desde la primera fila.

—¡Dos mil doscientos! —contestó otra voz, al fondo.

Libo volvió a suspirar.

—Querida mía, perdemos el tiempo. Nada de esto nos interesa.

—Laertes —indicó la mujer al esclavo griego—. Ve al amo y pregúntale por la sangre del ciervo.

—¿La... sangre del ciervo, dómina? —preguntó él, dubitativo.

—Sí, la sangre del ciervo. ¿No me has entendido?

—Sí, dómina.

El griego bajó la mirada en señal de obediencia y cruzó entre la gente en pos del amo de la caravana. Libo se cruzó de brazos.

—¿Qué es eso de la sangre del ciervo? ¿Alguna tontería de esas que te susurran los sacerdotes?

—Querido mío, no desprecies lo que no comprendes.

¡Mujeres! ¿Qué podía hacerse al respecto? Frunciendo el ceño para evitar ser deslumbrado por el sol, Libo contempló cómo Vibius el ludista se hacía con el lote de

britanos por cuatro mil cincuenta denarios. La fila de bárbaros dio paso a otra más. Menudo tedio.

Laertes volvió poco después, sin aire. Le corría el sudor por el cuello y el sol se reflejaba en la placa que colgaba de su cuello, que indicaba el nombre de su amo con el fin de que todo el mundo conociera su procedencia.

—Dómine, el amo de esclavos quiere hablar contigo.

—¡La sangre del ciervo! —exclamó Ofelia, complacida—. Vayamos, esposo mío. Los dioses son compasivos.

—¿Pero de qué trata todo esto? —insistió Libo—. Laertes, ¿qué es lo que te ha dicho?

—Algo sobre una oferta especial para ti. No le he entendido bien; el hombre habla con acento hispano.

Ofelia tiró de su brazo y Libo no pudo sino seguir a su esclavo en busca del amo de la caravana. Se mantenía escéptico respecto a esa oferta especial, pero Ofelia estaba tan entusiasmada que casi lograba contagiarle. No sabía qué demonios era esa sangre del ciervo que tanto repetía, pero suponía que tendría que descubrirlo con sus propios ojos.

El amo los esperaba entre las jaulas y las carretas. Decenas de ojos perdidos se volvieron hacia ellos, tan limpios y relucientes como solo podían lucir los patricios. Libo hizo caso omiso de los esclavos que aguardaban el turno de venta y se volvió hacia el hombre de la vara.

—Soy Cayo Aurelio Libo. Mi griego me dice que me llamabas.

—Sí, señor. El griego me ha preguntado por la sangre del ciervo, algo que no esperaba enseñar hasta el final. Pero dado que habéis adivinado, no sé cómo, la naturaleza de ese lote, me dispongo a mostrároslo directamente.

El amo los guió hasta la jaula más alejada. En el interior, una mujer rubia sostenía entre sus brazos a una niña de unos dos o tres años. La mujer, cuyos tatuajes azules sobre la piel quemada le hicieron fruncir el ceño, miraba al suelo como ida. La cría, en cambio, se giró para prestarles atención. Tenía la cara sucia de lágrimas y polvo del camino, y el pelo rubio oscurecido por la porquería. Libo estaba seguro de que, una vez lavado, sería casi blanco.

—Esto es, Cayo —dijo su esposa, a su lado—. Esto es lo que predijeron los augures. La sangre del ciervo. La niña, Cayo.

—¿Para qué quieres a la niña?

—Tiene sangre noble. La tiene, ¿o no?

El amo se aclaró la garganta.

—Es la esposa de uno de los jefes britanos, sí. El enemigo del Imperio Carataco, que pronto será obligado a desfilar por las calles como prisionero del César. La niña también es suya.

—Cayo, los augures vieron esto —siguió murmurando Ofelia—. Me dijeron que los dioses me darían una hija de sangre noble, la sangre del ciervo. Una niña de sangre real a la que ponerle un apellido, que nos proporcionaría honor y reconocimiento si la entregáramos para que sirviera a la diosa Vesta.

Libo frunció el ceño. ¿Estaba diciéndole que comprasen a aquella cría para adoptarla como propia? Era posible si le daban la libertad primero. Sabía de casos en los que los amos de esclavos decidían hacerlo si el niño en cuestión era su bastardo, o si se habían encariñado con el muchacho tras verlo crecer y jugar en la casa.

—¿Y quieres educarla para vestal? ¿No sería mejor casarla?

—No, no... Los augures fueron claros, Cayo. El único modo en que ella se convierta en nuestra de verdad es si se mantiene pura para la diosa.

Una hija vestal. Sí, podría ser. La niña era hermosa, aunque poseía rasgos claramente extranjeros. Había considerado la adopción como método para continuar con la línea familiar y nombrar un heredero, tal vez de un sobrino o un primo joven, pero no de un niño. ¿Por qué no complacer los delirios de Ofelia y aprovechar la oportunidad para disfrutar de la satisfacción de la crianza? Hasta los hombres más severos encontraban placer en las risas de los niños.

Libo ordenó a Laertes que negociase con el dueño de la niña y sacase el mejor precio posible. Ofelia dio palmadas. El patricio dejó que el griego se las arreglase con el amo para acercarse a la jaula y mirar de cerca a la niña. Una hija. Sí. ¿Por qué no? La idea le arrancó una sonrisa.

La niña vio que aquellas personas que hablaban en una lengua extraña la observaban. La mujer llevaba un vestido largo y sin mangas de color verde pálido, pero sus brazos desnudos no mostraban ningún tatuaje. Se cubría la cabeza con un tocado de seda y rizos rojos caían junto a sus orejas. El hombre que la acompañaba tenía un porte arrogante. Su túnica no tenía patrones de cuadros, como los de los hombres de su tierra, y caía hasta las rodillas sin pantalón alguno. Tenía el cabello corto y escaso, y las mejillas rasuradas como las de un muchacho. El interés en sus ojos la hizo sentir cohibida. ¿Qué querían de ella? Buscó refugio en los brazos de su madre, pero esta apenas le hizo caso. Volvió a posar su mirada en el romano. ¿Por qué no dejaban de mirarla?

El amo de la vara se acercó con una llave y manipuló el cerrojo de la puerta. La niña se agitó. Venían por ella. Lo intuía.

—¡Madre! —gimió—. ¡Madre, despierta!

Le había repetido aquello una y otra vez durante el viaje en un intento de sacarla del trance en que se había sumido, pero no lo había logrado. Empezó a llorar. El hombre tendió una mano para sujetarla de la pierna y arrancarla de los brazos de la mujer, pero tan pronto sintió que se la quitaban, ella despertó.

La reina se encontró de nuevo cubierta de cadenas, en tierra hostil y rodeada de enemigos. Y, como había temido, se llevaban a su hija. Los dioses lo habían advertido.

—¡No! ¡Jamás! —vociferó, y en su cuerpo brotaron las últimas energías que conservaba. Sostuvo a su pequeña y se giró hacia el fondo de la jaula intentando protegerla.

Los romanos se movieron a su alrededor, alertados. El esclavista entró para golpearle las pantorrillas y los hombros con la vara, pero tan pronto hendió el aire por segunda vez, ella la sujetó llena de furia. El romano empalideció, soltando la vara flexible sin poder evitarlo. Los britanos, con su terrible furor, eran enemigos impredecibles. Hasta las mujeres se comportaban como perros rabiosos, lanzándose desnudas a la batalla sin importarles su propia seguridad.

La reina rodeó el cuello del esclavista con las cadenas que colgaban de sus muñecas y lo derribó sin que la diferencia de peso entre ambos fuese relevante. Su furia fluía por sus venas, alimentando la fuerza de sus agotados músculos hasta niveles insospechados. Apretó los eslabones en torno a la tráquea y tiró con las dos manos. El rostro del esclavista enrojeció y fue tomando un leve tono azulado mientras los romanos gritaban a su alrededor.

—¡Nunca! ¡Nunca! —vociferaba—. ¡Nunca mientras me quede aliento!

Algo se le clavó en el costado. El dolor fue insignificante, pero la punta de metal se introdujo a través de las costillas hasta desgarrar su corazón. Sin sangre que bombease furia, el cuerpo de la reina quedó exánime, liberando la presión sobre el cuello del esclavista, que no tardó en arrancarse las cadenas con un gruñido de alivio.

La niña se abrazó a la espalda de su madre y se echó a llorar desconsolada.

—¡Bárbaros locos! —exclamó Ofelia, cubriéndose la boca con la mano—. ¡Semejante falta de cordura...! ¡Podría haberle hecho daño a la niña!

Su marido frunció el ceño. El esclavista forcejeó con la pequeña para arrancarla del cuerpo de la mujer. Si la misma sangre que inundaba el suelo de la jaula corría también por sus venas, iba a ser necesario mucho adiestramiento. Podrían empezar por un buen baño.

—Vamos, querida. Que Laertes se ocupe de que la lleven a casa —dijo Libo tomándola del brazo con gentileza. Ofelia aún seguía recriminando la falta de cuidado de los esclavistas, que no habían aislado a esa fiera de mujer debidamente—. Cálmate, querida. La niña ya es nuestra.

Capítulo 2: Un nuevo hogar

La casa de la familia Aurelia en Roma se hallaba en el monte Palatino, al igual que otros palacetes y viviendas de lujo donde moraban los patricios más ricos de la región. Allí llevaron a la niña después de comprarla, sin darle importancia a sus pataleos y quejidos. Libo no pudo evitar ciertas reservas. Aquella parte de la paternidad era la que menos le gustaba, la de tener que soportar los gritos y berrinches de los niños. Su anciano padre, que hacía una década ya que había visitado a Caronte, no había tenido reparos en castigarlos a él y a sus hermanos cuando se propasaban siendo críos. Él no les había tocado un pelo jamás, pero había ordenado a su esclavo personal que les arrease con una correa de cuero. Libo aún sentía el escozor en la parte trasera de los muslos cada vez que pasaba junto a los peleteros en el Foro.

Ofelia, por otro lado, demostraba una paciencia inusitada. Su mujer no era la mujer más generosa ni la más amable, pero con aquella niña bárbara se comportaba como una amorosa nodriza. La sostenía entre los brazos sin que parecieran importarle sus sollozos y sus intentos por escapar.

—Si esa mujer no se hubiese comportado de esa manera —dijo, refiriéndose a la madre de la pequeña—, estoy segura de que la pobrecita no lloraría tanto. Es normal que esté así, querido mío, pero en un par de días se le habrá olvidado.

¡Un par de días! Libo se apretó las sienes con los dedos imaginando lo terrible que sería una pataleta como esa prolongada en el tiempo. Casi se arrepentía de haber consentido el deseo de su esposa. Un niño crecido y bien educado habría sido una mejor elección.

Pese a todo, como acostumbraba, murmuró entre dientes:

—Como tú quieras, querida.

La casa de Libo había pertenecido a su padre. Los muros exteriores, revestidos de yeso, lucían un impecable color naranja que repintaban cada primavera para que no perdiera un ápice de su belleza. El llanto de la niña resonó en el pórtico frontal y en el atrio al entrar, como un aviso de lo que estaba por venir. Libo volvió a apretarse la cabeza.

—Que se lleven a la niña al baño —ordenó a uno de sus esclavos—. No me extrañaría que tuviera piojos. Que quemen ese pingo que lleva y que compren unos cuantos vestidos más adecuados para alguien de su posición.

—¿Su... posición, dómine? —preguntó Gala, una de las esclavas más antiguas de la casa.

—Mañana iremos al registro para darle la libertad de manera oficial, ¿verdad, Cayo? —interrumpió Ofelia, que aún retenía a la niña contra su cuerpo—. Será nuestra hija.

Si a Gala le pareció extraño, no dio muestras de ello.

—Sea, dómine.

La mujer se volvió e indicó a otros esclavos por debajo de su posición que se ocupasen de cumplir con los deseos de los amos y pronto desapareció de la vista, llevándose consigo a la pequeña britana.

Libo apretó los dientes y subió a su dormitorio para cambiarse la túnica, que sentía polvorienta y sudada después del viaje bajo el sol abrasador. Laertes lo acompañó para ayudarlo, aunque no fuese necesario.

—Y a esto le lleva uno el complacer a su esposa —suspiró Libo, mirando desde el balcón el jardín interior, circundado por muros para protegerlo de miradas ajenas. El llanto de la niña resonaba hasta allí, desde los baños—. ¡Mal rayo me parta! Seré el hazmerreír de Roma. ¿Una hija britana? Princesa o no, no deja de ser una salvaje.

—Dómine, si se me permite hablar, no creo que sea tan mala idea —contestó el griego.

Laertes era un hombre joven a cuyo servicio se había acostumbrado muy rápido. Como administrador y contable no tenía rival, pero su habilidad como confidente era aún más interesante. No cuchicheaba a sus espaldas, como otros, y daba consejos de verdad, con la sensibilidad de alguien a quien le importase de veras su destino. Libo se volvió para mirarlo a los ojos.

—Habla, Laertes.

—La dómina tenía cierto conocimiento acerca de la herencia de la niña antes que nadie. El vendedor de esclavos dijo que iba a mantenerlo en secreto hasta revelarlo en la última venta. No soy un hombre temeroso de los dioses, lo sabes bien... Pero hay cosas que la razón no puede explicar y esta es una de ellas.

Libo se frotó la barbilla, pensativo.

—Mi mujer dice que los sacerdotes le revelaron que esa niña estaría allí, pero me niego a creer que lo supieran a través de los dioses. Debieron de tener acceso al manifiesto del barco antes que nadie. Sí, eso es. No hay ninguna magia, sólo artificios... Y la tonta de Ofelia se los ha creído.

El griego asintió con la cabeza, con la duda brillando en los ojos castaños.

—Tal vez fuera así, dómine. Tal vez no. En cualquier caso, adoptando a la niña has contentado a tu esposa y a los sacerdotes. El logro no puede despreciarse así como así. Además, si el deseo del Pontífice Máximo es el de convertirla en vestal, tanto mejor para tu casa. Aprovecha la oportunidad y envíala a servir a la diosa.

—Veremos —dijo Libo, agitando la mano con desdén—. Lo que quiero hacer ahora es relajarme y tomar algo que me quite este dolor de cabeza.

Abajo, en los baños, los esclavos se ocupaban de lavar a la niña lo mejor que podían.

Aquella era una de las partes más importantes de la casa. No todo el mundo contaba con una bañera y un sistema de tuberías en la comodidad de su vivienda; algunos, incluso los patricios de menor poder adquisitivo, dependían de los baños públicos para disfrutar de la higiene personal. Aunque Libo y Ofelia preferían acudir allí en ocasiones, sobre todo cuando necesitaban encontrarse con amigos y partidarios o para cerrar negocios, la terma privada les ofrecía la posibilidad de relajarse sin preocuparse de miradas ajenas.

Dos esclavas jóvenes habían entrado a la bañera para asegurarse de frotar hasta la última partícula de suciedad de la piel de la niña. Su toque era amable, entrenado a fuerza de golpes y reproches cuando se propasaban en las labores de masaje y depilado. Aunque al principio lloró desconsolada, el calor del agua y el murmullo suave de las esclavas fue calmando a la pequeña hasta que se dejó hacer por completo. Permitted que la embadurnasen en aceites perfumados y le retirasen el polvo adherido con ayuda de un estrígil, una herramienta de metal curva con la que se llegaba a cualquier parte sin dañar la piel. No dijo nada cuando le lavaron el pelo con un champú importado de Egipto, frotando el cuero cabelludo con tanto mimo que le dieron escalofríos, ni se quejó cuando le cortaron y limaron las uñas de las manos y los pies. Al final, se había encariñado tanto con las muchachas que les prodigaba abrazos sentidos mientras le secaban el cuerpo, lo que las hacía reír con simpatía ahora que nadie más estaba presente.

Cuando llegó Gala con los vestidos, las chicas se pusieron firmes de nuevo.

—Parece otra criatura —observó cuando la vistió con un vestido largo y azulado—. Está delgadísima, la pobrecita. Habrá que darle algo de comer. Ven conmigo.

La niña aceptó su mano y la siguió a la cocina, donde Gala le dio pan con miel. Era la primera cosa dulce y buena que comía en semanas. En el barco, todo lo que habían obtenido su madre y ella había sido gachas desabridas.

—Gala, ¿está ya lista la pequeña? —preguntó la señora de la casa desde la puerta. Sus ojos se abrieron mientras sonreía de oreja a oreja—. ¡Mírate! Estás preciosa. Pareces una ninfa, con esos cabellos tan claros y esos ojos resplandecientes. —Ofelia se agachó

junto a ella y le rozó las mejillas con los pulgares—. Tu padre dejará de gruñir tan pronto vea lo que han hecho contigo. ¡Seguro!

La niña no entendía lo que decía la mujer. Aquel idioma sonaba extraño y ciceante, en nada parecido a la retahíla de consonantes que ella conocía. Su rostro empolvado no le recordaba en nada al de su madre, pero tenía el mismo aire regio y poderoso que ella. Se parecía más a la reina celta que había conocido toda su vida que a la esclava desolada con la que había compartido una jaula durante tantas semanas.

—Deberíamos elegirte un nombre. Uno romano, por supuesto. Estoy convencida de que lo que quiera que te llamasen los bárbaros no tendría sentido alguno en nuestra lengua. Gala, prepara una habitación para la niña y que la chica en la que más confíes se ocupe de servirla y vigilarla.

—Sí, dómina. Le diré a Anna cuáles serán sus obligaciones a partir de ahora.

Ofelia tiró de la mano de la niña y la llevó al estudio de Libo, donde revisaba la documentación necesaria para registrar a la britana como su hija. Hacía tiempo que no liberaba a un esclavo; en el testamento, su padre había dejado por escrito que sus más fieles servidores fuesen liberados, otorgándoles un pequeño estipendio para que empezasen a valerse por sí mismos tras su muerte. Libo había sido el encargado de cumplir sus deseos, liberando así a los criados de su padre bajo la vigilancia de su albacea.

—¡Cayo, mira! Tenía razón, ¿o no? Mira qué preciosidad de niña.

Levantando la vista de los documentos, Libo reparó en la pequeña. Ahora que tenía el pelo limpio y desenmarañado y vestía como una romana, parte de sus reservas se esfumaron. Tenía la tez tan clara que no tardarían en salirle pecas tan pronto se expusiera al sol de Italia, y esos ojos azules, aunque vistosos, la marcarían siempre como una extranjera. Sin embargo, parecía probable que se convertiría en una muchacha de innegable belleza. Con la instrucción adecuada, una vez aprendiera la lengua y los modales romanos...

Sin querer, Libo sonrió.

—Es bonita, no puedo decir que no. Las vestales han de ser hermosas.

—Exacto. —Ofelia lucía una sonrisa orgullosa—. No puedo esperar a llevarla ante el Pontífice Máximo. Tiene que saber cuanto antes que la hemos adoptado y que esperamos con impaciencia su beneplácito para que ingrese en la Casa de las Vestales.

—Primero habrá que educarla —dijo él levantando una mano—. Si la llevamos hecha una cría berreante, el Pontífice no nos prestará atención.

—Oh, pero querido, eso ha sido solo el principio. Después del lamentable espectáculo en el mercado, ¿qué otra cosa cabría esperar? Debe de estar asustada. ¿No lo estarías? Con esa mujer bestial atacando al tratante de esclavos...

Libo ladeó la cabeza.

—¿Cómo vamos a llamarla? —Se mesó la barbilla—. Lo adecuado sería ponerle Aurelia.

—Julia Aurelia —propuso Ofelia, que siempre tenía que aportar su punto de vista—. No podemos olvidar que ha sido el Emperador quien nos ha llevado hasta ella. ¿Qué mejor manera de honrarlo que nombrar a su familia?

—Sea.

Libo rodeó el escritorio y se aproximó a la niña. Colocó una mano sobre su cabeza y dijo su nombre.

—Julia. Tú eres Julia. Julia.

—Kanna —contestó ella, hablando por primera vez desde que la habían comprado.

Aquello sorprendió a los dos romanos, que sonrieron con nerviosismo al escuchar la voz de su hija adoptiva.

—No sé qué quiere decir eso, pero tú eres Julia. Julia Aurelia.

—Kanna —insistió ella.

—Padre —dijo Libo apretándose el pecho con los nudillos, cada vez más falto de paciencia. Dirigió un dedo acusador al esternón de la niña—. Julia.

La niña miró a Ofelia y a Libo con enfado. Su ceño se frunció en un mohín. Recordó a su madre. ¿Dónde estaba? ¿Por qué la habían apartado de ella?

—¡Kanna! ¡Soy Kanna! ¿Madre? ¡Quiero a mi madre!

Libo observó su rostro enrojecer, pasando de la expresión confusa y tranquila con que Ofelia la había presentado a un nuevo berrinche infantil. Se apartó, despectivo, y apretó de nuevo los dientes.

—Esta niña es un desastre.

—¡Soy Kanna! —exclamó ella sin parar—. ¡Madre! ¡Madre!

—Pequeña mía, si dejases de repetir esa jeringonza y dijeras bien tu nombre... —dijo Ofelia, tratando de apaciguarla con toda la dulzura de la que era capaz.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte —respondió Libo—. Llévatela. No quiero escuchar más ese idioma. Si vuelve a gritar, dásela a Gala para que la corrija.

—Pero...

—Ya he consentido suficiente esta locura. Si esa niña no aprende, la haremos aprender. Llévatela de aquí, Ofelia. No quiero repetirlo más.

Con un suspiro, la mujer cogió a la niña de la mano y la sacó a rastras del estudio, convertida en un animalito salvaje que gritaba llamando a su madre en un idioma que nunca se había oído antes entre esas cuatro paredes.

Capítulo 3: El triunfo

La niña se había pasado la noche llorando y gritando en britano, y nada de lo que Ofelia hiciera podía calmarla. Ni besos, ni abrazos, ni arrullos, ni tortazos o amenazas con la fusta la hicieron callar. Al final, dejaron que cayese agotada por el llanto y se quedara dormida, dejando así descansar al resto de la casa.

—Es una niña muy pequeña, Cayo —murmuró Ofelia mientras se preparaba para acostarse, despojándose del vestido con ayuda de Gala y poniéndose el batín de dormir. Se había quitado la peluca, que la esclava había limpiado y perfumado para que estuviese lista al día siguiente, de modo que su cabello real caía, deslucido por las canas, hasta la nuca—. Es normal que esté así.

—Mañana tengo un día duro de trabajo por delante. Lo que menos necesito es una niña vociferante en mi casa. Si esto era lo que pretendían los augures, mal rayo les parta.

—Es temporal, querido —insistió su mujer, gateando hasta colocarse a su espalda para masajearle los hombros. Gala permaneció de pie, con la vista perdida, a la espera de sus órdenes—. Ya verás como en unos días todo esto se calma...

—¿Unos días? —gruñó él, exasperado—. ¡Mal rayo me parta!

—Su sangre es fuerte. No olvides que es hija de reyes.

—Pero la mujer romana ha de ser dócil y educada. Si no es capaz de dominarse, me temo que no voy a darle la libertad ni a adoptarla.

Ofelia dejó de masajearle la espalda y le encaró con una mueca incrédula.

—¡No! Cayo, me habías dicho que... El plan era...

—Basta ya de tonterías, Ofelia. Lo que te he dicho esta mañana ha sido antes de comprobar hasta qué punto dan de sí sus pulmones. No voy a gastarme el dinero de la liberación para nada. Mientras insista en llamarse Kanna no necesita mi nombre.

—¡Pero, Cayo...!

El hombre se tendió y se dio la vuelta para ofrecerle la espalda a su esposa a fin de dar la discusión por terminada. Ofelia no tenía sangre celta, que él supiese, pero en ocasiones podía ser más terca que una de esas salvajes.

Con un gruñido molesto, Ofelia le dio la espalda a su vez, envolviéndose en las sábanas de mal humor. ¿Por qué su esposo insistía en ofender a los dioses? ¿No se daba cuenta de que el destino les obligaba a acoger a Julia como a su hija para ofrecérsela a Vesta? Los augurios habían sido claros. ¡Hombres! Tan obsesionados con su orgullo y su nombre y sin un ápice de flexibilidad en las seseras.

A la mañana siguiente, Julia fue atendida por Anna, una de las esclavas jóvenes que habían estado presentes en el baño. La despertó a la hora en que le habían ordenado los amos, la llevó a lavarse y le arregló el vestido y el pelo, trenzándose sobre la coronilla. La niña, que había perdido la voz después de gritar y llorar durante horas, se dejó hacer. La esclava sintió pena por ella. No recordaba cuándo la habían separado de su madre, también esclava, pero cuando trataba de volver la vista atrás notaba un dolor agudo clavándosele en el pecho. ¿Sentiría lo mismo la pequeña Julia cuando creciera, o la vida de patricia serviría para hacerla olvidar por completo?

La familia tomó el desayuno en el atrio, sentados en una mesa junto a la piscina que recogía el agua de lluvia. Era la zona más fresca de la casa y la sala donde se llevaban a cabo la mayor parte de las reuniones familiares. En una mesa de metal y madera, los esclavos habían dispuesto platos con rebanadas de pan ya cortadas, una aceitera, un salero, un tarro con miel, varios ajos cortados y pelados, fruta del tiempo, una jarrita de leche y otra de vino dulce. Julia dudó qué tomar. Salvo la rebanada de pan del día anterior, no había podido comer gran cosa, pues su estómago se encontraba encogido por el hambre. Con aquellas viandas frente a sus ojos, su apetito se vio estimulado, pero temía

que alguno de los dos romanos respondiera con ira a su intento de alargar la mano. El hombre, de pelo oscuro y entrecano, había mostrado un temperamento fuerte. La mujer, que esa mañana tenía el pelo rubio como por arte de magia, le dedicó una sonrisa que no le resultó nada halagüeña.

Miró a Anna y esta asintió, como dándole permiso. Julia tomó un trocito de pan y lo masticó con prudencia, por si llamaba a las iras de sus nuevos amos. Sin embargo, esta vez no incurrió en ellas. El hombre torció el gesto, pero se abstuvo de hacer comentarios, mientras que la mujer se mostró muy satisfecha.

—¿Ves, Cayo? Sólo necesita un poco de paciencia —dijo Ofelia a su marido—. Poco a poco irá acostumbrándose a nosotros.

—A ver, niña, ¿cómo te llamas? —inquirió él en tono hosco.

Julia se echó hacia atrás y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Es que la asustas! —exclamó la mujer.

—Por lo menos ya no parlotea en celta —gruñó Libo antes de beberse su vaso de leche de un trago y ponerse en pie—. Tengo que recibir a los clientes. Mira a ver si puedes ocuparte de la niña y enseñarle algo de latín.

Laertes entró por la puerta, acalorado y enrojecido tras subir la colina. La placa de metal resplandeció al pasar junto a la piscina, y la niña alzó la vista para mirarlo con curiosidad.

—Dómine, acaban de anunciar en el Foro que mañana se celebrará el triunfo en honor al Emperador Claudio. Ha de acudir todo el mundo a presentarle sus respetos, plebeyos y patricios por igual.

—¿Ya? —preguntó Ofelia, extrañada—. Tendré que llamar al sastre para que me arregle mi mejor vestido. No pensé que fuera a celebrarse tan pronto. ¿No saben avisar con antelación? ¡Habría que comprarle también uno a Julia!

Libo se mesó la barbilla. La ocasión precisaba el mayor cuidado. Era imprescindible acudir con toda la familia y vestir las mejores galas, pero dudaba que la niña estuviera preparada para ser presentada en sociedad. No podía arriesgarse a que sufriera uno de sus berrinches britanos y le pusiera en evidencia delante de toda Roma.

—Se quedará aquí.

—¡Cayo! ¿Vamos a dejarla sola?

—Estará con los esclavos. A fin de cuentas, aún es una de ellos.

Ofelia hizo un mohín.

—Pero... Los augures...

—No insistas, mujer. Sería una idiotez llevarla con nosotros y exponernos de esa manera. Hasta que no aprenda a comportarse...

—¡Me ocuparé de que sepa! La niña sabe bien estar callada. Mírala, parece un fantasma. —Julia los contemplaba sin comprender, con los ojos azules muy abiertos y la piel lechosa y suave—. Hoy dedicaré todo el día a enseñarle modales. Si al caer la noche aún no está lista, no la llevaremos con nosotros. ¡Dame esta oportunidad, Cayo!

Libo dejó escapar un sonoro gruñido.

—¡Está bien! —Alzó las manos en gesto exasperado y se dirigió al esclavo griego—. ¡Nunca te cases, Laertes! ¡Ni cuando seas libre! Las mujeres lo llevan a uno a la ruina o a la tumba, o a ambas si uno se deja.

Muy ufana tras haber convencido a su marido, Ofelia esperó a que se marchase a ocuparse de sus clientes para dar órdenes a los esclavos con el fin de poner en funcionamiento la casa. Gala debía salir en busca del sastre para llevarlo a casa. Las ropas de Julia no habían sido confeccionadas a medida y eso debía arreglarse. Mientras, se dedicó a intentar comunicarse con la pequeña. Prefirió no insistir en el nombre, que al fin

y al cabo no era tan importante, y le enseñó algunas palabras en latín como agua, leche y madre. A la niña no le faltaba inteligencia, pensó para sí con regocijo, y aprendería rápido.

Julia estuvo formal mientras el sastre le tomaba las medidas y comió el almuerzo con educación. La sangre real que corría por sus venas no tardaba en despuntar; por muy bárbaros que fuesen, habían sabido enseñarle compostura a su princesa. Ofelia apenas podía aguantar el deseo de mostrarle a su marido los avances. Cuando viera lo que había conseguido con Julia, se dejaría de tonterías y accedería a adoptarla de inmediato.

A media tarde, cuando los comercios se cerraban y las obligaciones profesionales terminaban, Libo volvió a dejarse caer por la casa después de un día de gran trajín. El anuncio del triunfo había supuesto que el Foro se cerrase antes de tiempo para que pudieran limpiarlo y adecentarlo a fin de albergar a las personalidades más selectas.

Ofelia no contenía su emoción al explicarle a Libo lo bien que se había portado la niña durante todo el día. Él se mostró escéptico. Julia le miraba con ojos grandes y brillantes, como si no hubiera roto jamás un plato, pero el día anterior había ocurrido lo mismo hasta que él había intentado que aprendiera su nombre.

—Julia —dijo, señalándole el pecho—. Eres Julia Aurelia.

La niña miró dubitativa a Ofelia. La mujer sonrió y le hizo un gesto, por lo que ella respondió:

—Padre.

Ofelia aplaudió.

—¿Ves, Cayo? ¡Te lo dije! ¡Te dije que iba a conseguirlo! Mañana nos la llevaremos al triunfo y pasado la adoptamos como nuestra. ¿Sí o no?

El hombre suspiró, cruzándose de brazos. Oír a la niña llamarle padre le había ablandado el corazón, pero aún no estaba convencido del todo.

—De acuerdo. Veremos que tal se porta mañana.

El sonido de las trompetas retumbaba desde el Circo Máximo. El carro de oro que traía al César no tardaría en doblar la esquina y entrar al Foro para ser conducido al Templo de Júpiter, donde sacrificaría a dos bueyes blancos como ofrenda a los dioses y se ejecutaría al rey britano. Libo, Ofelia y Julia habían encontrado un lugar privilegiado en uno de los palcos y aplaudían y saludaban al Emperador como todos los demás, vestidos de seda y oro como patricios que eran.

Libo estaba satisfecho. Julia, aunque no hablara demasiado, había demostrado ser una niña obediente y formal y Ofelia no dejaba de prodigarle afecto y agradecerle que hubiese permitido llevarla allí. Con una esposa e hija felices, se sentía un hombre dichoso. Los dioses le sonreían. Tal vez tuviera que sacrificar cinco o seis palomas blancas para agradecerles su favor.

El César apareció al fondo de la plaza y la multitud rugió como salvajes. Claudio iba ataviado de sus mejores galas y mantenía un porte regio. Un esclavo sostenía una corona de laureles sobre su cabeza. Era el encargado de susurrarle que debía recordar que sólo era un hombre. La historia de Roma demostraba que los cónsules aclamados en un triunfo podían ser asesinados o despreciados por el pueblo al año siguiente, por lo que no dejaba de ser un recordatorio oportuno.

Después de que el Emperador Claudio bajó de su carro y tomó posición en el templo de Júpiter, el carro en el que traían al rey britano hizo aparición. Era un hombre gigantesco, de pelo y barba frondosos y una expresión fiera en el rostro. Lo habían cargado de cadenas, pero aún así se retorció como si pretendiera escapar. La plebe le lanzaba insultos y miradas atemorizadas, y a Libo le parecía que el bárbaro disfrutaba con ello.

Al verlo, Julia se llenó de inquietud. La niña que hasta ese momento había saludado y aplaudido como era oportuno, se aferraba a la barandilla del palco y miraba a la jaula del britano con ansiedad. Libo, que se mantenía atento, lo notó enseguida. Claro; el rey Carataco era su padre, o eso le había dicho el vendedor de esclavos. La niña debía de haberle reconocido.

—Laertes, llévate a la niña a casa —ordenó a su esclavo griego.

—¿Qué ocurre, Cayo? —preguntó Ofelia.

—Hazlo, Laertes.

El griego no dudó en tomar a Julia de la mano y tirar de ella para sacarla del palco, pero la niña se había aferrado a la barandilla y no estaba dispuesta a ceder. Uno de los amigos patricios de Libo se percató de lo que estaba ocurriendo y sonrió de medio lado.

—¿Qué pasa, Libo? ¿Tienes problemas con la niña?

Él enrojeció. Laertes tiraba, pero Julia se había abrazado a la barandilla y peleaba con uñas y dientes. Volvía a salirle la bestia britana de dentro. Vociferó unas palabras en su lengua, llorando y pataleando como había hecho dos días antes.

Ofelia estaba tan horrorizada como abochornada. Sus vecinos de palco no tardaron en volver la cabeza y mirarlos con desaprobación. Libo, en un intento de salvar su imagen, arreó dos tortazos a la niña y la soltó de la barandilla. Laertes se la llevó sin decir nada, mientras la niña lloraba en sus brazos. Por la mirada que le echó su marido, Ofelia supo que la permanencia de Julia en su casa pendía de un hilo.

En el templo de Júpiter, Carataco fue llevado ante el Emperador Claudio. En un latín torpe, amenazó a los romanos y les aseguró que los britanos vengarían su muerte. Pagarían por lo que habían hecho con su gente y con su familia y se verían obligados a dormir con una espada en la mano el resto de sus días.

Claudio, impresionado por su valor, perdonó su vida y lo devolvió a Britania. Pero Julia no supo nada de esto hasta mucho más tarde, pues mientras su padre disfrutaba de la magnanimidad del César, ella iba camino de la casa de sus enemigos en brazos de otro esclavo.

Capítulo 4: La villa

Cuando Libo y Ofelia regresaron a casa, la segunda supo guardar silencio. Julia había demostrado su incapacidad para comportarse en público y su estancia en la casa de sus padres, aún sus amos, no podía peligrar más. Libo intuía que tendría que haber previsto que pasearían a Carataco por las calles en calidad de prisionero del Imperio y que la niña podría reaccionar a ello. Por otro lado, dado que pretendían que fuese y actuase como una romana, no podían ocultarle la existencia de otros britanos. Debía olvidar y aceptar su nueva posición o ser relegada a la esclavitud prometida. No había otra opción.

Ofelia no insistió ni trató de que su marido perdonase a la niña. Ella también se había visto afectada por su conducta y sus pares la harían pagar socialmente por el descontrol de Julia. Habían presentado a la que iba a ser su hija en una ocasión sagrada y lo habían echado a perder. Ya no podía seguir insistiendo con el designio de los dioses, los augures y la sangre del ciervo. Ahora todo dependía de lo que Libo, como *pater familias*, decidiera.

Julia permaneció encerrada en su habitación el resto del día, incluso cuando ya se había calmado. Anna se ocupó de vigilarla, llevarle la comida y atenderla. Le prodigaba abrazos y cuidados cuando la niña lo necesitaba. Seguía sintiendo una gran compasión por la pequeña y no podía evitar verse reflejada en ella.

—Se te pasará, querida niña —murmuró mientras le acariciaba el pelo para ayudarla a conciliar el sueño—. Terminarás olvidándolo todo y aceptando tu destino. Al fin y al cabo, lo que te espera es mucho mejor que la esclavitud... si logras adaptarte.

Julia no entendió una palabra, pero la voz de Anna le resultaba tranquilizadora y las vibraciones de su pecho le recordaban a las de su madre cuando cantaba. La había tenido así, sujeta contra su cuerpo, durante todo el viaje a través del mar.

En el dormitorio, Libo y Ofelia se preparaban para acostarse en el ritual de todas las noches. Ella se limpiaba el maquillaje, se quitaba la peluca y se la daba a Gala para que la cepillase y él se desvestía con ayuda de su esclavo personal. Esta noche, a diferencia de otras, lo hicieron en silencio. Tras meterse bajo las sábanas y apagar las velas, Ofelia dijo:

—Está haciendo mucho calor últimamente. Me gustaría ir a la villa. En esta ciudad no hay quien pare y cuando hace tan buen tiempo, las calles apestan.

—Sería buena idea —dijo Libo, que valoraba la escapada en términos políticos y sociales. Después del bochorno en el triunfo, lo más adecuado sería dejar que las aguas volvieran a su cauce antes de intentar aparecer de nuevo en público.

—Además, quizás a Julia le venga bien la tranquilidad del campo. La ciudad no debe de parecerse demasiado a su tierra. Quizás, si nos la llevamos...

Libo suspiró. Se llevó un dedo al puente de la nariz y lo apretó en un intento de aclararse las ideas.

—No estoy tan seguro.

—¿Lo dices por lo de esta mañana? Sé que no ha dado la mejor muestra de comportamiento, pero es lógico teniendo en cuenta la marabunta de gente, los ruidos, los aplausos... Necesita aire puro y relajación.

—Estoy pensando en venderla, Ofelia.

La mujer apoyó el codo en la almohada y se dio la vuelta para encararse a su marido.

—No lo dirás en serio.

—No estoy seguro de que merezca la pena emplear tanto dinero y esfuerzo en doblregar a una chiquilla tan temperamental.

—Pero acaba de llegar. Aún no sabe hablar nuestra lengua, está confusa, perdida... Debemos ser pacientes. Cayo, por favor...

Libo volvió a suspirar. Lo que decía Ofelia era cierto, pero no sabía hasta qué punto era aquella niña merecedora de su paciencia. Habiendo tantas otras salidas para ser padres, ¿por qué se empeñaba su esposa en intentar domar a una cría britana? Sí, tenía sangre real, pero... ¿era tan importante, al fin y al cabo? ¿Acaso no proporcionaba la adopción todos los derechos y deberes de un hijo biológico?

—Tiene un mes para adaptarse a esta familia. Si dentro de ese tiempo no ha aprendido a comunicarse con nosotros y a comportarse como es debido, buscaré a quién vendérsela. No podemos hacer más, Ofelia. Depende de ella.

La mujer supo que no tenía sentido insistir en lo contrario. Había un punto en el que su marido dejaba de dar su brazo a torcer, y por muy zalamera que se pusiera o por mucho que intentase convencerlo, solo lograría enfadarlo.

—Un mes —murmuró ella—. De acuerdo.

La villa de Libo se encontraba a tres días de viaje de Roma, una comodidad que no todos podían costearse. La había hecho construir su abuelo en tiempos de Augusto, y era un destino magnífico para disfrutar del aire puro y huir del bullicio de la ciudad en periodos vacacionales.

Atravesaron en carro las planicies amarillas de hierba seca y cereales, salpicadas de olivos y mojones que marcaban las distancias de la calzada. Se cruzaban a menudo con mercaderes y viajeros que iban o venían de Roma, patrullas de soldados que vigilaban el cumplimiento de la ley y rebaños de ovejas y cabras. Durante la noche, se detenían en los hospicios para ricos al pie del camino, mucho mejores que las posadas donde paraban los plebeyos. Eran tan peligrosas que muchos preferían dormir al raso antes que arriesgarse a quedarse en ellas. Por suerte, Libo no tenía que preocuparse por esas cuestiones. Como patricio, estaba en su derecho de dormir tranquilo fuera de casa.

Como Ofelia había vaticinado, a Julia le sentó bien el cambio de aires. Aunque las llanuras italianas poco tenían de parecido con su Britannia natal, la visión del horizonte y del cielo abierto la calmaron. Anna aprovechó para enseñarle más palabras mientras jugaba con ella. No hablaba mucho aún, pero empezaba a entender las órdenes sencillas y las reglas de comportamiento que se aplicaban a una niña romana. Aunque a Libo no le pasó desapercibido, decidió no dejarse comprar por la aparente tranquilidad de la pequeña. Ya había visto cómo se transformaba en un diablo chillón de un momento a otro y no quería apresurarse en su juicio como la última vez.

Cuando llegaron a la casa, cuya amplitud superaba en mucho la de la ciudad, los esclavos se apresuraron a recibirlos como era debido. Libo había enviado un mensaje antes de salir hacia allí a fin de que las habitaciones estuvieran acondicionadas para ellos, pero envió a Gala para que pusiera orden en el servicio igualmente. Ella conocía sus gustos y peculiaridades mejor que los esclavos de la hacienda, y poseía el mal genio y la severidad que necesitaba un administrador.

Tras instalarse y guardar la ropa en los arcones, disfrutar de un baño en familia para quitarse el polvo del camino y refrescarse, Libo llevó a Julia a conocer el resto de la hacienda. Detrás de la casa había campos y campos donde se criaba ganado, le explicó, aunque suponía que no entendía sus palabras. Lo más importante y exclusivo de todo lo que producían eran los caballos. Julia se quedó sin aliento al ver cómo aquellos animales pastaban libremente por la zona cercada detrás de los establos. Había más de los que sabía contar. Corrían y brincaban con despreocupación, agitando las crines y las colas para espantar las moscas. Sonriente, los señaló con interés.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó Libo, complacido.

—Caballos —repitió ella.

Observaron el trasiego de los animales. Los potros correteaban de un lado a otro mientras sus madres vigilaban que no se hicieran daño. Libo valoraba la nobleza de los caballos tanto como su precio en el mercado. Parte de su fortuna venía de la venta de esos animales, que suministraba tanto al Estado como a clientes particulares. Muchos de sus caballos servían a correos, équites y jinetes auxiliares, y vivían y morían por Roma. Pocas cosas le provocaban más orgullo que esa.

Julia, por otro lado, veía en la manada la comunión con la naturaleza. Su padre había criado caballos y desde bebé había crecido rodeada por su olor. Adoraba a aquellas criaturas extrañas, tan veloces y ágiles, tan fuertes y frágiles al mismo tiempo. Observarlos le proporcionaba paz, como si hubiese encontrado un pedazo de su hogar en tierra extraña. Esa fascinación no le pasó desapercibida a Libo, que la llevó a la cuadra y ordenó que le preparasen un caballo.

Subió a su lomo y tomó a la niña consigo, sujetándola con una mano mientras dirigía las riendas con la otra.

—Vamos a dar una pequeña vuelta, Julia. Agárrate bien.

Dio un suave toque con los talones y se mantuvo erguido para conducir al caballo fuera de la cuadra. Era una yegua negra muy dócil; Libo la conocía lo suficiente para saber que no saldría espantada ni los tiraría de la silla. De otro modo, nunca habría subido a Julia exponiéndola a ese peligro.

Julia se relajó. Al contrario de lo que podría esperarse, la altura y el movimiento no hizo sino tranquilizarla. Se agarraba a la silla y erguía la espalda por instinto, como si le hubieran enseñado cómo hacerlo. No debía de ser la primera vez que la montaban a lomos de un caballo.

Libo aumentó la velocidad del paso sin llegar al trote. Giraron en torno a la cuadra y saludaron a Ofelia, que observaba desde la casa con cierto temor. No había por qué. La niña reía. Estaba disfrutando.

—¡Caballo! —exclamó en latín, entre carcajadas—. ¡Caballo bueno!

Sin poder evitarlo, Libo sonrió. Volvía a sentir el agradable ramalazo de la paternidad cosquilleándole en el estómago. ¿Cómo podía ser aquella niña tan tranquila en ocasiones, y otras tan tempestuosa? Era como el océano que había atravesado para llegar hasta allí. Poseía un espíritu fuerte, quizá demasiado para una mujer romana, pero... Era difícil sostenerla y escuchar sus carcajadas y pensar en venderla como a una esclava cualquiera. ¿Por qué no podía comportarse así siempre, para eliminar sus dudas acerca de qué hacer con ella?

Después del corto paseo, Libo volvió a la cuadra. Bajó de la yegua con Julia en los brazos y la encontró sonriente y complacida, con los ojos llenos de una luz intensa. Cuando puso a la niña en el suelo, volvió a acercarse al caballo para abrazarlo. Libo trató de impedirselo, alarmado ante la posibilidad de que la yegua le diese una coz o un mordisco, pero en lugar de eso bajó la cabeza y se dejó tocar y acariciar por sus manitas pálidas. Pese a lo que hubiese sido de esperar con cualquier otro niño de su edad, Julia fue delicada y gentil en el toque.

Cuando regresaron a la casa, con el sol ya declinando, la niña le tomó de la mano.

Capítulo 5: El tribuno

Quinto Artorio Laterense sostuvo las riendas de su caballo mientras se erguía para mirar la columna de humo negro que se elevaba desde las ruinas del poblado. La fina lluvia britana caía sobre su capa empapada, tan húmeda que había perdido el color rojo brillante y se había vuelto casi granate. El agua resbalaba por su casco hasta colgar de su mentón en gotas gruesas que cosquilleaban en la piel. Estaba tan harto de la sempiterna llovizna como se podía estar, pero era consciente de que solo a través de la tenacidad uno podía obtener victorias. Victorias como esa.

—Señor, la aldea se rinde —anunció un jinete trotando en su dirección.

—Lo sé —respondió él entre dientes.

El estandarte de la Novena Legión Hispana se sacudió con el viento a espaldas de Quinto. El legado le había encomendado la misión de derrotar a las fuerzas rebeldes de la zona con una cohorte de legionarios bajo sus órdenes. Aunque las fuerzas rebeldes los doblaban en número, Quinto no había temido ni una vez que fuesen a derrotarlos. Los legionarios eran soldados profesionales que se habían curtido durante los últimos quince años. Sabían cómo luchaban los britanos y habían aprendido a aprovechar el terreno a su favor. Las cosas tendrían que haberse torcido mucho para que Quinto fracasara.

—¡Vamos! —ordenó a su guardia personal, caballeros veteranos que esperaban a su lado—. ¡Seguidme!

Clavó los talones en los flancos del caballo y se lanzó hacia delante, cabalgando sin miedo a través del camino de tierra. El barro y la hierba salpicaron en todas direcciones a medida que el enloquecido galope destrozaba el camino. Quinto se sostuvo sobre la grupa con maestría, con la experiencia de un jinete que había participado en muchas batallas. A pesar del cansancio, sonrió. La sensación de surcar el viento a lomos de su montura siempre le hacía sentir dichoso.

En lo profundo del valle, más allá de los robles que se enroscaban a la vereda del camino, con los espinos y las zarzas creciendo bajo sus ramas, le esperaba la aldea de britanos. Había oído el nombre, un burdo conjunto de consonantes ininteligible, y lo había olvidado casi al instante. Lo que le importaba no era eso, sino la gloria y el honor que le brindarían la misión cumplida.

El olor de la sangre y el humo inquietó a su caballo. Distinguió los primeros cuerpos varios metros antes de llegar a la empalizada. Casi todos eran bárbaros de pantalones a cuadros y barbas claras y trenzadas, pero aquí y allá alcanzó a ver una capa roja o un escudo rectangular aplastado. No eran muchos, pero se obligó a contemplarlos para recordar el precio de su ambición.

Los soldados supervivientes festejaban. Algunos saqueaban los cadáveres, mientras otros entraban en las casas en busca de algún botín. Uno de los centuriones se ocupaba de supervisar como los soldados encadenaban a los bárbaros supervivientes para llevárselos en una cuerda de esclavos. Eran casi todo mujeres y niños, aquellos a los que los hombres de la aldea habían intentado salvar presentando batalla. Quinto no les dedicó un pensamiento más allá de un cálculo rápido acerca del precio que alcanzarían en el mercado.

Quinto descabalgó en el centro del pueblo. Había varios edificios en llamas, pero los soldados se ocupaban de apagar el fuego antes de que se extendiera al resto de los edificios. No se podía salvar botín de una vivienda calcinada. El tribuno pasó sobre charcos de sangre y barro y se acercó al grupo de oficiales que rodeaban al jefe de la aldea.

El bárbaro tenía el pelo gris y largos bigotes, aunque no barba. Llevaba puesta una cota de malla y un casco hundido en el lateral izquierdo. El golpe que se lo había

producido debía de haberle herido, pues una línea de sangre caía desde esa sien hasta la mandíbula. Parecía confuso y desorientado, algo que también tendría que ver con el golpe, pero no por ello dejaban de hostigarle los oficiales.

—¿Dónde tienes el oro, britano? —espetó uno de ellos en el idioma de los bárbaros—. ¡Habla! Si no lo dices por las buenas, lo harás por las malas. ¿Quieres que te clavemos en una cruz?

El jefe dejó escapar un murmullo confuso y Quinto se cruzó de brazos. Los oficiales se volvieron hacia él y saludaron llevándose un puño al pecho.

—¡Ave, tribuno Laterense! —dijo uno de los centuriones—. Este hombre se niega a revelarnos el paradero del tesoro de la aldea. Lo crucificaremos para que hable.

Quinto sacudió la cabeza.

—No creo que eso os sirva de mucho. Mira a ese hombre, centurión. Ni siquiera sabe cómo se llama. Apuesto a que cree que ha muerto en batalla y se siente más que confuso al pensar que nosotros somos sus dioses.

El tribuno avanzó hasta el jefe, que temblaba débilmente. No era nadie importante para la campaña, solo un viejo que había intentado defender su pueblo de unos invasores. Quinto no sentía lástima por él. Roma siempre daba la opción de subyugarse pacíficamente antes de lanzarse al ataque. Este hombre había decidido pelear. La muerte le llegaría con justificación, pero no valía de nada ser crueles cuando no obtendrían beneficio de ello.

—Britano, ¿cuántos dedos ves? —preguntó levantando dos.

El britano frunció el ceño. Los ojos se volvieron dentro de sus cuencas y Quinto bufó.

—Es inútil. Tan efectivo como preguntárselo a un leño.

Antes de volverse y ordenar a sus hombres que librasen al viejo de su miseria, se fijó en un brillo irisado sobre el pecho del bárbaro. Era un colgante azul de motivos celtas, barnizado con un esmalte que lo hacía brillar de manera curiosa. No valdría casi nada en un mercado, pero a Quinto le gustó. Lo desató con cuidado y se lo guardó en la bolsa que pendía de su cinturón. Haría que le cambiasen la cuerda más adelante.

—Centurión —dijo, volviéndose hacia él—, ejecútalo sin sufrimiento. No hagamos esperar a sus dioses. Da orden de que se remueva esta aldea hasta los cimientos. Que nadie descansa ni duerma hasta que hayan encontrado el oro, ¿entendido?

—¡Sí, señor! —El oficial usó las manos a modo de bocina y se dirigió a sus soldados—. ¡Atento todo el mundo! Detened el saqueo personal hasta que se encuentre el oro de la aldea. Nadie descansará hasta que sea hallado, ¿me oís?

Los legionarios respondieron a una sola voz, con un rugido que hizo temblar los cimientos.

—¡Sí, señor!

Quinto asintió, complacido. Así funcionaba Roma, como una máquina perfectamente engrasada a base de disciplina, jerarquía y ambición. No lo habría preferido de otro modo. Los espíritus que se doblegaban ante la presión de la responsabilidad no eran verdaderamente romanos. El padre de Quinto, Marco Artorio Mager, le había enseñado a ser paciente y tenaz en todas las situaciones. Como joven patricio con aspiraciones políticas, debía participar en la campaña de Britania para obtener la experiencia y el reconocimiento que lo convirtieran en elegible para cargos importantes del Senado. Y, aunque este careciera del poder que poseía en la República, seguía siendo el único camino para alguien que no estuviera emparentado con el César. El buen Claudio había sido sustituido hacía años por Nerón, que según las malas lenguas se había abierto paso hacia la corona de laureles a golpe de veneno y ejecución en la sombra. La ambición de Quinto nunca había llegado tan lejos y daba gracias. Meterse en esos asuntos era como llamar a una cuchillada en las sombras.

Durante el resto de la jornada, supervisó las labores de búsqueda de los legionarios, así como la retirada de los prisioneros, ahora esclavos. La lluvia venía y se iba, pero nunca durante el tiempo suficiente para permitir que las capas y las túnicas se secasen. Flotaba en el ambiente un olor a musgo y a humedad que le desagradaba profundamente. Como cuando la nostalgia por el hogar y el sol italiano le resultaban insoportables, fantaseaba con conducir su cuadriga por el Circo Máximo, con el polvo azotándole la cara y los aplausos y vítores del público animándole a seguir. Pronto volveré, se dijo, pero ni siquiera eso le sirvió para quitarse la tristeza y la apatía del pecho.

Caía el sol cuando el centurión le llevó noticias sobre la búsqueda, que había resultado negativa. Quinto apretó los dientes, disgustado. No podían dejar la zona hasta que lo encontrasen, no fuera que los aliados de los britanos estuviesen esperando a que se rindiesen para sacar el oro de su escondrijo con nocturnidad y alevosía.

—Seguid. Si hace falta, quemad la aldea hasta los cimientos —respondió él con amargura.

Entre los dedos acarició el colgante que le había quitado al viejo jefe, muerto ya desde la mañana. ¿Dónde habría metido sus riquezas ese cretino? En otras aldeas encontraban el oro en la misma casa del jefe, oculto en un alijo en la pared o en un cofre enterrado bajo su cama. En esta, habían desbaratado la suya por completo y no habían obtenido nada. Quinto chascó la lengua, molesto. Cuanto más dilatasen la búsqueda, menos deseable sería el tesoro.

Se detuvo un momento al sentir unas marcas en el medallón lacado que no había percibido hasta ese momento. Se acercó a una antorcha para mirarlo a la luz y le dio varias vueltas, buscando las muescas con la yema de los dedos. Visto al revés, una fina línea arañada en el esmalte mostraba un dibujo similar a un río, con varios puntos destacados. Recordó haber visto un gran roble a varios metros de la corriente de agua, justo donde distinguía los arañazos circulares. ¿Sería acaso un mapa? Los centuriones pensarían que se había vuelto loco y daba palos de ciego en busca del tesoro, harto de la búsqueda y deseoso de marcharse de allí.

—Centurión, llama a dos contubernios —ordenó al oficial más cercano—. Que vengan conmigo al río y que traigan picos y palas. Puede que haya encontrado el tesoro.

—¡Sí, señor! —contestó, sin poner en duda sus sospechas. Salió al trote en busca de su equipo y volvió con dieciséis hombres, todos agotados después de horas rebuscando como bobos.

Quinto y su guardia personal acompañaron a los dos contubernios hacia el interior del valle, siguiendo el camino embarrado hasta que llegaron a la vereda del río. El tintineo de las armaduras y el reflejo de las antorchas en los cascos de metal era todo lo que se percibía en la oscuridad. Quinto, gracias a la antorcha que sujetaba uno de sus guardaespaldas, mantenía ojo atento sobre el medallón, observando la curva del supuesto río en un intento de suponer dónde habían ocultado el oro.

Les costó varias horas dar con el punto exacto. Los hombres estaban cansados y molestos por tener que marchar de una manera tan incómoda, pero cuando Quinto les señaló por enésima vez un posible escondrijo. Con desgana, los soldados se quitaron las mochilas que cargaban a la espalda con todo su equipo, sacaron las palas y empezaron a cavar.

Se encontraban a diez minutos del gran roble, bajo un montículo rocoso y cubierto de musgos cuya forma, en la penumbra, recordaba vagamente al rostro de una doncella. ¿O no? No, era solo el juego de sombras unido al cansancio, que le jugaba malas pasadas. Quinto sacudió la cabeza y se concentró en el trabajo de los soldados.

—Parece que no hay nada, señor —dijo el centurión después de que los legionarios cavasen una fosa de grandes dimensiones.

—No puede ser —murmuró Quinto, mirando el colgante—. Todo apuntaba aquí. No puedo creer que me haya equivocado...

¿No se habría ilusionado demasiado y visto cosas que no eran? ¿Acaso había interpretado un mapa en lo que no eran más que arañazos al azar?

—Señor, sugiero que continuemos mañana —le dijo el centurión en voz baja—. Los hombres no están contentos y necesitan descansar.

Quinto se cruzó de brazos. Sí, sería lo más adecuado... y aún así se resistía aceptar su derrota. Guardándose el medallón de nuevo, tomó un pico y comenzó a golpear la roca. Esquirlas saltaron en todas direcciones, obligando a los que le rodeaban a cubrirse.

—¿Señor?

Quinto no escuchó. Siguió golpeando, con tanta fuerza que las reverberaciones subían por el mango hasta cosquillearle los brazos. La roca era más blanda de lo que parecía en un primer momento, pero aún así necesitó de todo su empeño para arrancar un trozo ante la mirada atónita de sus subalternos.

Lo que había creído que era un rostro se desgajó mostrando una superficie lisa y oscura. Quinto la tocó. Era madera reforzada con metal.

Tiró el pico a los pies del centurión.

—Vuestro tesoro está ahí.

Capítulo 6: Una patricia romana

—¡Ama, ven, date prisa! ¡La yegua ha vuelto a descontrolarse!

Aunque no era lo más adecuado para una muchacha de su estatus, Julia echó a correr hacia el interior de la cuadra. Cneo, uno de los esclavos que se ocupaba de los animales, la observó entrar desde el fondo, pegado a la pared para evitar los envites de la yegua. Era un ejemplar de pelaje claro y crines rubias que Julia decía en broma que se parecía a ella misma. Solía ser pacífica y agradable, pero de vez en cuando enloquecía, demasiado brava para que los esclavos pudieran controlarla.

Solo Julia podía.

—¡Tranquila, pequeña! —exclamó levantando los brazos y mirándola a los ojos, de igual a igual. La yegua dio bandazos y coceó hacia atrás, pero Julia no se sintió intimidada. Siguió avanzando hasta tomar a la yegua de las riendas—. Estoy aquí, querida. Tranquila.

La yegua piafó y relinchó. Julia le acarició el morro y siguió hablando en tono calmado para que el animal se tranquilizara. Hubo más protestas y relinchos, pero a fuerza de acariciarla con ternura y hablarle como si fuese una niña pequeña logró que se relajara. Juguetona, la yegua le frotó la cara contra el costado y le hizo cosquillas con los belfos en el hombro.

Cneo se le acercó, sonriente.

—Gracias, ama. No sé cómo lo haces, pero parece que Brillante solo te escucha a ti.

—Soy un poco caballo —respondió Julia devolviéndole la sonrisa. Seguía acariciando el pelo suave de la cara de la yegua—. Intenta tener más cuidado cuando le aprietes la cincha. Creo que ese es el problema. A Brillante no le gusta nada.

—Lo tendré en cuenta, ama.

Julia palmeó el cuello de la yegua y salió de la cuadra sintiéndose un poco más contenta que cuando había entrado. No podía evitar aquel ramalazo de felicidad cuando se ocupaba de los animales. Siempre había estado allí. Su padre le había contado que desde que era una cría adoraba entrar en la cuadra y mezclarse entre los caballos. Nunca la mordían ni cocebaban y siempre parecían dispuestos a llevarla en el lomo. Hasta el semental más bravo se tranquilizaba cuando ella estaba cerca. Su madre solía torcer el gesto al respecto. Una patricia romana no debía ocuparse de las tareas de los esclavos, ni oler a sudor de caballo a todas horas. Y, sobre todo...

—¡Julia! ¡Una patricia romana no debe llevar las sandalias llenas de estiércol! —exclamó su madre, Ofelia, bajando las escaleritas que conectaban las cuadras con la villa.

Julia sonrió.

—Lo sé, madre, pero Brillante se ha...

—¡Me importa un higo lo que haya hecho Brillante! Oh, dioses, ¿por qué no te daría por la poesía o la lira, como a las otras chicas? ¡Quítate esas sandalias antes de entrar en casa!

—Sí, madre.

La mujer la retuvo para darle un beso en el pelo antes de que entrase al interior. Por mucho que la regañase, Julia sabía que su madre la adoraba. Sus recuerdos de infancia estaban plagados de abrazos y canciones, y besos tiernos antes de irse a dormir. Cierto era que Anna, su esclava personal y principal cuidadora durante su niñez, también le había prodigado afecto y caricias en aquella etapa confusa que Julia solo recordaba en sueños, pero con el tiempo había aprendido que se debía mantener cierta distancia con los criados. Anna seguía acompañándola a casi todas partes, ayudándola a vestirse y a elegir que joyas ponerse, frotándole la espalda y exfoliándole la piel en el baño, pero su madre la había

hecho distanciarse de ella emocionalmente. Una patricia no debía ser tan afectuosa con el servicio, decía, sin importar que hubiese sido su aya.

De cualquier manera, pronto tendría que dejar atrás todo cuanto había conocido. No tardaría en ingresar en el templo de las vestales para que le cortasen el pelo y la colgasen de un árbol a fin de que olvidase su mundo anterior. Julia temía la llegada de aquel día casi más que cualquier cosa, pero una patricia romana obedecía a sus padres y no contradecía sus órdenes aunque supusieran poner punto y final a la vida conocida.

Julia entregó las sandalias sucias a uno de los criados y anduvo descalza hasta su habitación en busca de otras. De camino, decidió asomarse al estudio de su padre. Como hombre de negocios, viajaba a menudo entre la villa y Roma para asistir a fiestas, atender a clientes y cerrar tratos comerciales. Lo encontró allí, dejándose los ojos con un pergamino de letra demasiado pequeña. Cada vez tenía peor vista, pero se resistía a permitir que Laertes le leyera. Decía que no era ningún viejo.

—Padre, te estás poniendo bizco —bromeó Julia desde detrás de la cortina.

Libo levantó la mirada y sonrió con dulzura. La voz de su hija solía bastar para aliviarle el mal humor y aquella no fue una excepción.

—Y tú, pequeña bribona, no deberías andar espiando a tu padre. Anda, entra. Mira a ver si puedes leer esto. Cepio tiene la caligrafía más enrevesada a este lado del Tíber. ¡Mal rayo lo parta! Se empeña en hacerme forzar la vista, y a estas alturas ya no hay galeno que me arregle.

Julia aceptó el pergamino y lo desenrolló, buscando el mejor ángulo para que la luz que entraba desde el atrio le permitiera leer las apretadas letras.

—Veamos... Vibio dice: «Saludos, mi estimado Libo. Por la presente solicito dos sementales bravíos y de fuerte temperamento para que monten mis gladiadores. Cuatro yeguas, las más veloces que haya, adiestradas para tirar de un carro...»

Libo movió la mano.

—Sí, sí, eso ya lo sé. Lo hablamos la última vez que coincidimos en el Foro.

—Pues no dice mucho más, padre —respondió ella mirándole a los ojos—. Pide eso y varias cabezas de ganado.

—Anda, trae. Se lo daré a Laertes para que gestione la venta. Gracias.

—¿Solo gracias? —preguntó ella, con una sonrisa.

—Ven aquí, bribona. —Libo la tomó de los hombros y le besó la frente con cariño. Acarició su mejilla afectuosamente antes de que su expresión cambiara y se tornase grave. Del corazón de Julia se saltó un latido. Nunca era bueno cuando eso ocurría—. Hija mía, siéntate. Tengo que hablar contigo.

Julia ocupó una de las sillas enfrentadas al escritorio y su padre hizo lo mismo, tomándola de la mano.

—Ha pasado ya una estación desde que cumpliste quince años y es momento de que pensemos en llevarte a Roma para entregarte al templo.

La infancia de Julia había sido feliz, pero su destino había pendido siempre sobre su cabeza, como una flecha lanzada al cielo que no tardaría en volver a caer a toda velocidad. Sus padres no la habían engendrado. Creer lo contrario habría sido necio. Libo, con el pelo y los ojos oscuros, no era su padre. Su madre, pese a que usase pelucas de colores y se aclarase la piel con afeites, era de rasgos igualmente mediterráneos. Julia, con la piel tan clara que se quemaba bajo el más leve rayo de sol, no podía ser hija suya. Sus ojos azules y su pelo rubio hacían imposible inducir una mentira. Sin embargo, Libo y Ofelia la habían amado como si fuese suya.

Le habían explicado que los dioses la habían colocado en su camino por una serie de casualidades. Su sangre era tan noble como la suya, o quizá más. Descendía de nobles norteños, le habían dicho, y tras perder a sus padres verdaderos había sido acogida en su

casa por caridad. Los augures habían profetizado que habría de convertirse en una sacerdotisa de Vesta y Libo y Ofelia habían hecho todo lo posible por que se cumpliera aquel destino. Nunca se lo habían ocultado y en su corazón no había dudas, pero la perspectiva de perder todo aquello la llenaba de pena.

Pese a todo, una patricia romana siempre honraba a sus padres.

—Lo sé, padre —respondió ella con solemnidad—. Estoy dispuesta.

—Dentro de dos meses nos reuniremos con el Pontífice Máximo —dijo él—. La reunión ya está dispuesta. Sería conveniente que para entonces tu madre y tú os trasladéis a Roma. Tardará algunas semanas en examinarte y aceptarte, pero todo apunta a que finalmente entrarás al servicio de Vesta.

Julia esbozó una sonrisa triste. En el templo la esperaba una vida entera dedicada a la oración y observación de los rituales que favorecían al Imperio. Tendría que cuidar del fuego sagrado y honrar a los dioses. Gozaría de privilegios y sería estimada como ninguna otra mujer libre en Roma. Todo ello a cambio de renunciar a su vida anterior y de prometer la preservación de su virginidad. Lo cierto era que, entre dejar atrás la villa y los caballos y jurar que se mantendría doncella para siempre, lo primero le resultaba muchísimo más duro. Nunca había entendido el afán de otras jóvenes por descubrir los placeres de la carne.

—Como digas, padre.

Libo arrugó la frente y Julia tuvo la sensación de que él esperaba algo de resistencia por su parte. Él era el *pater familias*, el hombre de la casa, y su palabra se cumplía como si fuera ley entre aquellos muros. ¿Por qué había trazado su destino si ni siquiera él deseaba del todo que lo cumpliera sin rechistar?

—¿Sabes una cosa, Julia? —Libo le dio una palmada en el dorso de la mano. La luz que se colaba entre las cortinas hizo brillar las canas de sus sienes—. Estoy muy orgulloso de ti. Has crecido y te has convertido en una muchacha excelente. ¿Qué digo, muchacha? Eres una mujer. Cuando llegaste a esta casa temí por un momento que no encajaras, pero has demostrado un temple y una obediencia que... —Su voz se quebró y Julia se preguntó si iba a llorar. Un nudo se atravesó en su garganta—. No, no me hagas caso. Son chocheos de viejo. Solo quería decir que me alegra mucho que seas mi hija, y que el tiempo que he podido disfrutar de ser tu padre ha sido muy feliz para mí. Ojalá fueras un hombre para que heredases todo esto.

Julia se sonrojó.

—Padre, no hables así.

—No, será mejor que deje de decir tonterías. ¿Por qué no me dejas seguir trabajando un poco y hablamos después, durante la cena?

—Claro. Te veré luego.

Salió del estudio con una sensación agri dulce. El frío de los azulejos que cubrían el atrio le entumeció la planta de los pies. Tenía obligaciones pendientes, pero no se sentía capaz de afrontarlas. En lugar de eso, atravesó la entrada y salió de nuevo hacia la cuadra. Allí, ante la mirada extrañada de Cneo, tomó un cepillo y buscó a Brillante. La yegua se dejó acariciar y le cosquilleó la cara. Julia sonrió. Le cepilló el lomo y las crines con afecto, librándola del polvo y la paja adherida mientras la yegua disfrutaba. Después, decidida, se dio impulso para subir a su grupa y guió a Brillante para salir de la cuadra.

—Ama, ¿y la silla? —preguntó Cneo.

—No la necesito —respondió ella.

Guió a la yegua con las piernas. El contacto directo entre sus muslos y la grupa del animal era electrificante, pero al mismo tiempo la relajaba. Sentía como si no necesitase nada más, como si Brillante y ella fuesen una. Confiaban la una en la otra y no había motivo alguno para temer por su seguridad. Estaban hechas para estar juntas.

—Vamos, pequeña —susurró Julia antes de presionar suavemente con los talones.

El animal salió al trote y, a pedido de Julia, empezó a galopar. El cuerpo de la muchacha se acostumbró enseguida al cambio, equilibrándose de manera natural y permitiéndole levantar las manos sin temer una caída. El viento le azotaba la cara, arremolinándose en su pelo y en su túnica mientras atravesaban el prado a toda prisa. Solo entonces Julia volvió a sentirse en paz, olvidándose de sus preocupaciones y su destino, sin importarle lo más mínimo lo que estaba por ocurrir en unas semanas. Solo entonces se sintió libre y completa. Tal y como debía estar.

Capítulo 7: Regreso a Roma

Quinto entró a su propia casa y se sintió un extraño. Había pasado los tres últimos años en una tierra de lluvia, musgo y mar y ahora, después de varias semanas de viaje, no podía evitar sentirse fuera de lugar.

Los esclavos que salieron al paso para recibirle y darle la bienvenida no se parecían en nada a los centuriones y legionarios a los que había tenido que ladrar órdenes durante la campaña. Eran individuos mansos, carentes de la fiereza de los verdaderos romanos, que se dejaban la piel y la sangre por la gloria del Imperio. Eran, pese a todo, los hombres y mujeres que lo habían criado y cuidado toda su vida, y ahora se mostraban como cachorros dóciles que meneaban la cola a la vuelta de su amo.

El tribuno ordenó que cargasen el arcón hasta su habitación para lavar la ropa sucia mientras él se dirigía a su alcoba para quitarse la armadura y la capa. Hasta que no se vistiera como un civil no podría sentirse de nuevo en casa.

—Puedes tomar un baño si lo deseas, amo —dijo Marco, su esclavo más allegado—. El agua está templada y la han perfumado.

—Iré enseguida.

Su casa era silenciosa y oscura. Sus padres habían muerto tiempo atrás, al igual que sus hermanos, y su única compañía eran los esclavos. Después de tanto tiempo viviendo en un campamento, durmiendo en una tienda azotada por la brisa y las voces y risas de los legionarios resonando por doquier, volver al hogar sería difícil. No podía evitar pensar que tal vez se hubiese equivocado al retirarse de la campaña, pero la oportunidad había sido demasiado buena para no hacerlo.

Se quitó la túnica y la dejó en una silla, los esclavos la recogerían para lavarla, y se desabrochó las sandalias. Eran de buena factura, hechas de cuero resistente y con las suelas tachonadas. Le habían durado toda la campaña y bien podían durarle otra más. Desnudo por completo, exceptuando el colgante esmaltado, se miró en la placa de metal pulido que utilizaba como espejo. Su cuerpo había cambiado. Nunca había sido un muchacho gordo, pero durante la campaña había perdido cualquier redondez que le hubiese acompañado desde la adolescencia en favor de una complexión atlética y magra. Lo habían herido en Londinum; el hacha había estado cerca de romperle las costillas, pero el filo se había desviado lo justo para dejarle una fea cicatriz en el costado en lugar de matarlo. El vello le había crecido en el viaje por mar; más tarde, en el baño, tendría que ordenar a Marco que lo depilara.

Se toqueteó el colgante con aire ausente, recordando su salida del campamento. El descubrimiento del oro escondido le había valido el respeto de los hombres y el elogio de sus camaradas, además de cuantiosas ganancias. Entonces, creyendo que era lo que deseaba, había solicitado volver a Roma para gastar su dinero y emprender la siguiente fase de su carrera política. ¿Se habría equivocado? ¿O era el fantasma de Britania, que de verdad embrujaba a aquellos que se atrevían a internarse en sus bosques? Chascando la lengua desaprobando sus propios pensamientos, Quinto se dirigió al baño.

Pasó el día poniendo sus asuntos en orden y readaptándose a la vida de civil. Envío un mensaje a su tío Lucio para convidarlos a cenar a él y a su familia y ordenó a los esclavos que preparasen una cena acorde. A la hora nona, tal y como esperaba, Lucio llegó en compañía de su esposa, Portia, y de sus hijos adolescentes.

Se acomodaron en el comedor, tendidos de medio lado en triclinios alrededor de la mesa. Los esclavos de Quinto agasajaron a los invitados con entrantes delicados como ostras y melón cortado y preparado para que se limitasen a tomarlo delicadamente con

los dedos. Tiraban la corteza al suelo, como todos los desperdicios, que serían barridos más tarde por los mismos esclavos que servían.

—Oí acerca de tu buena fortuna en Britania —dijo Portia después de comerse una ostra—. En Roma, tu nombre se menciona con agrado. Poco menos que como un héroe de guerra.

—Es bueno saberlo, pero me temo que no fui responsable de heroicidad alguna —repuso él con media sonrisa—. Cumplí las órdenes del legado y aprendí cosas sobre la naturaleza de la guerra y de los hombres. Poco más.

—¿Mataste a muchos britanos? —preguntó su primo Severo, que no hacía mucho se había convertido en hombre.

—Algunos.

—¿Son tan bárbaros como dicen? —quiso saber su otra prima, Artoria—. ¿Con barbas llenas de piojos y babas?

—Artoria, no seas asquerosa —protestó su madre.

—Tienen una cultura peculiar —respondió Quinto, pensativo—. Creen en espíritus y fatas, en animales sagrados, en la luna y en el sol y esas cosas. La mayoría usan armaduras y escudos, como nosotros, pero unos cuantos se lanzan desnudos a la batalla, pintados de azul y soltando alaridos terroríficos. La peor de sus costumbres son los sacrificios humanos.

—¡Sacrificios humanos! —exclamó la muchacha, encantada—. ¿Viste alguno?

—Artoria... —la reprendió su padre.

Quinto sonrió.

—No, no vi ninguno, pero es lo que se dice. De todos modos, no son tan mala gente. No son bestias humanas y la mayoría solo quiere una vida tranquila. Las tribus que se rindieron a Roma o se aliaron con nosotros no daban ningún problema.

Dos esclavos retiraron la mesa de los entrantes y trajeron la del siguiente plato. Eran pichones rellenos.

—Cambiando de tema —interrumpió Lucio, que había tomado una de las aves y separaba la carne tierna con los dedos—, ¿qué piensas hacer ahora que has vuelto a Roma?

—Recuperaré los clientes de mi padre e invertiré mi dinero en nuevos negocios. Me gustaría hacer contactos en la alta política. ¿Podrías ayudarme con ello, tío?

—Desde luego. Te presentaré a mis amigos. Varios de ellos tienen hijas en edad de casarse. Quizá deberías considerarlo, también.

Lo había pensado, pero sin prestarle mucha atención a la idea. Había supuesto que en algún momento habría de comprometerse con una joven patricia cuya familia pudiera ayudarle en su carrera política, pero le daba tanto reparo como pereza. Después de tantos años en compañía de soldados y bárbaros, no creía que las mujeres romanas fuesen a entusiasmarle.

—Estoy pensando en volver al Circo —comentó mientras mordisqueaba un hueso de ave—. Necesitaría caballos nuevos y que revisaran mi carro, eso sí. Debería saludar a mi viejo amigo Costa para pedirle que me haga un hueco entre sus conductores.

Su tío torció el gesto.

—¿Estás seguro de que es lo más adecuado? Morir en las carreras de cuadrigas es fácil. Sé que te entusiasma, pero deberías dejárselo a los esclavos especializados.

Quinto sonrió. Sabía que Lucio hablaría en contra de ello.

—Dicen que el propio Emperador Nerón es un gran auriga. Si él no teme poner su vida en manos de los dioses, ¿por qué debería yo? También en la guerra muere gente y nadie arquearía la ceja si dijera que quiero volver a Britania.

—A mí me parece impresionante —dijo Artoria con un brillo de admiración en los ojos.

—A mí también, primo —apostilló Severo.

—A mí no me gusta el Circo. Está lleno de pobres —comentó Portia.

—No voy a contrariarte, Quinto —dijo su tío—. Eres un hombre adulto y sabes lo que debes hacer con tu vida. Pero permíteme que te aconseje un buen proveedor de caballos, al menos. Su nombre es Cayo Aurelio Libo y sus animales son una maravilla. Asistí a unos juegos el mes pasado y vi la velocidad de esos caballos con mis propios ojos. Una maravilla, te digo.

—Lo tendré en cuenta —contestó Quinto, complacido—. Marco, que traigan ya el siguiente plato. Espero que os guste; mi cocinero prepara unos caracoles muy sabrosos.

Varios días después, Quinto inició el camino al galope. Después de tanto tiempo en Britania, el viaje, que para otros patricios habría sido largo y engorroso, a él le resultó de lo más plácido. Las calzadas facilitaban el tránsito de los caballos, permitiéndole llegar a la villa de Libo en un par de días. No temía por su seguridad. Llevaba su espada consigo y sabía usarla mejor que cualquier bandido que pretendiese emboscarlo.

La villa de Libo era más grande de lo que había esperado por la descripción de su tío. Descabalgó en la entrada, donde lo recibieron los esclavos que se ocuparían de la montura, y aprovechó para estirarse antes de encontrarse con Libo. Habían intercambiado mensajes acerca de su interés por comprarle unos cuantos caballos y Libo, amablemente, le había invitado a pasar unos días en su villa para que pudiera verlos y probarlos. Estaba seguro de que no esperaba que llegase tan rápido o solo, pero le satisfacía la idea de sorprenderlo.

Pero el sorprendido fue él, pues la primera persona que salió por la puerta no fue Libo, sino una muchacha de esplendorosa belleza. Llevaba el cabello, de un rubio casi blanco, sujeto en un moño elegante. Iba ataviada con un vestido azul con un manto que cubría los hombros desnudos. La sonrisa en su rostro pecoso, como el brillo de sus ojos azules, reflejaban su buen espíritu. Era una doncella virtuosa y casi recién florecida, pero que poseía un aire inusualmente noble. Eso le hizo sentirse un poco intimidado.

—¿Quinto Artorio Laterense? —preguntó ella con voz clara—. Mi padre está indispuerto en este momento, por eso me ha enviado a mí. Han preparado una habitación para ti.

Tardó unos segundos en reaccionar. Asintió y se encaminó hacia la puerta.

—Desde luego. ¿Le ocurre algo grave al buen Libo?

—Nada que no se cure con un poco de descanso —respondió ella de buena gana mientras pasaban al atrio—. No te esperábamos tan pronto. —No era un reproche. Al contrario; lo decía con cierta admiración—. ¿Has venido al galope desde Roma?

—Sí —respondió él con media sonrisa—. Disculpa, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Aurelia. Julia Aurelia, si gustas.

—Gusto.

—¿Cuántos caballos de fresco has empleado en el viaje? —preguntó ella, interesada—. ¿Cuánto has tardado en cubrir la distancia? ¿Has tenido algún percance?

Quinto alzó las manos mientras se reía.

—¡No esperaba verme acosado a preguntas tan pronto! Al menos no antes de haber dejado mi equipaje en un arcón.

Ella se sonrojó, lo que aumentó su atractivo inocente.

—Discúlpame, por favor. No estoy acostumbrada a hablar con otros... Con nadie, en realidad. En esta villa no tengo más compañía que mis padres y los esclavos, y ninguno tiene el valor de venir cabalgando desde Roma. No quería molestarte.

—No es ninguna molestia. Te responderé gustoso, pero primero debo pedirte un vaso de agua. Tengo la garganta tan seca como el polvo del camino.

Julia volvió a sonrojarse y rió, nerviosa.

—¡Claro! Y supongo que querrás cambiarte de ropa y ponerte algo más cómodo. Discúlpame, te lo ruego. No debería haber... —Hundió la cabeza entre los hombros, avergonzada—. Mi padre dice siempre que soy demasiado impulsiva.

—De verdad, no me ha molestado. Me has parecido encantadora.

La muchacha dejó de ruborizarse y le sostuvo la mirada. Quinto se sintió fascinado. Cuando dejaba de retorcerse, aguijoneada por la vergüenza, su porte noble regresaba como si nunca la hubiese abandonado. Había algo en esa chica, no sabía qué y no habría podido explicarlo, pero el quitaba el aliento. No era sólo belleza, sino algo más. Elegancia, poder... ¿magia?

—Será mejor que me vaya y deje que te acomodes —dijo ella—. Ha sido un placer. Hablaremos más tarde.

—Eso espero.

La joven se retiró, dejándolo a solas en su habitación. Contuvo un suspiro. Le cosquilleaba la nuca, como si estuviera en un estremecimiento permanente. Como decían los britanos, las hadas lo habían rozado. ¿La habrían rozado también a ella?

Capítulo 8: El comprador

Julia se sintió invadida por una sensación desconocida hasta ese momento, como un deseo de reír y llorar a la vez. La llegada de aquel hombre, Quinto Artorio Laterense, había supuesto una sorpresa en más de un sentido. No había pensado que fuese tan joven, ni tan apuesto. Tenía la piel morena y el cabello oscuro de los romanos, pero los ojos de un tono miel impresionante, tan parecido al ámbar cuando la luz le daba directamente.

No era el primer hombre guapo que Julia veía, pero sí el más valiente. Llegar hasta la villa a caballo, enfrentándose a la inseguridad del camino como si tal cosa, no era algo despreciable. El viaje debía haber agotado a cualquier otro patricio, pero a él le bastaba un baño para seguir adelante. Era... interesante. Mucho más interesante que cualquiera de los otros clientes de su padre.

Tuvo que hacer esfuerzos por no quedarse en el atrio a la espera de que Laterense saliera de su habitación para seguir interrogándole acerca del viaje. Se recordó que no sería apropiado y que sin duda le resultaría incómodo encontrársela nada más salir por la puerta, sin olvidar que se suponía que una muchacha como ella no debía andar persiguiendo a un invitado.

Trató de ocupar su mente con otros asuntos, pero siempre terminaba pensando de nuevo en él. ¿Por qué le resultaba tan fascinante? ¿Estar así era una verdadera tortura!

Más tarde, cuando Laterense se hubo cambiado de ropa y estuvo dispuesto a saludar a su padre y a su madre como era debido, Julia se mantuvo detrás de ellos con las manos a la espalda en un intento de mantener a raya su emoción.

—Estoy muy agradecido por tu hospitalidad, Libo —dijo Laterense al estrecharle la mano a su padre—. La alcoba es tan cómoda como podría desear y tu casa es preciosa.

—Te agradezco a ti que te hayas tomado la molestia de venir hasta tan lejos para comprar monturas, tribuno. —Su padre sostuvo la mano de Laterense entre las suyas y sonrió, complacido—. Espero que te hayas adaptado a la vuelta a Roma.

—La echaba de menos —respondió él, sonriente—. Hay muchas formas en las que se diferencia de Britania, pero uno nunca olvida el lugar en que nació.

Al inclinarse hacia su padre, su colgante se deslizó fuera del cuello de la túnica y relució a la luz que se colaba por la bóveda del atrio. Su color azul la obligó a parpadear. Había visto aquello en otra ocasión. Era hermoso. No supo por qué, pero al contemplarlo pensó en un hombre grande como una montaña, con fuertes brazos que la rodeaban, y en una mujer meciéndola contra su pecho y cantándole una canción, mientras una tormenta de rayos y truenos arreciaba sobre ellas.

¿Qué había sido eso? Se quedó sin respiración. Las imágenes y los sonidos aún resonaban en su mente, como ecos de un pasado lejano. No podía discernir de dónde habían salido, ni de por qué nunca había pensado en ellas. ¿Serían sus padres verdaderos, muertos hacía tanto tiempo? ¿Por qué no había recordado nada de ellos hasta ese momento?

—¿Puedo ofrecerte algo de beber o de comer? —dijo Libo—. Tengo un vino excelente.

—Es un poco pronto para mí —respondió Laterense, cuyos ojos dorados no tardaron en posarse sobre los de Julia. Esta dio un respingo y apartó la mirada. No se sentía capaz de sostenerse, no delante de sus padres—. Me gustaría ver a los caballos, si no es molestia.

—El tribuno va al grano —comentó Ofelia con una sonrisa.

—Lamentablemente, tengo un problema de espalda que me impide poder andar durante demasiado tiempo —explicó Libo, frotándose los riñones—. Ese es el motivo de

que haya enviado a mi hija a recibirte. Laertes te acompañará a la cuadra. Él conoce a esos caballos tan bien como yo.

—Pero no mejor que Julia. —Su madre soltó una carcajada frívola—. Si no fuese mi hija, pensaría que es un centauro.

La muchacha volvió a sentir la mirada intensa de Laterense sobre ella.

—¿Por qué no me acompaña ella también? —propuso el tribuno—. Quiero decir... Si lo permites, Libo. No quiero abusar de tu hospitalidad y de mis privilegios de invitado.

Su padre la miró pensativo. Asintió.

—Si hay alguien que conoce a mis caballos, es Julia. Ve con ellos, hija mía. —Le acarició el brazo y habló con voz grave— Sé prudente.

Lo que quería decirle era que procurase no hacer nada vergonzoso delante de un invitado. Julia captó su intención perfectamente y asintió, prometiéndose que no se dejaría llevar por sus impulsos esta vez.

Laertes esperó a que ella abriese la marcha. Laterense se despidió de sus padres y se acercó a ella sin llegar a tocarla, pero lo suficiente como para que ella pudiera percibir el olor que desprendía; una mezcla de sudor y aroma a caballo que, lejos de resultar desagradable, lo hacía más atrayente. Incapaz de mirarle a los ojos, Julia se limitó a saludarle con la mirada fija en su colgante.

—Los caballos están por aquí... —murmuró, echando a andar hacia las cuadras a través del camino de tierra que unía la villa con la zona de pasto—. Tenemos de varios tipos. Necesitas caballos de carreras, ¿verdad?

—Así es —respondió él, que frunció el ceño y se percató de a dónde dirigía su mirada—. ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a mi colgante?

—No, en absoluto. Es sólo que... bueno, me parece muy bonito. El color azul es... curioso.

Laterense sonrió de buena gana. Lo sostuvo entre los dedos, acariciando la superficie lacada con cariño.

—Es parte del botín de la conquista de Britania. Había oro y joyas, pero lo único que uso en mí día a día es esto. Mira. —Se lo quitó y le dio la vuelta para enseñárselo. En el envés había marcas y arañazos en el esmalte—. Es un mapa. Me costó una barbaridad entenderlo, pero conducía al alijo oculto de uno de los jefes britanos.

Julia alargó la mano, pero la retiró con reserva. Se habían detenido en medio del camino y Laertes miraba al frente, como si no estuviera.

—¿Puedo tocarlo? Parece suave.

—Es suave. —La muchacha tocó la superficie con la yema del dedo y sonrió—. Los britanos sienten una extraña fascinación por el color azul. Se pintan con él, se lo tatúan... Es un color sagrado.

—Sí, es cierto.

El tribuno sonrió.

—¿Conocéis algo de la cultura britana?

—No... —Julia frunció el ceño—. En realidad, no. No sé por qué he dicho eso. Nunca he estado allí y no he conocido a nadie de esos lares. Bueno, creo que en algún momento he visto un espectáculo de gladiadores en los que participaban britanos, pero no cuenta.

Laterense volvió a ponerse el colgante y la invitó a seguir caminando. Julia estaba intrigada.

—¿Qué más sabes de Britania? —preguntó, camino de la cuadra—. Mi padre me ha dicho que luchaste en la guerra con los celtas. ¿Cómo es?

Él ladeó la cabeza.

—Es un lugar húmedo y frío, muy verde. La bruma está casi siempre presente, igual que la lluvia. Hace que te arda el pecho cuando la respiras. Hay montañas y marismas, y su vegetación es tan abundante como puedas imaginártela.

Julia sonrió.

—Suenan impresionantes.

—Lo es. Los bosques son muy densos, aunque no tanto como en Alemania.

—¿Has luchado allí también?

—No, pero mi abuelo sí lo hizo, bajo las órdenes de Julio César Germánico. Mi padre me contó las historias que oyó de él. —Entraron en la cuadra. Cneo el esclavo se hizo a un lado a la espera de recibir órdenes de su ama—. Pero me basta con la experiencia de Britania. Después de varios años de campaña, creo que estoy saciado de guerra. Aunque, no sé por qué, aún añoro el ambiente del campamento...

—Tienes que contarme más. Por ahora, ¿qué te parece si te enseño a los caballos? —Julia cuidó que su vestido no rozase el suelo, para no mancharlo, y le condujo hacia los habitáculos individuales de los caballos—. Los más veloces son estos. Éste es Furia —dijo, señalando a un semental de pelo marrón rojizo—. El de allá es Marfil y la siguiente es Aurora. —Ahora apuntaba a un caballo claro, con manchas marrones, y a una yegua negra—. Y esa de allí es Brillante, mi favorita. Tiene un carácter muy bravo, pero si eres paciente acabarás por llevarte bien con ella.

Laterense se mesó la barbilla, pensativo.

—Por el aspecto parecen sanos, pero me gustaría probarlos, si no tienes inconveniente.

—Cneo, prepara a los caballos para que el tribuno Laterense los monte.

—No, espera. Llevo demasiado tiempo a lomos de un caballo y no creo que fuera a sacarles todo el potencial en este momento. Prefiero montar mañana. ¿Te importa?

—Claro que no —repuso Julia—. Casi que lo prefiero. Me habría dado envidia y habría querido montar también, pero con este vestido me temo que no puedo.

Laterense sonrió de oreja a oreja. Aquellos ojos brillaban como ascuas y ella no podía sostenerle la mirada mucho tiempo antes de ruborizarse. Tenía la mandíbula cuadrada y la nariz recta, y unos labios que prefería no mirar por no perderse. ¿Por qué él?, pensaba. ¿Por qué hoy?

—Puedes mostrarme el terreno, si quieres —propuso él.

Julia miró a Laertes. El griego seguía ahí, tanto preparado para cualquier consulta comercial como vigilando que no hicieran nada indebido.

—Por supuesto. Sigamos adelante. Más allá de la cuadra hay un prado hermoso donde corre libre el ganado. Siempre me ha encantado pasear por allí.

Caminaron a un brazo de distancia. Ella miraba al suelo para evitar los ojos de Laterense y asegurarse de que no pisaba ningún charco ni boñiga, lo que le proporcionaba la excusa perfecta. Laertes caminaba varios pasos por detrás.

—¿Por qué no me cuentas algo más sobre Britania? —preguntó Julia—. ¿Cómo son los britanos?

Laterense miró al cielo mientras escogía las palabras. Las vacas pastaban aquí y allá, tras las vallas que las separaban del resto del ganado, y sus mugidos llenaban el aire.

—Son gente diferente a nosotros. Tienen el pelo y los ojos claros, como tú, pero me temo que ninguna britana es tan bonita. —Julia volvió a ruborizarse, esta vez hasta las orejas—. Sus dioses son diferentes. Sus guerreros son bravos. Hay... muchas cosas más, pero no creo que una muchacha noble como tú quiera escucharlas.

—¡Sí quiero escucharlas! —respondió ella, levantando la cabeza por primera vez y mostrando así su rubor. Él le devolvió una mirada satisfecha. Julia tragó saliva—. Quiero decir... si deseas contármelas.

—Son detalles truculentos. Es una guerra.

—He estado en peleas de gladiadores y fieras, y he presenciado los partos de las yeguas y las vacas. Nunca me ha dado miedo la sangre. —Julia le sostuvo la mirada con fiereza. El deseo por saber acerca de Britania provocaba que ni siquiera el pudor y el decoro social la atormentaran—. Por favor, quiero saber.

Laterense asintió. Su expresión era indescifrable, pero observó cierto placer, tal vez derivado de su cambio de actitud. Su padre siempre le había dicho que cuando se mostraba así de segura imponía demasiado a los demás, sobre todo a los hombres que esperaban una romana sumisa, pero Laterense parecía distinto. Estaba disfrutando.

—Una vez presencié una batalla increíble. De entre los árboles salieron varios hombres desnudos, todos ellos pintados de azul. Enarbolaban hachas a dos manos y cortaban con ellas en arcos grandes, como si talasen árboles. Los hombres que yo comandaba iban armados con escudos, espadas y lanzas, y protegidos por armaduras, pero a ellos no les importó lo más mínimo. Penetraron en la línea de escudos mientras proferían gritos espantosos, tanto que los soldados no podían reaccionar. Antes de que pudieran abatirlos mataron a veinte de mi grupo.

—Por los dioses...

—Hicieron falta cuatro o cinco espadas para detenerlos. Eran presa de un furor tremendo. Los celtas toman brebajes para infundirse valor y entrar en ese estado suicida. Uno solo puede causar graves daños a la moral de la unidad.

Julia podía imaginárselo con todo detalle. No sabía de dónde salía, pero su sangre ardía ante la idea de lanzarse de cabeza a la batalla. Había una parte de ella que desconocía hasta ese momento, pero le daba la impresión de que habría sido capaz de hacer lo que aquellos bárbaros, si hubiese estado en su misma situación.

—¿Estás bien, Julia? Te veo pálida.

—No, no es nada. Gracias por contármelo, Laterense.

—Puedes llamarme Quinto, si quieres.

El ofrecimiento era arriesgado. Julia miró hacia atrás. Laertes no parecía haber escuchado nada, por suerte. El nombre de pila se usaba solo con los seres queridos y amigos allegados. Que le estuviera dando permiso ahora era demasiado atrevido.

—Yo... no sé... —Julia volvió la cara. No podía dejarse llevar por una atracción estúpida. Estaba a punto de ingresar en las vestales. ¿Por qué su cuerpo estaba reaccionando de esa manera ahora?—. No sé si debería.

Se giró.

—Volvamos a casa. No falta mucho para la hora de la cena.

—Como gustes... —murmuró él, no sin cierta decepción.

¿Qué podía hacer? Si seguía adelante, acabaría cometiendo alguna estupidez. Sentía la sangre demasiado caliente como para pensar de manera racional. Su futuro dependía de que se mantuviera virtuosa el resto de su vida, y no podía permitir que un hombre, por atractivo que fuera, se interpusiera en su camino.

Capítulo 9: La magia de los caballos

Durante los dos días siguientes, Quinto tuvo la oportunidad de probar los caballos, visitar el terreno, hacer amistad con Libo y agradecerle su invitación. Pero, por desgracia, de todas las cosas que quería hacer hubo una que no consiguió de ninguna manera: quedarse a solas con Julia.

Comprendía que la muchacha no quisiera. No era lo más adecuado, siendo ella una joven soltera y él un hombre adulto. Tampoco era su deseo importunar a sus padres propasándose con su hija, pero le resultaba tan fascinante que no podía dejar de mirarla. Había algo en ella. No era mero deseo; su hermosura era incontestable, pero mujeres hermosas había muchas. No, se debía a otra variable, a algo inspirador y maravilloso que no podía explicarse con palabras. Había algo de magia en ella, estaba seguro. No sabía si había sido tocada por los dioses o era otra cosa, pero se le hacía difícil despegar los ojos de ella cuando se encontraban en el atrio o cenaban juntos.

El único momento en que Julia se había relajado fue cuando salieron a montar juntos. A Laertes, el esclavo griego de Libo, le daba miedo montar, por lo que pudieron hacerlo más o menos en intimidad. Julia montó a Brillante, la maravillosa yegua clara que galopaba como una exhalación, y él hizo lo propio en Marfil. Salieron a correr por el prado, persiguiéndose el uno al otro, haciendo quiebros y giros parecidos a los que tendrían que hacer en el Circo.

Julia iba en cabeza, lo que permitió a Quinto observar su técnica. Nunca había visto a una mujer montando de esa manera. No tenía miedo a una caída o a un tropiezo; se inclinaba para disminuir la resistencia del aire y apenas tenía que tirar de las riendas para indicarle a la yegua hacia dónde debía girar. Quinto era un buen jinete, pero nunca había llegado a una comunión tan profunda con un animal. Julia, en cambio, parecía estar hermanada con Brillante. A lomos de la yegua, lucía imparable. Sin rubores ni vergüenzas, sin preocuparse por convencionalismos sociales, Julia disfrutaba de la carrera como una mujer libre, y eso le parecía increíble.

La naturaleza competitiva de Quinto lo animó a espolear a Marfil en un intento de alcanzar y superar a Julia. El batir de los cascos resonaba en sus oídos al son de su propio corazón. Sin miedo ni reservas, llegó a la altura de Julia y le dedicó una sonrisa atrevida. Esta vez, en lugar de enroscarse sobre sí misma presa de la vergüenza, Julia se la devolvió, bajando las cejas y apretando los talones en los costados de la yegua clara para aumentar su velocidad y volver a superarle.

—¡No tan rápido! —rio la muchacha, con la melena rubia flotando a sus espaldas—. ¡Aún no has visto todo lo que Brillante puede hacer!

Julia tiró de las riendas y la yegua salió del prado y se internó en el encinar que lo rodeaba. Era un movimiento temerario: los obstáculos vegetales harían el galope mucho más peligroso. ¡Estaba loca! Quinto no se arredró, giró sobre sí mismo y la siguió, haciendo que su caballo saltase sobre los matojos con destreza.

Ahora, la visión blanca y rubia se intercalaba con las ramas negras y verdes que Quinto esquivaba a toda velocidad. Aquello era una locura. Alguno de los dos acabaría derribado por una rama baja o los caballos se tropezarían con las raíces, pero Quinto no pensaba disuadirla. Al contrario: vivir aquella carrera era lo más emocionante que le había ocurrido desde que había regresado de Britania.

Se desvió por la izquierda y arrió al caballo para volver a encontrarse a la altura de Julia. La joven le miró por encima del hombro y sonrió. La imagen era maravillosa. Sus ojos azules relampagueaban de placer, y algunos mechones rubios flotaron sobre su nariz pecosa. Quinto la miró, embelesado. Si hasta ese momento no había sentido nada

verdadero por ella, aquella sencilla visión bastaba para que todo su cuerpo vibrase con la promesa del amor.

La sonrisa de Julia se tornó en una expresión de temor.

—¡Cuidado!

Quinto miró de nuevo al frente y se encontró con una rama a escasos metros de su cara. Tiró de las riendas, provocando un relincho del caballo, y trató de esquivarla con poca fortuna. La punta de la rama le alcanzó el hombro y le rasgó la túnica y la piel, haciendo que brotase la sangre con un destello de dolor.

—¡Quinto! —Julia detuvo a Brillante y giró sobre sí misma para atenderlo.

El tribuno había parado al caballo y se miraba la herida. Dolía más que sangraba, pero le preocupaba la suciedad y trozos de corteza que habían quedado adheridos a la carne desgarrada.

—No es nada —repuso él mientras se apretaba la herida con la palma de la mano—. He sufrido heridas peores, te lo aseguro.

—No tendría que haber salido del prado —dijo Julia para sí, enfadada consigo misma—. He sido una estúpida.

Quinto sonrió.

—Ha merecido la pena. He conseguido que me llames por mi nombre.

Aquello hizo que ella se ruborizase y apartase la mirada. ¿Por qué volvía a ser aquel cachorrillo asustado?

—Julia, no tienes por qué temer de mí. No voy a hacer nada que no deba.

—Esta familiaridad no es adecuada. No deberíamos... Mis padres...

Él frunció el ceño.

—Soy un tribuno. Tengo dinero y posición, y una carrera política prometedora. Estoy bien considerado en Roma y nunca he estado casado. No le debo nada a nadie. ¿Por qué no debería cortejarte?

No se había dado cuenta, pero hablaba de algo serio. Casi nadie se casaba por amor, menos aún un patricio, pero si Quinto se lo proponía a Libo como un movimiento político, tal vez accediera. Tendría que casarse en algún momento. ¿Por qué no hacerlo con una joven virtuosa y fascinante como ella? ¿Qué daño haría?

—Porque he hecho una promesa.

Quinto frunció el ceño. De modo que estaba prometida con otro hombre. Debía de tener quince o dieciséis años, edad más que apropiada para buscarle el primer marido. Libo no era tonto. Aquello lo llenó de tristeza. El hombro dejó de dolerle. Ahora le ardía el pecho.

—¿Quién es él?

Los compromisos se rompían. Los matrimonios se divorciaban. Necesitaba saber si aún le quedaba alguna oportunidad.

Ella negó con la cabeza.

—No hay ningún él, Quinto. Nunca lo habrá. Mi destino es unirme a las vestales y servir a Vesta durante el resto de mi vida.

Una joven noble, de gran belleza y espíritu puro... por supuesto. ¿Cómo no lo había pensado? El honor que traería a su familia su entrada en el sacerdocio sería incomparable al de un buen matrimonio. Era otro tipo de maniobra política, una que apelaba al respeto religioso antes que a la alianza entre familia, pero al mismo tiempo lo único que eliminaba a Quinto de la ecuación.

—No puede ser —murmuró él, desolado.

Julia le miró con los ojos inundados de lágrimas.

—Es. Así ha sido toda mi vida. Me escogieron cuando era una niña y siempre lo he sabido. Por eso no debo estar a solas contigo.

La sangre del corte empapaba la manga de su túnica. Quinto apretó los dientes.

—¿Me crees capaz de tomarte a la fuerza, o de hacer algo en contra de la moral romana?

—No. —Julia sacudió la cabeza y bajó la mirada—. No creo que seas esa clase de hombre, te lo aseguro. Pero yo... cuando estoy cerca de ti me sacude una fuerza que no había conocido hasta ahora. Siento como si de mi pecho surgiera una cadena clavada en la pared de mi casa. Nunca he querido alejarme de ella y por ese motivo nunca he sentido la tensión, pero cuando me acerco a ti algo me tira de aquí dentro. —Se tocó el esternón con una mano temblorosa—. Ni siquiera debería hablar de esto. Por favor, volvamos a casa.

Quinto se sintió mareado ante la confesión de Julia. Había sospechado que bajo aquella capa de vergüenza y rubor se hallaba el interés mal expresado, pero no hasta ese nivel. Además, sabiendo ahora que jamás podrían llegar a nada, la desesperanza lo devoraba por dentro.

—Julia...

La muchacha alzó la mirada.

—Te lo suplico. No me hagas sufrir así. Si de verdad estarías dispuesto a cortejarme, entiendo que esto solo nos provocará dolor.

Él no dijo nada. Sabía que Julia tenía razón, pero cuanto más pensaba que era imposible, más deseaba poder hacerlo. Ella hincó los talones en Brillante y salió al trote entre las encinas. Con un corazón apesadumbrado, Quinto la siguió. No dijo nada.

—Mandaré a por los caballos cuando llegue a Roma —dijo Quinto mientras se despedía de Libo estrechándole la mano—. Ha sido un placer aceptar tu invitación. Tus caballos son unos animales magníficos y confío en que me permitan alcanzar la gloria en el Circo.

—Lo harán, amigo mío —respondió Libo con una sonrisa—. Ha sido un honor tenerte en mi casa. Si necesitas más monturas, no dudes en enviarme una carta. Mi villa siempre estará abierta para ti.

—Sí, sí —dijo Ofelia, muy ufana—. ¡Cuéntales a todos lo bien que criamos a nuestros caballos en estas cuadras! Si quieren monturas rápidas y sanas, ¡que se las compren a Libo!

Quinto exageró una risa.

—Por supuesto. Descuida, buena mujer. Os daré tanto crédito como pueda.

Su equipaje estaba listo, al igual que su caballo. Debía ponerse en marcha enseguida si quería llegar al primer hospedaje antes del anochecer, pero la ausencia de Julia en la despedida era como si le faltase el aire.

—¿Está Julia aún en su dormitorio? —preguntó, inseguro—. Me gustaría despedirme también de ella, si no os parece demasiado atrevido. Ella ha sido clave a la hora de decidirme por estos caballos.

Libo y Ofelia intercambiaron una mirada.

—Está en la cuadra —dijo Libo—. Se encuentra algo indispuesta; me imagino que se debe a que va a separarse de Brillante. Le ha tomado mucho apego a esa yegua. Puedes ir si quieres, tribuno. Te doy mi permiso.

Tras despedirse una vez más, Quinto salió camino de la cuadra. La encontró vacía, algo que no había visto en todo el tiempo que llevaba allí. Sin embargo, escuchaba unos murmullos que le pareció entender como sollozos. En silencio, Quinto se asomó al habitáculo del que provenían. Era Julia, que lloraba mientras acariciaba a Brillante.

—Le diré a tu padre que me venda otro caballo —dijo.

Al oírle, Julia dio un brinco y se apresuró a darse la vuelta mientras se apretaba el pecho con la mano. Le miró sin hablar. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas por las lágrimas.

Quinto levantó las manos.

—Es una yegua magnífica, pero no quiero ser el causante de tu tristeza. Quédatela. Hay otras que me han gustado. Puedes decirle a tu padre que me envíe la siguiente más rápida.

Julia frunció el ceño, como si le costase comprender lo que decía. Sacudió la cabeza.

—No. No puedo quedarme a Brillante, ¿no lo entiendes? —Sorbió por la nariz y se limpió la cara con la palma de la mano—. Dentro de unas semanas esta ya no será mi casa. ¿De qué sirve que la deje aquí? Prefiero que te la lleves tú. Así... así podrás recordarme.

Quinto se quedó boquiabierto. Dio un paso hacia delante y ella otro hacia atrás. Comprendiendo, volvió a la portezuela. Le dolía la mandíbula de apretarla.

—No tienes por qué ser vestal si no quieres —murmuró él—. Aún no has pronunciado tus votos.

—Debo hacerlo. Por mi familia, por mi destino. —Julia bajó la barbilla—. Hasta que no has venido no me he dado cuenta de todo lo que estaría perdiendo, pero eso no significa que pueda romper mi promesa. No podría hacerle eso a mis padres, Quinto. Lo siento.

—Entonces, si tan segura estás de ello, ¿por qué estás llorando?

—Porque te he conocido.

Quinto deseó, ahora más que nunca, acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos. Verla tan rota le dolía muchísimo. Quería consolarla y besarle el pelo, y asegurarle que todo iría bien y no tendría motivos para llorar. Pero no era cierto. Si se convertía en vestal, jamás podría conocer el amor de un hombre. Su vida dependería de su virtud, ya que perderla significaría que sería apedreada al igual que su compañero.

—Sé que no hemos pasado juntos más que unas horas —murmuró él, triste—, sé que todo esto no ha sido más que el sueño de una tarde, pero... no te olvidaré, Julia. Ojalá las cosas fuesen diferentes y pudiéramos... Pero no, no podemos. Lo comprendo. Será mejor que me marche ya.

Giró sobre sus talones y caminó hacia la salida de la cuadra envuelto en una capa de tristeza. Le pesaba en los hombros como si fuera plomo. Al llegar a la puerta, escuchó su nombre.

Julia se apresuró hacia él y le echó los brazos al cuello. Quinto la sostuvo con delicadeza, embargado por la emoción. Oía a primavera, a vida, a mujer y a caballo. Los dedos de ella se clavaban en su espalda y su rostro quedaba enterrado en su pecho, como si temiera levantar la mirada por lo que pudiera ocurrir si lo hacía. Estaba temblando.

Quiso besarla, pero no lo hizo. La retuvo contra él hasta que ella hizo ademán de soltarse. Le acarició la mejilla. Deseaba probar sus labios más que cualquier otra cosa, pero sabía que no era apropiado. Todo debía terminar ahora.

Se soltaron sin hablar. Quinto suspiró. La muchacha volvió al interior de la cuadra y él salió hacia su caballo, preparado en la entrada del terreno. Desde la puerta de la villa, Ofelia le observaba con intensidad. Había visto cómo se había despedido de su hija y no lo aprobaba.

Ardiendo de culpabilidad y rabia, Quinto subió sobre su caballo de un salto. Salió al galope al borde de las lágrimas.

Capítulo 10: La futura vestal

La marcha de Quinto le produjo dolor, sobre todo por la reacción de su madre al descubrir que habían compartido algo más que palabras. Fue a su encuentro aquella noche, mientras Julia miraba cómo se consumía la vela que iluminaba su habitación con desidia. Al ver la expresión de su madre, supo que algo andaba mal, pero se sentía tan desgraciada que casi no le importaba.

Ofelia se sentó en la cama, a su lado, y le acarició el vientre con afecto.

—Estoy bien, madre —se apresuró a decir, encogiéndose sobre sí misma como un caracol tímido ante el roce desconocido.

—No lo estás. No me mientas, Julia Aurelia. Soy tu madre y te conozco.

La muchacha guardó silencio y evitó su mirada. Se avecinaba un reproche. Lo sabía.

—Ese joven tribuno, Laterense... Habéis trabado amistad, ¿no es cierto?

—Madre...

—Préstame atención y no evadas responsabilidades. —El tono de Ofelia pasó de dulce a severo—. Yo también he tenido quince años y me he sentido como tú ahora. ¿Crees que no lo hemos pasado todas? No hay nada como un galán apuesto y amable para que las doncellas pierdan la cabeza.

Julia ocultó la cara tras su antebrazo.

—No tienes por qué temer. Conozco mi deber.

—¿Lo conoce él?

—Por supuesto que sí.

—¿Te ha seducido?

—¡No! ¡Madre! —Julia encogió las piernas y se sentó en el lecho con la espalda apoyada en la pared pintada, en una posición innegablemente defensiva—. ¿Acaso crees que...?

—¿Qué tienes quince años? No serías la primera que comete un error.

La ira se agitó en el pecho de Julia, igual que cuando Brillante se cansaba de cualquier jinete que no fuera ella y empezaba a dar bandazos y coces.

—Tal vez tú los cometieras en tu juventud, madre, pero yo...

Ofelia frunció el ceño.

—Cuida esa lengua, jovencita.

—¿Por qué no me crees? ¿Qué motivos te he dado para dudar de mí? —La bola de rabia había empezado a rodar en el interior de Julia, haciéndose cada vez más grande. La tensión, la desilusión y el pesar acumulados en los últimos días comenzaban a pasarle factura. Comenzó a alzar la voz hasta cotas indebidas—. Él se acercó a mí con palabras bonitas y ofrecimientos de cortejo formal, siempre respetuoso. No lo dejé acercarse más de la cuenta porque soy consciente de mi destino. Enorgullécete de la hija que tienes, madre, pues si hubiera sido un poco menos responsable me habrías visto llegar de vuelta a casa con hierba en el vestido. —Ofelia abrió la boca, anonadada por el descaró y la impertinencia de su hija—. Habría sido tan fácil ser feliz, madre... Y en cambio no lo he sido y no lo seré, todo porque quieres que me una a las estúpidas vest...

Ofelia le cruzó la cara de una bofetada. La sorpresa cortó la rabia de raíz. Julia se frotó la mejilla, anonadada. Hacía mucho tiempo que sus padres no la corregían físicamente. Su madre también se sorprendió. En su expresión apareció el arrepentimiento al instante, pero no dijo nada al respecto. Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta, temblando. Julia la siguió con la mirada atónita.

—Hija mía, cada uno tiene su lugar en la vida —dijo Ofelia con voz temblorosa—. El tuyo está con las vestales. No vas a poder amar a un hombre jamás, pero muchas

matarían por la oportunidad que tú tienes. Una vez que te has tendido de espaldas diez veces, todas te parecerán iguales.

La dejó sola. Julia, aún frotándose la mejilla ardiente, combatió las lágrimas.

Ofelia estuvo muy callada mientras se preparaba para acostarse, como Libo atestiguó. Qué raro que la mujer no dijera ni una palabra. Muchas noches tenía que pedirle que guardase silencio para poder conciliar el sueño, pues en lugar de disfrutar de la conversación durante la cena, cuando era hora, solía esperar a la intimidad del dormitorio para intercambiar confidencias con su esposo. Libo frunció el ceño. La notaba triste, alicaída. Cuando se tumbó a su lado, posó la mano sobre su cadera y se volvió hacia ella en un intento de confortarla.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó en voz baja—. ¿Algo va mal?

La mujer suspiró. Se giró en su dirección. El rostro de Libo, en la penumbra, le devolvió algo de paz. Había tenido suerte al encontrar un marido como él.

—Cayo, ¿crees que hacemos bien en enviar a Julia con las vestales?

Él frunció los labios.

—¿Por qué tienes dudas ahora?

—Se acerca el momento de entregarla al templo. Me he dado cuenta de que no volverá a ser nuestra hija. ¿Te imaginas vivir sin ella? ¿Puedes hacerte a la idea de despertar por la mañana y no desayunar a su lado, ni oírla reír cuando está con los caballos?

—Bueno, Ofelia, si la casáramos tampoco la tendríamos en casa.

—Es cierto, pero podría venir a visitarnos, o ir nosotros a la suya. Cuando ordenan vestal a una muchacha, tiene que dejarlo todo atrás. No seremos sus padres ya.

Libo se incorporó.

—Querida, cuando la adoptamos sabíamos que íbamos a hacer esto. Los sacerdotes te animaron a encontrarla, ¿recuerdas?

—Lo sé, lo sé... Es sólo que no puedo evitar sentirme triste por ello. Pronto se irá y no volveremos a verla. Hay tantas cosas que no podrá ver ni hacer a partir de ese momento...

Ofelia no pudo contener las lágrimas y rompió a llorar. Libo le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra su pecho. ¿Qué iba a hacer Julia el resto de su vida sin nadie que la reconfortara de esa manera? ¿Lloraría a los pies de la estatua de Vesta, con poco más que la frialdad de la piedra para llevarse al pecho?

—Yo también estoy triste —confesó él—. Cuando la vi por primera vez no me imaginaba que se haría querer tanto, pero es una muchacha tan especial que sería difícil no hacerlo.

La mujer suspiró. No era habitual que Libo compartiera con ella unos sentimientos tan íntimos.

—A veces pienso que no pertenece a este sitio. Que la hemos robado de un mundo diferente y por eso nunca la comprenderemos. Se ha esforzado mucho por encajar y comportarse como esperábamos, pero bajo las apariencias sigue teniendo ese temperamento tan bravo. En el fondo, creo que ese es el problema.

—No te amargues, querida. Es lo que es. Si no la hubiésemos adoptado nosotros, quizás la hubiesen llevado a un burdel para venderla al mejor postor como una belleza exótica. Era una esclava.

—Lo sé. No me hagas caso.

Ofelia sabía que ya no había vuelta atrás. Habían sido trece años felices cuyo final siempre habían previsto. Aunque, por mucho que lo supieran, eso no les quitaba la tristeza que empezaba a apoderarse de ellos.

El regreso a Roma fue tan triste para Julia como pudo serlo. Dejar atrás la villa en la que había vivido los últimos años y, sobre todo, a los caballos, era solo comparable al pesar acerca de su inminente destino.

Volvían a la ciudad para dar los pasos finales hacia su reclusión en el templo. Debían entrevistarse con el Pontífice Máximo, que evaluaría por última vez a Julia antes de llevar a cabo el ritual de entrada. La despojarían de sus cabellos y la suspenderían de un árbol, una metáfora de la pérdida de su yo anterior. La muchacha, que hasta ese momento había aceptado su destino con resignación, ahora se hallaba acongojada.

No comprendía el motivo por el cual los dioses le habían permitido conocer a Quinto antes de convertirse en vestal. Debía de ser una prueba de Vesta, ¿qué si no? Una prueba cruel y retorcida que la hacía sufrir de manera innecesaria. Aunque había dejado de llorar abrazada a su almohada, era incapaz de sonreír. Ni siquiera tenía cerca a sus caballos para disfrutar de un galope que la despejase. Debía encerrarse en casa y esperar a que los días se arrastrasen en pos de su condena, una vida dedicada a proteger una estúpida hoguera.

Sabía que no debía pensar esas cosas, pero la tristeza a veces se confundía con la rabia.

Dos días después de volver a Roma e instalarse de nuevo en su antiguo cuarto, el Pontífice Máximo accedió a recibirlos en su casa. Era un patricio de alto rango, como ellos, que además de los privilegios de su clase gozaba del respeto de todo el mundo por su condición de sumo sacerdote. Nada más verlo, Julia sintió una punzada de desagrado. Se trataba de un hombre grueso y blando, con el pelo muy corto en un intento de disimular las amplias entradas. Olía a una mezcla de vino y sudor que no conseguía disimular con perfume.

Su padre le saludó con gran respeto. Su madre casi besó el suelo que pisaba. Julia, sin color en las mejillas, alcanzó a inclinar la cabeza. Así empezó la última entrevista con el Pontífice Máximo.

No muy lejos de la casa del sacerdote, Quinto revisaba los documentos por los cuales se reenganchaba al ejército.

Había tenido varios días para pensarlo y había llegado a la conclusión de que era lo mejor. La vida de civil se le hacía extraña, sobre todo después de haber conocido a Julia. No podía quitársela de la cabeza. Le habían llegado noticias de que había regresado a la ciudad, por lo que comenzó a pensar en forzar un encuentro para disfrutar de unos minutos juntos.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de la tropelía que planeaba. Julia estaba tan dolida por la situación como él. Había puesto punto y final a una historia que nunca había terminado de despegar para ahorrar sufrimiento a ambos. ¿Hasta qué punto merecía ella que Quinto la obligase a seguir enganchada a aquel sentimiento? ¿Quería jugar con la promesa de una lapidación para ambos? No, desde luego. Era momento de actuar de manera madura en lugar de como un joven con un nuevo amor. Debía olvidarla y seguir adelante, pero no en Roma. En la ciudad, sabiendo que ella dormía en el templo de las vestales, jamás podría conseguirlo.

Tal vez en Britania.

Julia, sin saber nada de esto, soportó el escrutinio del Pontífice con entereza.

Les había hecho sentar en su estudio, una amplia habitación bien iluminada con paredes pintadas de naranja. El Pontífice Máximo se desparramaba en una silla de metal

y cuero, demasiado pequeña para su tamaño. Había ofrecido vino y dátiles a Libo y Ofelia, pero toda su atención se centraba en Julia.

—Cada estación ha crecido en hermosura —dijo él después de observar su rostro y sus formas durante largo tiempo—. Espero que esa belleza no haya propiciado ningún encuentro carnal, muchacha.

—Sigo conservando mi virginidad —informó ella, forzándose a mantener el tono neutro en lugar del furioso que su pecho sugería.

—Es cierto —confirmó su madre—. Ha contado con vigilancia día y noche, Pontífice Máximo, así que puedo afirmarlo sin miedo. Además, Julia Aurelia sabe que debe mantener su promesa a Vesta y mantenerse virtuosa toda la vida por muchas tentaciones que le lleguen.

—¿Qué tentaciones? —preguntó el Pontífice con interés.

—Ninguna, señor —respondió Julia—. No hay tentaciones cuando se ha realizado un voto a los dioses. Como Pontífice Máximo debes saberlo bien.

Los ojos de Julia se clavaron en los del hombre gordo, cuya papada tembló levemente. Ofelia no tardó en carraspear en un intento de aliviar la situación.

—Es una muchacha de increíble voluntad. ¡Inquebrantable! —Rio, nerviosa, y le dio un toque a Libo en las costillas.

—Mi hija es terca como una mula —dijo él—. Cortaría cualquier mano que quisiera tocarla en un intento de echar a perder su virtud, Pontífice Máximo.

Pero él no parecía escuchar. Julia y el sacerdote se habían retado a un duelo de voluntades y lo expresaban por medio de la mirada. La furia alimentaba su fuego interior. No iba a dejarse doblegar por aquel hombre tan blando. Él acabó aceptándolo. Derrotado, apartó la vista y asintió.

—Sigamos adelante. ¿Cantas, tocas la lira, sabes leer...?

Ofelia dejó escapar un hondo suspiro y se metió un dátil en la boca. Libo la miró con cariño, asintiendo en señal de conformidad. Julia tomó aire y se dispuso a enumerar la lista de talentos que había desarrollado con ayuda de sus tutores.

Jamás en su vida se había sentido tan desdichada.

Capítulo 11: La carrera de cuadrigas

Después de haber comprado los caballos y de hacer los preparativos para volver al Circo, Quinto decidió que al menos correría una vez antes de marcharse otra vez en campaña.

Su ánimo no se hallaba en su punto álgido y habría preferido encerrarse en su casa para leer poesía y beber vino hasta embotarse, pero su tío había hecho lo posible por convencerlo de que los patrocinadores de su equipo merecían que mantuviera su palabra.

—Si no corres, Quinto, cuando vuelvas a Roma no tendrás casa —le había advertido después de que su sobrino asegurase que no pensaba tomar las riendas de la cuadriga—. Habrán entrado para saquearla y cobrarse la inversión que han hecho contigo, y la quemarán como represalia. Y a todo el mundo le parecerá bien. Vamos, chico. ¿Todo esto por una mujer?

Quinto había sacudido la cabeza.

—No es solo una mujer. Si la hubieras conocido, lo sabrías.

Pero su tío se había limitado a sonreír y a decirle que todos los muchachos conocían a la mujer de su vida tres o cuatro veces antes de cumplir los veinticinco, y que el que Quinto solo lo hubiera hecho una vez se debía a que había pasado más tiempo yendo detrás de bárbaros que de faldas.

A pesar de la condescendencia cariñosa de su tío, Quinto tuvo que admitir que debía mantener su promesa por honor. Así pues, aunque no lo deseara del todo, decidió subirse a la cuadriga por última vez.

A cinco días del ritual de entrada en el templo, Julia y su madre salieron del templo de Júpiter seguidas de Gala. Habían acudido para sacrificar varias palomas para agradecer a los dioses que el Pontífice Máximo hubiese accedido a acoger a Julia en el templo de las vestales. Entre el gentío, que se apartaba para dejar paso a dos patricias romanas, Julia escuchó al pregonero del Foro anunciar la carrera de cuadrigas.

—Se hace saber que mañana al mediodía, con la venia del Emperador Nerón Claudio César Augusto Germánico y bajo el auspicio del edil de juegos Marco Flavio Vulpex, se celebrará una carrera de cuadrigas en el Circo Máximo. En ella participarán el auriga Posca para el equipo blanco, el auriga Paulo Terencio Niger para el equipo azul, el auriga Furio para el equipo rojo y el auriga Quinto Artorio Laterense para el equipo verde.

Los seguidores de cada equipo comenzaron a dar vítores en torno al pregonero, pasando a abuchearse y amenazarse mutuamente como los brutos que eran. Julia se detuvo y tiró del brazo de su madre. Esta, que había oído el nombre de Quinto, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Por favor, madre —murmuró Julia—, te lo suplico. Es lo último que te pediré como tu hija. Sólo quiero verlo desde las gradas. Brillante correrá con él. Por favor.

Ofelia se cruzó de brazos, pensativa. El rostro de su hija destilaba ilusión y súplica. A su alrededor, los fanáticos de las carreras parecían ir a llegar pronto a las manos. El pregonero intentaba mantener la calma, pero el caos no iba a tardar mucho en desatarse.

—Dómina —indicó Gala—, sería mejor que nos fuéramos. Estas bestias de hombres van a empezar a pelearse.

—¿Podemos ir? —insistió Julia, ajena al peligro.

—Lo veremos desde las gradas —aceptó Ofelia, con una expresión no muy convencida.

Su hija saltó para abrazarla y Gala volvió a apremiar desde su espalda.

—Vámonos antes de que me arrepienta —dijo la madre—. ¡Lo que tengo que hacer para contentarte, Julia mía!

Dejaron atrás a los hombres, que no tardaron en ser dispersados por la guarnición de la ciudad en un intento de preservar la paz del Foro. Si había algo que arrastraba pasiones, ese algo eran las carreras.

Desde la cuadra del Circo, donde se preparaban los aurigas, las cuadrigas y los caballos, Quinto pudo oír el griterío de los miles de espectadores que clamaban por ver a sus equipos favoritos. En su juventud, había disfrutado de la sensación de euforia al ser aclamado y deseado por tantas personas, ganase o perdiera, pero ahora había algo que faltaba. Aún le quedaba la emoción, pero la tristeza y la sensación de pérdida lo empañaban todo.

Quinto llevaba una túnica corta con protecciones de cuero para el pecho y los hombros. Su esclavo le había vendado las piernas y apretado el cinturón verde que indicaba su equipo. Antes de subir a la cuadriga, saludó a los caballos que había comprado a los padres de Julia. Miró a Brillante a los ojos y suspiró.

—Sé buena —le indicó en voz baja.

La yegua resopló como si le hubiese entendido.

Niger, el otro auriga noble de la carrera, se acercó con una sonrisa. Llevaba un equipo tan caro como el suyo y el casco emplumado ya puesto. Nunca se habían enfrentado antes en una carrera, pero Quinto había oído que el otro patricio fanfarroneaba acerca de lo fácil que iba a ser vencerle a él. Aquella sonrisa estaba llena de falsedad.

Le tendió la mano y él se la estrechó.

—Que gane el mejor, amigo mío —le deseó Niger—. Tienes buenos caballos, pero los míos son hispanos. Creo que ya sabemos quién cuenta con ventaja.

Quinto apretó los labios antes de contestar.

—La ventaja no lo es todo. Las cosas se demuestran en el ruedo.

Niger se echó a reír mientras se palmeaba el cinturón azul.

—Sí. Ya lo veremos.

Dejó que se alejase sin darle más cuerda. Él mismo había sido un joven fanfarrón como Niger cuando había comenzado a correr. No había dudado en intentar intimidar a los otros aurigas, sobre todo si eran patricios como él, en un intento de tranquilizar su propia inseguridad. Ahora no merecía la pena.

Subió a la cuadriga y se puso el casco. Tomó las riendas y aceptó el látigo de manos de su esclavo, que se apartó para dejarle paso. Arrió a los cuatro caballos y salió de la cuadra detrás del auriga del equipo rojo. La luz le deslumbró y el estruendo de los espectadores estuvo a punto de ensordecerle. Levantó la mano del látigo y saludó mientras sujetaba las riendas. Antaño, habría disfrutado del éxtasis y se habría sentido un dios. Ahora no era capaz de hacerlo.

Las cuadrigas se alinearon tras la línea de salida. Los caballos piafaban y se sacudían mientras los aurigas se evaluaban unos a otros. Niger, a su lado, le dedicó una sonrisa torva.

Desde las gradas, Julia apretó una mano contra su boca. La salida de los aurigas causó gran sensación entre el público, que agitaban los pañuelos de los colores de su equipo con euforia. Ella no solía acudir a menudo a las carreras; prefería a los jinetes que realizaban acrobacias o corrían a lomos de un caballo, sin carros de por medio. Además, los animales sufrían aparatosos accidentes de vez en cuando y odiaba verlos sufrir. Aquella vez era distinta. Veía a Quinto en su cuadriga, tomando las riendas de cuatro caballos a los que adoraba, y la emoción la sacudía con tanta fuerza que tenía que hacer esfuerzos por no mostrarla. Su madre no dejaba de mirarla. Julia sabía que esta era su última prueba. También era su despedida.

En el palco, el edil Vulpex se levantó e hizo acallar a la multitud. Su voz se proyectó con dificultad, dado el estado de excitación en el que se encontraban los espectadores. Quinto alcanzó a entender que agradecía la presencia del público, que esperaba que disfrutasen de los juegos y que deseaba la suerte a los más audaces. Las manos le sudaban. El sol brillaba en lo alto del Circo, creando sombras cortas en la base de la espina central del ruedo. El casco se calentaba. Echaba de menos la humedad de Britania.

El edil levantó un pañuelo blanco. Por un instante, todo el mundo guardó silencio.

—¡Adelante! —gritó el edil dejando caer el pañuelo al suelo, que revoloteó hasta la arena durante varios segundos.

Antes de que tocara el ruedo, los aurigas ya habían arriado a sus caballos.

El tirón de la velocidad fue brutal. Para alguien desentrenado, como Quinto, significó que casi saliera por los aires. Por suerte, los años de experiencia le sirvieron para sobreponerse al desequilibrio y arriar a los caballos en un intento de mantener la velocidad.

Los cascos de los caballos al galope levantaron una nube de polvo tremenda, a través de la cual era difícil ver. Quinto bajó la cabeza. El casco se le clavaba en la frente y el aire cargado le ardía en la garganta, pero rugió maldiciones y fustigó a los caballos para salir adelante. El primero no tragaba polvo de nadie.

En las gradas, Julia frunció el ceño. Estaba al borde del asiento de piedra. La salida de Quinto había sido muy pobre y el resto de las cuadrigas no habían dudado en adelantarse, pero intentaba ponerse a su altura usando todos sus recursos.

Realizaron el primer giro y Quinto alcanzó al tercero, el auriga del equipo rojo. Los carros estuvieron a punto de chocar, pero un pequeño desvío por parte de Quinto les salvó de un desagradable accidente. Sin embargo, su contrincante no estaba dispuesto a cederle el paso, sino todo lo contrario. Se cerró, obligando a Quinto a recular una vez más.

Éste apretó los dientes y soltó otra maldición. Acababan de girar la primera curva y ahora tenían una recta en la que ganar velocidad de nuevo. Quedaba toda la carrera por delante, aún. Debía ser paciente.

En el segundo giro, el auriga rojo tiró de las riendas para apartarse cuando Quinto entró en línea recta. Había sido una temeridad, pero había juzgado bien las capacidades del liberto. Con una sonrisa, Quinto disfrutó de su tercer puesto y arrió a los caballos durante la siguiente recta.

Acababan de terminar la primera vuelta. Los jueces colocaron una piedra en el primer bloque.

Había dejado atrás al auriga rojo y se acercaba cada vez más al blanco, enzarzado en una disputa con el azul, Niger. El patricio no dudaba en azotar el hombro y la cara de su contrincante, una práctica que Quinto también había usado durante sus primeros años y que ahora le parecía una bajeza. No obstante, el blanco se vio superado por los golpes y perdió la velocidad suficiente para que Quinto lo alcanzase después del segundo giro.

Segunda vuelta. Los espectadores gritaron con fervor.

Quinto no quiso apurar todavía un enfrentamiento con Niger, dado que los aurigas blanco y rojo le pisaban los talones. Procuró colocarse de manera que les impidiese el paso sin exponerse a un choque, lo que resultaba más difícil de lo que parecía. El rojo le llegó por la derecha y rizó su rueda con la suya, lo que le desestabilizó. Se sujetó al carro lo mejor que pudo para evitar una caída que podía resultar mortal.

Al ver cómo Quinto se sacudía, Julia se puso en pie. Ofelia le tiró de la mano para obligarla a sentarse de nuevo, pero eso no hizo mucho por calmarla.

Llegaron a la meta por tercera vez y Quinto dejó atrás al auriga rojo por fin, avanzando en pos de Niger sin ninguna reserva. Acortando distancias en los giros, Quinto le dio alcance a la mitad de la tercera vuelta.

—¡Eh, Laterense! ¿Has visto ya mi látigo?

—¡No lo hagas, estúpido!

Durante el giro, Niger aprovechó para azotarle la espalda. La protección de cuero absorbió el golpe, pero los músculos de Quinto se resintieron. Si le daba en la cara o en el brazo, dolería.

—¡Eh! —exclamó Julia en la grada—. ¡Eso no es justo!

Quinto le devolvió el azote en un intento de quitárselo de encima, pero Niger fue más rápido y le golpeó de nuevo el hombro al cruzar la línea por cuarta vez. Quedaba menos de la mitad de la carrera.

Decidido a zafarse de Niger, Quinto trató de realizar una maniobra peligrosa que le obligase a recular, pero había subestimado su temeridad. Niger no se echó atrás como esperaba, sino que le siguió el juego y presionó para intentar que chocase contra las paredes de las gradas.

Los caballos relincharon y Quinto gritó. Tiró de las riendas intentando dominar la situación; las ruedas chirriaban contra la piedra y el aire se llenaba de olor a quemado. Giró, esforzándose al máximo, para separarse de la pared y continuar a pesar de haber perdido la ventaja.

Aún tenía posibilidades. Lo que no se esperaba era que Niger se daría la vuelta y azotaría a sus caballos en la cara.

Julia se levantó y gritó una palabra obscena cuando vio cómo herían a Brillante. La yegua se revolvió y se tornó incontrolable, estrellando el carro otra vez contra los muros. Quinto intentó mantener el tipo, pero el vaivén fue demasiado fuerte y salió volando. Se dio de bruces contra el suelo, rodando sobre sí mismo en la arena en un lío de piernas y brazos.

Los carros rojo y blanco venían en su dirección y él no se levantaba. Si lo arrollaban, lo matarían.

Sin pensarlo un segundo, Julia bajó hasta la última grada y saltó el muro.

Capítulo 12: La sangre del ciervo

El público enmudeció después de un grito simultáneo, pero Julia no oía más que los latidos de su corazón. El salto levantó una nube de polvo y al ponerse en pie desgarró sin quererlo parte de su falda, lo que liberó sus movimientos y le permitió correr a toda prisa hacia Quinto.

Las dos cuadrigas avanzaban hacia el cuerpo inerte del tribuno y ahora también hacia ella. Los aurigas gritaron e intentaron apartarse, pero la inercia de los carros lo haría imposible. Julia tomó a Quinto de las manos y tiró de él hacia el borde de la pista haciendo caso omiso al latigazo de dolor que le cruzó la espalda. La arena quedó manchada de la sangre que brotaba de las rodillas y los codos de Quinto, pero cuando los carros blanco y rojo pasaron por encima, las manchas se diluyeron en volutas de polvo.

Quinto gimió. Estaba recuperando la consciencia y apenas era capaz de levantarse, pero se aferraba a ella como un náufrago a un leño a la deriva.

—La carrera... —murmuró él, con la voz pastosa y la garganta llena de arena—. Los caballos... Niger...

Julia asintió. Los galenos ya venían a por Quinto a toda prisa y poco podía hacer ella para ayudarlo. Lo que sí era capaz de cambiar era el curso de la carrera y vengarse de Niger. Tras despedirse de Quinto con una rápida caricia, desdeñó el ofrecimiento de los galenos y corrió hacia Brillante. La yegua permanecía desbocada, como si el latigazo de Niger hubiese desencadenado toda la furia que guardaba en su interior. No era la primera vez que Julia la veía así, pero sí la que más miedo le había dado.

—¡Tranquila! Brillante, cálmate. ¡Estoy aquí! Soy yo.

La yegua piafó y se revolvió, pero Julia se acercó hasta tocarla. Estaba poniendo su integridad en peligro, pero el contacto fue suficiente para que la yegua se tranquilizara. Julia cerró los ojos y empezó a cantar. No sabía qué significaban las palabras que pronunciaba, pero al hacerlo se sintió poderosa y diferente, imbuida con un aura mística que iba más allá de su entendimiento. Los cuatro caballos la observaron, serenos, como si de pronto se hubiese convertido en la líder de la manada.

Entonces, siguiendo los designios de su propio corazón, Julia subió al carro. Nunca antes había montado en uno, pero intuía lo que debía hacer. Tomó las riendas con ambas manos, desdeñando el látigo, y arrió a los animales.

Los espectadores enloquecieron. Julia pasó frente a una fila de hinchas que levantaban las manos y gritaban al verla avanzar. No estaba segura de si eran gritos de apoyo o de ira, pues que una mujer condujera un carro en el Circo era tan sorprendente como novedoso. No había leyes que lo prohibieran, pero ninguna habría querido hacer algo así. Los amos no las consideraban como aurigas y las patricias jamás habrían desafiado a la sociedad llevando a cabo semejante atrevimiento.

Julia era distinta. Por sus venas corría la sangre del ciervo. Emulaba sin saberlo a su propia madre, cuyo nombre ahora resonaba en su mente. La reina Fedelmid, como muchas otras celtas antes que ella, había cargado contra las huestes enemigas en batalla a bordo de un carro. En lugar del glasto azul con la que se habían decorado sus antecesoras, la pintura de guerra de Julia eran los polvos de cinabrio y ocre con los que su esclava Anna la había maquillado esa mañana, pero los gritos de júbilo eran los mismos que habían salido de las gargantas de aquellas. Gritos que se proferían en torno a las hogueras de Samhain y Beltaine, y ante la línea de invasores que habían tratado de arrebatar la isla de sus manos durante siglos.

Pasó por delante de Posca y Furio con elegancia, sin necesidad de presionarlos con el carro. Los dejó atrás, mirándose el uno al otro sin terminar de comprender lo que

acababa de ocurrir, y abrió las piernas para mantener el equilibrio durante el giro de la sexta vuelta. El carro de Niger le quedaba cada vez más próximo.

El patricio miró por encima de su hombro y soltó una maldición al darse cuenta de que Julia le pisaba los talones. Empleó el látigo sobre sus caballos hispanos, pero éstos se hallaban ya al límite y carecían de un auriga que los inspirase como hacía Julia.

La mente de la muchacha comenzó a separarse del cuerpo a medida que el tamborileo de los cascos sobre la arena y el giro de las ruedas se confabulaban para llevarla a una especie de éxtasis. El olor de los animales y el rumor de la audiencia la embotaban. Sus pensamientos dejaron de tener sentido, pues se formaban en un lenguaje que se había empeñado en olvidar. Las imágenes aparecían y desaparecían como exhalaciones, más rápidas que la capacidad de Julia para comprender. Había un salón, un hombre barbudo, y una gota de sangre resbalando por su propia frente y su nariz. Era la primera vez que olía la sangre después del parto en el que había nacido, y su espíritu resonaba con ella. Por mucho que los años posteriores hubieran sido de obediencia y sumisión, su alma jamás sería romana.

Con aquella certeza en el pensamiento, Julia alcanzó a Niger. El auriga explotó de rabia. Quedaba media vuelta para que terminara la carrera y no parecía dispuesto a perderla, y menos aún contra una mujer. Alzó el látigo y lo usó contra ella. Julia esquivó el primer golpe, y el segundo, pero el tercero le rasgó la manga del vestido e hizo brotar la sangre. El dolor fue agudo y afilado, pero de su boca no salió ni un gemido. La mirada de Julia relampagueó y el otro auriga se encogió al darse cuenta de lo que acababa de desencadenar.

Julia capturó el látigo con una mano y lo arrojó al suelo. Después, con un dominio absoluto sobre los caballos, embistió contra el carro de Niger como si no valorase su propio bienestar. El choque fue tremendo. Julia se sujetó a la barra protectora del carro para mantenerse en pie, pero Niger resbaló y tropezó. Al aferrarse a las riendas, sus caballos se descontrolaron y dieron bandazos hasta que él consiguió recuperar la verticalidad.

Para entonces, Julia ya se dirigía triunfal hacia la meta. Con el cabello prístino ondeando a su espalda, guio a sus caballos a través de la línea que marcaba el final de la carrera. Los espectadores rugieron desaforadamente. Parecía que el Circo fuese a derrumbarse de un momento a otro, con los hinchas abalanzándose hacia el ruedo fuera de control.

Niger cruzó la línea poco después que ella y se detuvo en seco, arrancando una nube de polvo que se elevó sobre su figura. Julia no estaba segura de a dónde debía ir, pero prefería evitar que los espectadores que habían invadido el ruedo se le acercasen. Siguió adelante, hacia las cuadras, donde los patrocinadores de Quinto la esperaban para atender a los caballos. Posca y Furio entraron poco después y pidieron a gritos que cerraran las puertas, pues los hinchas pretendían invadir las cuadras igual que habían hecho con el ruedo.

—Menuda has armado, muchacha —dijo un hombre de pelo gris y ropas nobles mientras los esclavos del equipo verde desenganchaban a los caballos del carro—. Viendo de lo que has sido capaz, comprendo por qué Quinto ha perdido la cabeza por ti.

Julia sintió un calambre en el estómago. La muchedumbre aporreaba las puertas de la cuadra mientras gritaba obscenidades.

—¿Estamos seguros? —preguntó ella sin dejar de mirar cómo la puerta se bamboleaba.

—No creo que puedan derribarla solo con los puños —dijo el hombre—. Lo que has hecho ha sido una locura... y también el ejercicio de conducción más endemoniado que he visto en mi vida. —Sonrió, pero ella no secundó su gesto—. Deberías marcharte de

aquí. Si te encuentran los seguidores de Niger, no dudarán en hacerte daño por muy patricia que seas.

—Conoces a Quinto, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Soy Lucio Artorio Cano, su tío. Me ha hablado de ti. Ven conmigo, muchacha; cuanto antes desaparezcas, mejor.

Julia no dudaba que la muchedumbre le haría daño si la alcanzaba. Los seguidores de las carreras eran unos locos descontrolados que se daban palizas unos a otros por los colores de sus equipos. Acababa de cometer una tropelía que algunos considerarían sacrílega en su amado deporte, y no solo eso: lo había hecho mientras arrebatava la victoria al auriga favorito. Su posición noble y su condición de mujer no los detendría.

—Llévame hasta Quinto —pidió Julia, y el tío del tribuno no dudó en complacerla. Se quitó la capa y se la echó sobre los hombros. Con la capucha puesta, sus cabellos rubios pasarían desapercibidos—. Gracias.

Cano la condujo a través de las escaleras de piedra camino de la enfermería. Se oyeron gritos ahogados por las paredes y el silbato de la guarnición que sin duda se habría desplegado para calmar al gentío. Eso hizo que se sintiera un poco más segura, pero no mucho más.

Encontró a Quinto tendido en una camilla de madera en el interior de una habitación fría y oscura. La única luz provenía de un par de ventanucos cerca del techo y en el aire flotaba el olor de la sangre y la orina. El galeno se apartó para dejar su instrumental en una jofaina llena de agua, momento en que Julia aprovechó para acercarse a Quinto.

El tribuno tenía magulladuras en la cara y los brazos, heridas superficiales en las piernas y los codos y lo que parecía un tobillo vendado. Pese a todo, estaba vivo y sorprendentemente sano. Julia le tomó de las manos y sintió un inconmensurable alivio al sentir su calidez.

—Julia, ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Quinto a media voz.

—Tu tío me ha traído. —Julia sonrió. Alargó la mano y le acarició la mejilla sana—. He ganado la carrera.

Quinto frunció el ceño, como si las palabras le sonasen imposibles, antes de romper a reír.

—¡No me lo puedo creer! ¿Con la ventaja que te sacaba Niger? Oh, dioses, cómo me habría gustado poder verle la cara.

—Sus seguidores han invadido el ruedo. Venían a por mí como animales. Si no llega a ser por tu tío...

El tribuno siguió riendo.

—No se puede esperar otra cosa. Ojalá hubiera podido estar allí, Julia mía. Habría disfrutado tanto viéndote dirigir los caballos... Estoy seguro de que eres mucho mejor auriga que yo.

El galeno carraspeó.

—Señorita, con todo el respeto... El paciente necesita descansar.

—El paciente necesita estar a solas con la señorita —respondió Quinto con desdén—. Ya te has ocupado de que deje de sangrar; el resto depende de mi propio cuerpo. Déjanos, galeno.

El pobre hombre debía de estar acostumbrado a que los pacientes le trataran de aquella manera, por lo que en lugar de discutir se limitó a suspirar y salir de la enfermería.

Cuando volvieron a quedarse solos, Julia se sentó en la camilla. Después de la euforia y el miedo, empezaba a asimilar todo lo que había experimentado durante la carrera y su cuerpo se resentía. Quinto le rozó la barbilla con los dedos.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué esa cara?

—No soy quien creía ser —respondió ella en un murmullo—. Toda mi vida he pensado que mis padres me habían adoptado por caridad, pero ahora recuerdo... cosas. —Sacudió la cabeza—. Recuerdo a una mujer apretándome contra su pecho mientras una tormenta arreciaba sobre nuestras cabezas. La vi morir, Quinto. Un hombre le atravesó el costado frente a mí para arrancarme de sus brazos. Recuerdo más cosas... Recuerdo... —Julia sacudió la cabeza en un intento de despejar sus pensamientos—. Un hombre cargado de cadenas. Un hombre al que yo amaba. Mi padre, tal vez. Lo exponían como un trofeo para gloria del Emperador Claudio. Yo lo reconocí y empecé a gritar... Y entonces mis padres adoptivos se enfadaron mucho conmigo. Hablaron en una lengua que entonces no entendía, pero me di cuenta de que no me querían. No mientras fuese... salvaje.

Julia hundió la cabeza en los hombros y rompió a llorar. Quinto se incorporó para tomarla entre sus brazos. No pudo contenerse más: todo el dolor que se había acumulado en su pecho salió como una tromba que no se detuvo hasta vaciarse por completo.

Capítulo 13: Revelaciones

Tardó un buen rato en calmarse, y para entonces la cercanía de Quinto le parecía tan normal como el roce de su propia vestimenta. El tribuno la había apretado contra su pecho y acariciado su espalda, limpiando sus lágrimas con cariño como habría hecho Anna, su aya. De haberse encontrado en otra circunstancia, sin duda habría recordado el decoro y se habría apartado antes que permitir que manos masculinas que no fuesen las paternas la tocasen con tanta familiaridad. Pero ahora, confusa y rota por sus recuerdos, apenas le importaba mantener intacta su honra. Quinto era la única persona en la que sentía que podía confiar, y sin duda el único que no le había mentado durante toda su vida.

Al final, cuando ya no le quedaban más lágrimas que llorar, se separó lentamente de él. El tribuno la siguió con la mirada, preocupado. Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero prefirió callar. A Julia le picaban los ojos y la garganta, y se notaba agotada. Después de la carrera, la euforia, los nervios y el llanto, necesitaba descansar por lo menos toda una noche.

—Lo que me has dicho es... —empezó a decir Quinto entre dientes—. No me esperaba algo así. Lo siento mucho, Julia. Supongo que ha sido muy duro para ti.

—Toda mi vida he deseado ser buena y pulcra —murmuró ella—. Siempre he antepuesto los designios de mis padres a los míos. Sentía que les debía eso, ¿comprendes? No sabía de dónde salía esa necesidad de complacerlos, pero se encontraba en lo más profundo de mí.

Aquel deseo de ser correcta y aceptable era como un espino que se enroscaba en su verdadero espíritu, estrangulando su ansia de libertad y su conexión con su pasado. Con el paso de los años, aquella mala hierba había estado a punto de extinguir su verdadero ser, pero la aparición de Quinto le había hecho recordar que había vida más allá de la completa obediencia. Todas las cosas que había olvidado volvían como un mazazo en la base de su cabeza, haciendo tambalear sus creencias y su imagen de sí misma.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Quinto.

—¡Dómina!

Reconoció la voz antes de darse la vuelta para buscar a quien exclamaba su nombre. Era Gala, la esclava de su madre, que con su voz de hierro y su expresión severa acababa de encontrarla en brazos de un hombre y a solas.

—Tu madre está buscándote como loca. ¡La guardia ha expulsado a todo el mundo del Circo! Cree que esos brutos te hayan hecho algo. Me ha mandado llevarte con ella tan pronto te encontrara.

Julia sabía de sobra que el único motivo por el que Gala no la arrastraba contra su voluntad era que había llegado a la adultez, y por ello intentarlo habría sido indigno para ambas. Ahora, los azotes y bofetadas que la esclava le había asestado por orden de sus padres tomaban otro cariz. Había temido a aquella mujer de manera irracional durante toda su adolescencia, creyendo pese a todo que la culpa había sido suya por comportarse indebidamente. Tras recordar una parte crucial de su infancia, ya no lo veía igual.

—Déjame, Gala —dijo con sequedad—. Volveré cuando deba.

La esclava reculó ante su atrevimiento. Nunca antes la había visto revolverse ante sus órdenes, porque siempre venían de la autoridad de sus padres. Que insistiera en quedarse era inaudito.

—Dómina, tu madre te espera. No deberías quedarte aquí con él —contestó Gala con los dientes apretados, como si no soportase la idea de que Julia se rebelase contra ella. Esclava o no, había gozado toda su vida de cierta superioridad sobre la joven.

—Haré lo que me plazca. —Julia se volvió con desprecio—. Puedes decirle eso a mi madre.

Quinto negó con la cabeza. Se inclinó para tomarla de la mano a pesar de que sus heridas le provocaron un gesto de dolor.

—Julia, deberías marcharte. Ella tiene razón. Ve con tu madre antes de que sea demasiado tarde y tu honor quede en entredicho. Ya has hecho demasiado viniendo aquí. —Quinto suspiró y le besó las manos, lo que generó un torrente de sentimientos en el pecho de Julia—. Me has salvado la vida y me quedo con eso gustosamente. Márchate y sigue tu destino.

—¡Pero no quiero seguir ningún destino! —respondió ella con rabia—. Me compraron para entregarme a un templo y fanfarronear acerca de una hija vestal, igual que mi padre cría caballos y los vende a hombres nobles. No quiero ser ganado. ¡No soy una propiedad! —Nunca antes se había sentido tan furiosa, que pudiera recordar. Aquel sentimiento se había agazapado dentro de ella, aplastado por los años de educación y temor al abandono, pero ahora fluía en todo su esplendor, como cuando Brillante sufría uno de sus berrinches—. ¿Me oyes, Gala? Puede que tú hayas aceptado tu papel de esclava, pero yo no. ¡Soy una mujer libre y me llamo Ka...!

El grito murió antes de que pudiera abandonar sus pulmones. Se mareaba. La enfermería parecía girar a su alrededor, con Quinto y Gala arremolinándose sobre ella con expresiones confundidas. Echó mano a la camilla en un intento de detener la caída, pero ni el intento de Quinto de sujetarla valió de nada.

Todo se volvió negro.

Flotaba en un mundo de bruma sobre un agua tan calmada que parecía un espejo. Al mirar hacia abajo, se encontró a sí misma. Su imagen era singular. Jamás había vestido ropas parecidas, ni había peinado su cabello de ese modo. Además, en su rostro había una expresión que desconocía. ¿Dónde estaba?

La calma del agua se vio interrumpida por un rugido y un relampagueo. Cerró los ojos en un intento de protegerse. El sonido era tan potente que le dañaba los oídos, y por más que se los tapaba no lograba enmudecerlo.

Sonaba como una caterva de animales enloquecidos, mugiendo y barritando tan fuerte como animaban los espectadores del Circo. Una extraña angustia se apoderó de ella cuando comprendió que, lo que quiera que fuese esa cosa, se acercaba. El agua ya no era un plato, sino una tempestad, y se removía negra con el olor de la sangre y la sal.

Dejó escapar un grito de angustia.

El torbellino la había atrapado y no podía hacer nada por evitarlo. La movía de un lado a otro con una violencia brutal, amenazando con partir su cuerpo en dos.

Despertó pugnando por una bocanada de aire. Cuando abrió los ojos, se topó con el rostro compungido de su padre. No su padre verdadero, al que recordaba barbudo, cubierto de cadenas y desastrado a bordo de un carro en el triunfo. Éste era el padre que la había comprado cuando no contaba más de tres años, y que le había arrancado el salvajismo a golpes hasta convertirla en la yegua más dócil de su cuadra.

Julia frunció el ceño. El olor del sándalo flotaba en el ambiente. Algo frío se pegaba contra su frente. Una gota resbaló por el puente de su nariz y por su mejilla y por un instante creyó que se trataba de sangre, pero no tardó en percibir que se trataba de agua perfumada. Su padre retiró la compresa húmeda y la sumergió de nuevo en la olorosa palangana con el mayor de los cuidados.

—¿Estás despierta, Julia? —preguntó en tono muy suave.

Ella asintió. Tenía la boca seca y la lengua apergaminada, y aunque hubiese podido hablar no lo habría hecho. No se sentía con fuerzas. Si estaba en casa y su padre la atendía en lugar de cualquier esclavo, eso significaba que Gala le había contado lo que le había

dicho en la enfermería del Circo. Ahora debían enfrentarse a la verdad con todo lo que ello conllevaba, pero Julia no se creía capaz. No lograba relacionar el padre amoroso que la cuidaba en el lecho con el amo furioso que la había comprado como si fuera ganado.

Por suerte, no tuvo que hacerlo. Libo tomó aire y la miró con tristeza antes de hablar.

—Lamento mucho que hayas descubierto todo de esa manera —murmuró en un tono que Julia juzgó sincero. Su voz se quebró y sonrió, apesadumbrado—. Me han dicho que has ganado una carrera en el Circo. Nunca hubiese creído posible que una mujer lo hiciera... pero no me habría cabido la menor duda de que tú, al menos, sí que lo conseguirías.

Julia apretó los labios. Había un nudo en su garganta. Su padre, después de todo, seguía siendo el mismo hombre al que había amado todos esos años. La distancia entre esas dos realidades se le hacía muy difícil de salvar. En el fondo, ¿importaba tanto que la hubiesen robado de su tierra para criarla como una romana cuando había recibido todo lo que una muchacha hubiese deseado?

—No digas nada más —pidió Julia—. No tiene sentido.

—Entendería que estuvieras enfadada.

—Lo estoy. —Julia se incorporó y el agua acumulada en su frente resbaló por su rostro hasta que se secó con la manga del vestido—. No puedo olvidar lo que he recordado. Soy una esclava britana...

—Eres una liberta adoptada por nosotros, tus padres. Nadie puede decir lo contrario —aseguró él con la voz tomada por la emoción—. La ley exige que todo el mundo te trate como una patricia romana porque eso es lo que eres. No importa cómo llegaras aquí, sino cómo te has criado.

—Pero no puedo dar la espalda a las cosas que siento —respondió ella con angustia—. Nada volverá a ser como antes, padre. En la carrera he recordado de dónde vengo y qué hace mi gente. He sentido la lluvia sobre mi rostro, el olor de la hierba mojada y la sangre de mis ancestros fluyendo por mis venas. He recordado lo que siempre he sido dentro de mí.

Libo arrugó el gesto. No estaba enfadado. Hacía mucho tiempo que no se enfadaba con ella, a decir verdad. Julia tenía que esforzarse para traer de vuelta sus gritos y reproches, pues estaban tan enterrados en su memoria como alejados en el tiempo. ¿Y si tenía razón, y una vez la habían adoptado todo había cambiado para bien? ¿Y si debía olvidar lo que acababa de recordar en pos de una vida cómoda y decente en Roma?

—Siempre supe que seguías siendo salvaje —musitó su padre—. Se notaba en los pequeños gestos, sobre todo cuando tratabas a los animales. Nunca he visto a nadie que tenga el dominio sobre los caballos que tienes tú. Es mágico. Tu madre cree que es una señal de los dioses para que continúes con tu senda mística... pero ya no estoy tan seguro de que esa senda deba ser la de las vestales. En Britania, hay hombres y mujeres que hablan con los animales y controlan las fuerzas de la naturaleza. ¿Y si hemos confundido las señales al leerlas desde nuestra perspectiva?

Julia se encogió. Volver a oír hablar sobre las vestales le resultaba doloroso, pero las palabras de su padre acerca de la magia britana resonaban en su corazón como un eco de otra era. ¿Y si tenía razón?

—Siento mucho todo el dolor que pueda haberte causado, hija mía —dijo, al final, tras un largo silencio—. Mis decisiones han sido siempre un intento de proteger y hacer avanzar a mi familia. Tú eres parte de esa familia y siempre lo serás.

Ella lo sabía. No importaban sus recuerdos acerca de un lugar lejano en donde había vivido con sus padres verdaderos. Los de la familia que había cuidado de ella, la había vestido y alimentado, seguían presentes. A pesar de todo, no había dejado de quererlos, aunque hacerlo fuese doloroso.

—No sé si quiero ser vestal —se atrevió a decir en voz alta.

Libo la miró consternado.

—Pero... la promesa que le hicimos al Pontífice Máximo...

Julia sacudió la cabeza.

—No quiero pensar en eso ahora.

Su padre suspiró.

—Le diré que nos dé un poco más de tiempo. No le gustará, pero... En fin, tendrá que aceptarlo o tomar medidas drásticas. —Se levantó y anduvo hacia la salida—. Te dejaré sola para que medites sobre... sobre lo que debas meditar.

La pesadilla de la que había despertado le resultaba muy confusa. Rara vez se acordaba tan bien de sus sueños. Esta había parecido especialmente real, pero ahora que lo pensaba no podría serlo. Tenía que deberse únicamente a la mezcla de emociones y experiencias del último día. Después de todo, había ganado una carrera de carros y sobrevivido por poco a la furia de los hinchas del equipo de Niger.

Sí, todo había sido un sueño. Cuanto más lo pensaba, más segura se encontraba de ello. Pero, por algún motivo, no podía evitar que un resquicio de angustia se le quedase instalado tras el corazón.

Capítulo 14: Un nuevo camino

Después de que se llevaran a Julia a casa tras su repentino desmayo, Quinto se quedó solo en la enfermería, presa de una desazón que le impedía descansar. Llamó a gritos al galeno y le pidió que trajese a su tío Lucio, que a su vez dio orden para que lo trasladaran a su casa en palanquín. Por más que preguntó por el estado de Julia, no halló respuesta, y sospechaba que nadie le enviaría un mensaje para hacerle saber algo acerca de ella. Con las heridas que tenía, aunque no revistieran gravedad, no podía ir a su casa. Y, por otro lado, intuía que no debería.

Aquella noche no logró conciliar el sueño. El dolor y la presión de las vendas, la incapacidad para moverse y la continua preocupación por Julia lo hicieron imposible. Llamó a un esclavo para que le trajera un pergamino de poesía con el que entretenerse, pero ni el buen Ovidio consiguió alejar los oscuros pensamientos que rondaban su cabeza.

Permaneció en un estado confuso entre la vigilia y el sueño hasta que amaneció, momento en que envió a uno de sus esclavos a hacer averiguaciones a casa de los Aurelios. Al regresar, le dijo que Julia se encontraba bien de salud, pero que no había podido sacar nada más. La muchacha se mantenía encerrada en casa y ni su padre ni su madre mencionaban palabra acerca de su estado emocional. Sospechaba que no sería bien recibido, pero de no haber sido por las heridas y la necesidad de reposo, habría cruzado la ciudad hasta el Palatino para ir en su busca.

El tiempo pareció arrastrarse. Los días se sucedieron sin nada reseñable y, sin quererlo, comenzó a aceptar la idea de que había perdido a Julia para siempre. Si antes de su encuentro en el Circo había estado casi seguro de ello, ahora lo sabía. Una hija, adoptada o no, pertenecía a sus padres, y estos tenían derecho a hacer con su destino lo que quisieran.

Cuando ya había empezado a levantarse de la cama y darse pequeños paseos por el atrio de su casa, el legado Séptimo Terencio Urso apareció en su puerta sin previo aviso. Cuando entró, ataviado con una coraza de oro y una pesada capa roja que ondeaba a su paso, Quinto no supo cómo reaccionar. La última vez que se habían visto había sido en Britania, meses atrás. Se había ganado su respeto ayudándole a tomar varias aldeas rebeldes y encontrando el tesoro oculto de los celtas, pero no había aceptado su marcha de buena gana.

—Legado, ¿a qué debo este honor? —preguntó cargando todo su peso en la muleta.

—*Ave*, tribuno Laterense. He recibido tu petición de reenganche —dijo el legado deteniéndose a pocos pasos delante de él. Seguía como le recordaba, con la tez tostada, los ojos verde oscuros y el pelo cano ya un vestigio que poblaba poco más que la coronilla—. He decidido aceptarla con la condición de que aceptes una misión de alto riesgo.

Quinto frunció el ceño. Alzó las manos en gesto de impotencia.

—Me temo que aún estoy recuperándome de mis heridas, legado.

—Se habrán curado por completo para cuando llegues a Britania —afirmó él—. Necesito un hombre decidido que no tenga miedo a enfrentarse al peligro, pero con las dotes diplomáticas de un político. Las conversaciones de paz con los britanos están al borde del fracaso. Creo que tú puedes darles el empujón necesario para llevarlas a buen puerto. ¿Cuento contigo, tribuno?

Abrió la boca y volvió a cerrarla. El legado Urso quería una respuesta inmediata. Quinto deseaba reengancharse al ejército, pero después de lo ocurrido en el Circo no sabía si debía irse tan apresuradamente. Aunque, por otro lado...

—Legado, he descubierto algo que puede resultar útil para la campaña —dijo, pensativo—. Conozco a una muchacha de la casa de los Aurelios. Es una princesa britana

adoptada desde los tres años por patricios romanos. Creo que es hija del rey Carataco. Tengo entendido que lo enviaron a Britania.

Urso se rascó la mandíbula, interesado.

—Podría ser un elemento decisivo en la negociación. Aunque Carataco prometió no volver a empuñar las armas contra Roma a cambio de ser perdonado, su opinión puede contar mucho para el resto de los compatriotas. ¿Quiere esto decir que estarías dispuesto a dirigir la misión llevándola contigo?

Quinto dudó un instante. Había hablado de Julia sin considerar que el paso lógico sería llevarla a Britania, pero... ¿aceptaría? ¿Estarían sus padres de acuerdo? Por otro lado, ¿qué pasaría con su futuro como vestal? ¿Qué ocurriría entre ellos si ese viaje tenía lugar?

—Debería pedirle permiso a su padre. Y a ella, claro...

—Hazlo. Si se niega, intervendré yo mismo. Una misión para Roma es una misión para Roma.

—Iré mañana a explicarles la situación, pero no puedo asegurar que...

—¡Tonterías! Si aman verdaderamente al Imperio, lo harán. ¿Cuento contigo, entonces?

—Sí, legado.

—¡Espléndido! —El legado giró sobre sus talones e hizo ondear la capa una vez más—. Envíame un mensaje cuando sepas más sobre esto. Lo estaré esperando, de modo que no tardes.

Diciendo esto a modo de despedida, el legado desapareció. Quinto posó la mirada en el fondo de la piscina del atrio, en el dibujo de peces y animales marinos que mostraba el mosaico. De pronto y casi sin proponérselo había forzado a Julia a embarcarse hacia Britania. Esperaba que la muchacha no se enfadase demasiado o iba a ser un viaje difícil.

¡Por los dioses! ¡Iba a viajar con ella a Britania! El corazón casi se le salió del pecho al comprenderlo. Si le hubiesen dicho aquello mismo en otro momento, no lo habría creído. Pero... ¿cuánta resistencia opondrían sus padres? ¿Qué diría el Pontífice Máximo si pretendía llevarse consigo a una de las futuras vestales? ¿Y qué diría la propia Julia? Habría jurado que se mostraba interesada por su pasado, pero no podía saberlo con certeza a menos que hablase con ella.

Decidido, cojeó hacia su dormitorio. Debía prepararse para salir hacia el Palatino de inmediato.

—Dómina, ha llegado un tribuno preguntando por ti.

La llegada de Anna fue lo único que suscitó su interés en todo el día. Julia frunció el ceño.

—¿El tribuno Laterense?

—Sí, dómina.

El corazón de Julia se saltó un latido.

—¿Lo saben mis padres?

—Sí, dómina. Ellos me han enviado a decírtelo.

¿Quinto se encontraba allí y sus padres querían que lo viera? Julia no podía creérselo. Las manos le hormiguearon de nerviosismo ante la idea de encontrarse con él de nuevo. La última vez que se habían visto, ella le había dejado la túnica empapada con sus lágrimas. Quinto había sido tan paciente y amable... ¡Ah! ¡Debía bajar de inmediato para averiguar qué estaba ocurriendo!

Se acicaló con rapidez y se puso dos gotas de colonia en el cuello, tras lo cual descendió por las escaleras y acudió al atrio a toda prisa, donde aguardaban Quinto y sus

padres sentados junto a la piscina. El tribuno se puso en pie en cuanto ella llegó. Tenía mejor aspecto que en la enfermería del Circo, pero bajo su túnica aún podían verse los vendajes de sus heridas. Junto a su asiento había una muleta que probablemente utilizaría para caminar. Su esclavo permanecía a su espalda, tieso y casi imperceptible, como correspondía a los de su posición. Los ojos dorados de Quinto refulgieron cuando se posaron en los suyos, pero Julia no le concedió mucho tiempo para embeberse en su mirada. Le importaba más averiguar la actitud de sus padres ante esta visita, pero cuando les miró se dio cuenta de que distaban de estar enfadados. Parecían muy tristes.

—¿Qué ocurre? —preguntó con prudencia.

—Julia, siéntate —pidió su padre mientras le señalaba la silla vacía a su lado.

—No, decidme primero qué está pasando —insistió ella, rebelde.

Su madre dejó escapar un gemido y se tapó la cara con la mano entre sollozos. Su padre trató de calmarla al tiempo que Quinto observaba la escena con cierta incomodidad. Julia no dijo nada y optó por ocupar la silla que le habían reservado. Le inquietaba ver a su madre llorar. Si se atrevía a hacerlo frente a las visitas, el asunto debía ser grave.

Hubo un tenso silencio que Quinto se decidió a romper:

—Tengo que pedirte una cosa. El legado Urso me ha ordenado que vuelva a Britania y participe en las negociaciones de paz con las tribus celtas. Voy a irme...

Julia tragó saliva. Escuchar aquello le resultó muy doloroso, pero no era como si hubiesen podido estar juntos de cualquier otra manera. Asintió.

—Pero quiero que vengas conmigo.

—¿Qué?

—Es por lo que me dijiste. Si eres una princesa, y nada menos que la hija de Carataco, tu presencia ayudaría mucho a la hora de pactar las condiciones.

Sus ojos se mantenían fijos en los suyos, brillantes como el ámbar. Había un rumor lejano agolpándose en sus oídos, una mezcla de truenos de tormenta y oleaje de mar. ¿Ir a Britania? ¿Ahora? La idea la llenó de euforia y rechazo al mismo tiempo. Una parte de ella se moría por viajar a la isla en la que había nacido y redescubrirla, pero la otra no parecía dispuesta a dejar atrás todo cuanto conocía para atravesar el mar y poner pie en una isla de bárbaros.

Su madre volvió a sollozar. Parecía destrozada ante la idea. Su padre, por otro lado, la contemplaba como si todo dependiera de su decisión.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos allí? —preguntó Julia.

—Tanto como sea preciso para realizar las negociaciones —respondió él—. Tanto como quisieras, en realidad.

Volvió a mirar a su padre. Tanto como quisiera. La frase flotó en el ambiente con todo su peso. ¿Cuánto quería quedarse en Britania? ¿Cuánto quería descubrir allí?

—¿Puedo negarme?

Quinto ladeó la cabeza.

—Podrías si quisieras, supongo. Yo no te obligaría a venir conmigo. El legado Urso, por otro lado... Si apoyaras a Roma en las negociaciones, estarías haciendo un servicio al Imperio.

La obligarían si se negaba, pero... lo cierto era que la idea cada vez le gustaba más. Sin embargo, al mirar a sus padres se le caía el alma a los pies. Aunque Quinto le prometiera que se quedaría tanto tiempo como quisiera, no dejaba de ser el viaje más largo que hubiese hecho jamás. Mucha gente sufría percances en los viajes o incluso moría. Pero no era tanto que temiese a su propia muerte como a que aquella vuelta a Britania la cambiase tanto que nada volviera a ser igual. La promesa hecha a Vesta seguía estando presente.

—Si quisieras ir a Britania, lo entendería —dijo Libo—. Será un honor para Roma y un honor para nosotros.

—¡No! —protestó su madre, que la miró con ojos enrojecidos y la cara hinchada por el llanto—. ¡Estoy harta del honor, Cayo! Es nuestra hija, ¡la única que tenemos! Primero queríamos entregarla a Vesta, ¿y ahora vamos a entregársela a los bárbaros? ¡No! ¡Me niego!

—No será entregada a nadie —respondió Quinto intentando mantener la calma—. Lo prometo. Julia no será usada como moneda de cambio, sino como diplomática. Una embajadora de ambas culturas. Te lo juro, Ofelia.

—Si la quieres, ¡cásate con ella! Pero no te la lleves de aquí, muchacho. No me rompas de este modo el corazón.

Julia se tensó. Miró a su padre, que reaccionó con rapidez levantando las manos.

—Ofelia está muy alterada. No hagas caso de sus palabras. Le hemos hecho una promesa al Pontífice Máximo y no podemos romperla. Laterense, valoro tu interés por Julia, pero como comprenderás...

Quinto se apresuró a asentir.

—Lo entiendo, Libo, descuida. No querría ofender a los dioses y al Pontífice Máximo de esa manera. Mi interés en este caso no es otro que el de obedecer los designios de mi legado.

La muchacha parpadeó como si no terminase de creerse lo que Quinto decía.

—¿Y qué hay de mí? ¿Alguno de vosotros ha pensado en lo que yo quiero? —Julia levantó tanto la voz que incluso Ofelia dejó de llorar. Apretó los puños y la mandíbula a un paso de la furia que había demostrado tras la carrera del Circo—. He cumplido a rajatabla todo lo que me habéis ordenado, padre. He adoptado el papel que me reservasteis a la perfección y casi me arrebatáis mi sangre celta... pero no soy una cosa. No soy una hija que podáis entregar al clero y no soy un bien político. —Ahora miraba a Quinto con enfado—. Eso quizá lo acepten las muchachas romanas, pero yo no lo soy. Estoy cansada de fingirlo. Haré lo que quiera, y lo que quiero es ir a Britania y ver mi tierra antes de decidir si quiero permitirlos a vosotros tomar decisiones por mí. ¿Me oís? ¡Me debéis eso, al menos!

Ofelia se limpió las mejillas con el dorso de la mano, alelada. Libo dejó escapar un suspiro. Quinto se había sonrojado.

—Me voy —repitió Julia, como si por primera vez comenzase a creer que iba a ocurrir. Sonrió sin darse cuenta—. Me voy a Britania.

Capítulo 15: A través del mar

Ya habían cargado todo el equipaje de Julia a bordo de la galera que habría de llevarlos a Britania. Con ayuda de Anna, la muchacha había hecho una selección de sus vestidos y los había guardado en un arcón con calzado, capas y mantos para el tiempo húmedo del norte. Consigo llevaba, también, útiles de aseo y de belleza. Anna, la esclava que Julia había requerido llevarse consigo para que la atendiera personalmente, había cargado sus exiguas pertenencias al mismo tiempo que ella.

Durante todo el proceso de vaciar su habitación y sus arcones, su madre había revoloteado a su lado llorando. Buscaba poder tocarla a cada momento, con una caricia tan leve y molesta como el viento que mete el cabello en los ojos. Julia había intentado ser prudente, pero al final le había espetado palabras duras para alejarla de ella. Y, contra lo que habría sido castigado con un bofetón semanas antes, surtió efecto. Ofelia se limitó a observarla desde la distancia con una mueca continua de pesadumbre. Ahora que iban a separarse, Julia lamentaba haber sido tan dura con su madre. Sin embargo, continuaba sintiendo cierto resquemor hacia sus padres y no podía evitarlo.

Libo también se hallaba presente en el puerto, de pie y muy serio. Había hablado con Quinto en privado y Julia no sabía acerca de qué, pero imaginaba que le había llenado la cabeza de amenazas e imprecaciones. Después de todo, había sido por su culpa que la habían embarcado en este viaje, y él debía ser su protector y al mismo tiempo el guardián de su honra.

Todo estaba listo para la salida del barco. El viaje sería largo y tortuoso, atravesando el Mar Mediterráneo y el estrecho entre Hispania y África, rodeando la península en dirección a las islas del norte. Harían paradas en los puertos hispanos para proveerse de víveres y agua fresca, y todo apuntaba a que el universo de Julia quedaría reducido al interior del barco durante varias semanas. Iba a echar de menos la libertad de la que disfrutaba en la campiña italiana.

Quinto aguardó junto a la pasarela por la que subirían a bordo. Julia se separó de él para dirigirse a sus padres. Contenía el aliento sin darse cuenta. Su madre, tan pronto posó los ojos sobre ella, se echó a llorar entre grandes aspavientos. Julia la abrazó y besó sus mejillas húmedas tratando de pasar por alto su llanto. Su padre fue el último del que se despidió. No habría sido digno que un hombre de su posición mostrase su tristeza en público, pero por el modo en que le clavó los dedos en la espalda en el abrazo, Julia comprendió que la echaría mucho de menos. Ella misma tenía que luchar contra las lágrimas y el nudo en su garganta. Sus lazos con Britania eran importantes para ella, y jamás olvidaría que ellos habían apoyado una campaña militar que había acabado con la gloria de sus ancestros... pero los amaba, pese a todo. Eran su única familia y las personas que la habían cuidado durante los últimos doce años, y Julia no podía negar sus propios sentimientos.

—Ten mucho cuidado, hija mía —le dijo su padre al separarse—. No olvides quién eres.

—No lo haré —respondió ella.

Pero, mientras subía la pasarela, Julia no estaba segura de qué debía recordar. ¿Era su sangre celta o su vida como ciudadana romana? Lo averiguaría durante su viaje.

Julia no había viajado en barco más que siendo muy niña. El vaivén y el olor a sal le descompusieron el estómago, y el recuerdo de la tormenta y las penurias como esclava le provocó un malestar general del que no logró desprenderse hasta mucho después. Por

algún motivo, no dejaba de temer que en cualquier momento llegase un torbellino para llevársela en volandas.

Las aguas del Mediterráneo eran de un verde prístino. Desde la cubierta podía ver cómo las palas de los largos remos que movían los soldados de las bodegas se hundían en el mar, removiendo la espuma que se deshacía en volutas blancas. La belleza del paisaje era innegable. Julia había dejado que el sol le acariciase la pálida piel durante las primeras horas, pero después había procurado que Anna proyectase sombra con ayuda de un parasol todo el tiempo que pasase en cubierta. No habría sido la primera vez que se quemase por descuido, y lo que menos deseaba era aumentar la incomodidad de su viaje con dolorosas quemaduras.

Quinto despreciaba el riesgo. Se sostenía contra la barandilla de la cubierta con ayuda de la muleta. La túnica que vestía, una prenda de lino muy ligera, dejaba entrever su piel bronceada por las horas de sol y combate por toda Europa. El viento jugaba con su pelo rizado y oscuro, y el verde de las aguas se atrevía a combinarse con el dorado de su mirada haciéndole indescriptiblemente atractivo.

Julia había intentado no mirarle directamente, pero era muy complicado. El colgante azul acariciaba su pecho lampiño con cada movimiento, atrayendo todavía más sus miradas. Le pareció que Quinto era consciente de su lucha y que sonreía por ello, divertido. Eso solo aumentó su vergüenza.

—Prefiero bajar al camarote —dijo Julia entre dientes—. Vámonos, Anna.

La muchacha se dirigió a la escalera y miró por encima del hombro antes de descender. Quinto la observaba con cierto disgusto, pero Julia no podía permitirse ceder. Puede que hubiese aceptado acompañarlo como embajadora de Roma, pero sabía que mantener más contacto del necesario con él sería motivo de crítica.

Lo malo de encerrarse en su camarote, con la única compañía de Anna, era que resultaba terriblemente aburrido. Cuando ya no sufrió males del estómago y se había acostumbrado del todo a la vida en el mar, a la altura de Gades, Julia se descubrió deseando hacer algo distinto que tenderse en su camastro y leer. Su esclava le servía de cierta distracción, pero sabía que no era ella con quien necesitaba hablar. Se decidió a subir de nuevo a cubierta para charlar con Quinto. Sería una conversación informal y para nada peligrosa. Nadie pondría el grito en el cielo si los dos mantenían una distancia aceptable.

Así pues, encontró a Quinto jugando a los dados con dos compañeros legionarios en cubierta. Ya no usaba muleta. Anna le había dicho, en las veces en las que la había enviado fuera para husmear, que sus heridas ya habían sanado casi por completo. Sus piernas, libres de vendajes, mostraban las costras secas de las heridas sufridas en el Circo. Las cicatrices serían sutiles y apenas visibles a plena luz.

Aunque el juego exigía la mayor concentración, tan pronto Julia apareció en cubierta los tres soldados se volvieron hacia ella. Estuvo a punto de lamentar su atrevimiento, pues la mirada de los hombres era tan intensa como el ardor del sol cayendo en picado sobre sus cabezas. Sin embargo, se obligó a encontrar la entereza para sostenerles la mirada como si no le importase. Los dos legionarios retomaron la partida sin dudar, pero Quinto se quedó pasmado observándola. Sonreía. Julia le devolvió la sonrisa.

Con aire distraído, la muchacha volvió los ojos hacia el mar. Las aguas del Atlántico eran oscuras y movedizas. Julia tuvo la sensación de haberlas contemplado desde un acantilado, quizá en otra vida. Las olas rugientes saltaban con tanta fuerza como si pretendieran destrozar la roca. Su corazón infantil se había encogido entonces y se encogía ahora. Pero, al dar un paso atrás, una mano le había apretado la espalda. En su recuerdo, la mano era de su madre. Ahora, sin embargo...

—¡Quinto!

La repentina proximidad del tribuno la estremeció. Él se apartó, sorprendido.

—Disculpa, Julia. No quería asustarte, pero parecías tan concentrada en el mar que cualquiera habría dicho que ibas a precipitarte a él.

—No. Solo recordaba.

—¿El qué, si puede saberse?

Julia sacudió la cabeza.

—Nada de importancia. Este océano es nuevo para mí, pero al mismo tiempo no. En ocasiones me resulta muy extraño que, bajo la superficie, tantos pensamientos antiguos se agiten en mi interior.

—Para eso haces este viaje, ¿no? Para recordar.

Ella frunció el ceño y se apoyó en la baranda de madera.

—No estoy tan segura. Creo que hago este viaje porque no tengo otra opción. Tu legado no iba a aceptar un no por respuesta.

Quinto sonrió.

—Habría insistido, sí, pero yo habría protegido tu derecho a negarte.

—Y el Emperador te habría hecho arrojar desde la roca Tarpeya —respondió Julia con oscuro humor.

—Habría sido una muerte honorable.

—Sabes que no es así. Te habrían acusado de traidor a Roma y habrían inscrito tu pecado en los anales de la historia para que te recordasen como tal para siempre.

El tribuno se quitó una pelusa invisible de su hombro.

—Entonces me alegra que hayas accedido a venir conmigo. Me has salvado de un destino peor que la muerte.

—No lo he hecho por eso.

Quinto levantó la mirada y sus ojos brillaron. Sonrió, triunfal.

—Entonces sí que tenía razón. No es solo cuestión de deber. Al menos eso fue lo que dijiste el día en que me presenté en tu casa con el mensaje del legado.

Julia chascó la lengua, molesta por cómo él la había arrinconado con sus propias palabras. Tomó aire, meditando una respuesta que quizás no quisiera pronunciar en alto.

—Dije que quería ver mi tierra y decidir por mí misma. Quiero saber quién soy, no quién era. No necesito recordar lo que fui, sino reconciliar esa imagen de antaño con la persona que soy ahora.

Quinto apoyó los codos en la barandilla.

—Me temo que no hay espacio en el templo de las vestales para una princesa bárbara.

—Tampoco lo habrá en una casa romana.

—Pero al menos, amar a una princesa bárbara en una casa romana no será ningún crimen penado con la lapidación.

Volvía a mirarla del mismo modo en que lo había hecho aquella tarde, en el encinar cercano a su casa. Era el rostro de un hombre enamorado. Julia apartó la cara. Él le rozó la mano con dedos cálidos.

—Julia, si aceptases mi propuesta...

—No debo. Soy una vestal.

—Pero has venido en el viaje para aprender a decidir, ¿no es así?

—¿Y si decido volver a Roma e ingresar en las vestales?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer?

—¿Por qué estás tan seguro de que no es así?

—Porque puedo ver cómo te debates ante la idea de entregarte al templo y olvidarte de todo lo demás.

—Es tu influencia.

—Puede. No lo niego. Pero no soy la única cosa que echarías de menos si te unieras a las vestales.

Julia cerró los ojos y se apartó. Aquella conversación empezaba a provocarle verdadero dolor. Quinto tenía razón. La imposibilidad de consumir cualquier amor que existiera entre ellos le resultaba difícil de asumir, pero aún peor era la idea de no poder cabalgar con libertad a lomos de un caballo nunca más. Perder su capacidad de elección, por escasa que hubiera sido hasta entonces, se le hacía casi imposible cuando su sangre britana bullía en su interior y la empujaba con pasión.

—No quiero seguir hablando de eso.

Quinto suspiró.

—De acuerdo. No volveré a sacar el tema. Si decides algo, dejaré que lo hagas tú misma, sea lo que sea.

Julia miró las manos de Quinto apoyadas en la barandilla y deseó tocarlas como ya había hecho una vez. Las recordaba cálidas y fuertes. La habían estrechado contra el pecho del tribuno mientras ella lloraba. Deseaba volver a sentirlo tan cerca, notar su calor envolviéndola y cuidándola... y al mismo tiempo, sabía que estaría cometiendo un acto que tendría consecuencias ineludibles.

Estaba en una encrucijada.

Capítulo 16: Recuerdos dolorosos

Varias semanas después, llegaron a Britania.

Llevaban varios días con la certeza de que se hallaban cerca de la isla. La voz se había corrido entre los soldados y tripulantes de la galera, pero Julia no necesitaba chismorrear para saberlo. Lo conocían sus huesos. La humedad y el frío se le habían pegado al cuerpo como una segunda piel, y algo vibraba en su interior con la fuerza de los tambores de guerra. Apenas había podido dormir. Los sueños se entremezclaban con pesadillas de sangre y musgo, donde los árboles cantaban con voces profundas en idiomas que desconocía. Los latidos de su corazón parecían contar el tiempo que restaba antes de que volviese a encontrarse con su tierra. Apenas podía resistir la tensión.

Quinto había accedido a dejarle el espacio que necesitaba, pero cuanto más se había distanciado, más lo había lamentado ella. Sus palabras flotaban en su mente como un mantra imposible de olvidar. Si aceptaba su propuesta, quedaría liberada de responsabilidades y podría vivir como deseaba... pero a costa de romper todos sus votos. Sus padres quizá la repudiasen, más por mantener la imagen frente a sus iguales que por verdadero desprecio. Viviría como una romana de segunda clase cuando había podido ser una sacerdotisa de gran poder. Aunque la posición social no lo fuera todo, no sabía si podría sobreponerse a un cambio tan grande.

Julia no sabía cuánto habría de cambiarla la experiencia de pisar su tierra de nuevo.

Echaron el ancla frente a una playa britana. El cielo encapotado y gris parecía de piedra, y la luz mortecina se filtraba entre las nubes iluminando pobremente la arena clara. A lo lejos se distinguían colinas y montañas, y bosques densos y verdes como los que ella había imaginado a través de las palabras de Quinto.

Los romanos tenían un campamento no muy lejos de allí, donde podrían pasar la noche antes de lanzarse en busca de los britanos de Carataco. Los primeros en llegar a la playa mediante una barca de remos fueron los oficiales y Julia. Toda ella temblaba de emoción mientras la embarcación se acercaba a la orilla. Cuando la barca golpeó la arena y los oficiales se apresuraron a saltar para sujetarla y facilitarle el tránsito, Julia se estremeció. Saltó a la arena húmeda y el mar le empapó los tobillos. Sonrió. Nunca había sentido algo parecido.

Anna bajó después, y la esclava se apresuró a alejarse del agua, pero Julia se quedó allí de buena gana, disfrutando del cosquilleo del mar en su piel. Su vestido comenzaba a empaparse, pero no le importaba.

—¿Estás bien? —preguntó Quinto

—Sí... —respondió ella a media voz, aún estremecida de placer por el reencuentro con la tierra firme.

Quinto la contempló tanto como pudo antes de que los oficiales indicasen que era hora de empujar la barca para que el resto de los soldados pudiesen desembarcar. Entonces la tomó suavemente del codo y tiró de ella para apartarla de la orilla. Julia se sintió flotar. El suave toque de Quinto sobre su piel la transportaba a otro universo.

Cuando la soltó y recuperó el sentido, Julia sacudió la cabeza sin poder evitarlo. Si se permitía caer en las trampas de sus emociones, estaría perdida. De pronto, el frescor de los pies fue sustituido por una sensación heladora. No tendría que haberse mojado. Ahora habría de soportar el frío todo el trayecto hasta el campamento.

Aguardaron a que una veintena de hombres desembarcase en la playa antes de emprender el camino hacia el campamento. El cielo encapotado comenzó a aclararse, aunque no lo suficiente para que hiciese calor. Al menos se librarían de la lluvia y el viento de los que tanto le había hablado Quinto.

Anduvieron junto a los acantilados, internándose en el litoral a través de un camino de tierra. Quinto se había puesto su armadura de tribuno y encabezaba la marcha con decisión. Su capa roja colgaba en pliegues desde sus hombros. Observándola desde atrás, Julia se preguntó cómo sería que la arropase en ella.

La empalizada que circundaba el campamento, a media hora a pie desde la playa, era alta y recia. En la base habían excavado un foso con estacas que prometía la muerte a cualquiera que tratase de trepar y fallara. Varias columnas de humo blanco se erigían sobre las tiendas de lona. En la puerta, Quinto saludó a los vigías y les dio su salvoconducto, rubricado por el legado Urso. No perdieron un momento en abrir las puertas y dejarles paso, momento en que Julia tuvo la oportunidad de ver un campamento romano por segunda vez en su vida.

Había varias calles definidas entre las tiendas donde dormían los legionarios y auxiliares. Aquí y allá había soldados de servicio o de descanso. Algunos cuidaban de sus armas y armaduras a la vera de la tienda, levantando la mirada con curiosidad al ver a una mujer de ropas nobles entre ellos. Muchos sonreían. Unos pocos, a escondidas de Quinto, chistaban o le dirigían silbidos que después fingían no haber producido. Los legionarios no solían tener permitido casarse, y las únicas mujeres que frecuentaban eran las seguidoras de campamento, las prostitutas de las ciudades o las prisioneras a las que violaban. Al pensar en ello, Julia no pudo evitar un recuerdo que había relegado a lo más profundo de su memoria. Las doncellas de su madre verdadera que no habían tenido tiempo de suicidarse para evitar la deshonra habían sufrido aquel destino a manos de otros soldados. Su madre le había tapado los oídos y la había abrazado para evitar que lo presenciara, pero una parte de ella siempre lo había sabido. De no haber sido de sangre real, ¿acaso no habrían pasado ellas dos por lo mismo?

—Vosotras dormiréis aquí —indicó Quinto al llegar a una tienda de inusual lujo—. Yo lo haré en esa tienda de allí. Si necesitas cualquier cosa, Julia, no tienes más que pedirlo.

—No quiero estar aquí —respondió ella, cada vez más inquieta.

Quinto alzó las cejas. Hasta Anna, cuyo papel era el de guardar silencio y esperar a que ella necesitase de sus servicios, se volvió para mirarla con extrañeza.

—¿Tal vez otra tienda? —propuso él, no muy seguro.

Julia sacudió la cabeza y se dio la vuelta para echar a andar hacia la puerta. No se había percatado de lo rápido que caminaba. Sus sandalias producían un sonido húmedo cada vez que posaba el pie. Tendría que quitárselas y secarse bien entre los dedos, pero ese era su último pensamiento.

—¡Julia, espera!

Pasó frente a las grandes marmitas donde se hervían gachas para la tropa y el recinto reservado para el entrenamiento. Los soldados golpeaban un palitroque de madera con armas romas, gritando con el mismo furor que demostrarían en batalla para matar a sus hermanos de sangre. Gimió y continuó avanzando, y no se detuvo hasta que el olor de los caballos le hizo buscarlos instintivamente. No muy lejos de la puerta había una cuadra. Podía escuchar el relincho suave de los caballos. Un par de soldados se ocupaban de cepillar a una yegua parda muy hermosa.

Estuvo a punto de entrar y quitarles el cepillo de las manos para hacerlo ella misma. Después de todo, nada la calmaba tanto como atender a sus amigos animales. Sin embargo, el mínimo sentido del decoro y la vergüenza se lo impidió. Eso, y la abrupta llegada de Quinto.

—Julia, ¿qué ocurre? —preguntó entre jadeos—. No puedes echar a correr sin más en el campamento. —Ante el silencio de ella, él buscó su mirada en un intento de

agradarla—. Si no te gusta esa tienda, hay otras. Dime qué te ocurre. Quiero ayudarte, pero no soy adivino.

¿Cómo explicarle lo que sentía? ¿Cómo expresar que doce años de obediencia empezaban a dar paso a una infancia en libertad... y al recuerdo de cómo había terminado? No conocía las palabras para ello. Lo único que pudo decirle, con lágrimas en los ojos, fue:

—¿Has tomado alguna vez a una mujer sin su permiso?

Quinto frunció el ceño.

—¡No! ¿A qué viene esa pregunta? ¿Por qué estás llorando?

Julia dejó caer los hombros. El alivio la inundaba, pero no podía quitarse de la cabeza las sensaciones de la última vez que había estado en un campamento como ese. Quinto no sabía qué hacer. Miró a izquierda y derecha y le rodeó la cintura con un brazo. Julia no se apartó.

—¿Quieres que salgamos afuera? Quizás paseando puedas... calmarte, supongo.

Ella asintió. Con un suspiro, Quinto echó a andar a través de las puertas mientras la asía contra su cuerpo. Julia se limpió las lágrimas de las mejillas. Cuanto más se alejaban de la empalizada, más tranquila se sentía.

No hablaron hasta llegar de vuelta a la playa. El barco seguía allí, a la espera de que las negociaciones terminasen y pudieran irse de vuelta a casa. Julia no sabía qué sentir al respecto. Por el momento, con la brisa marina enredándose en su pelo y el rugido de las olas llenándole los oídos, volvía a respirar tranquila.

Quinto se quitó la capa y la tendió en la arena. Julia le agradeció el gesto y se arrodilló sobre la tela carmesí. El tribuno no tardó en hacer lo mismo después de asegurarse de que no la molestaría.

—Lamento haber reaccionado así hace un rato —dijo ella en un murmullo—. He recordado algunas cosas y durante un momento me ha sido imposible seguir allí.

—¿Cosas de tu vida aquí? —preguntó él hundiendo los dedos en la arena.

—Algo así. —Julia le miró a los ojos—. No me has mentado, ¿no?

—No. Nunca te he mentado y nunca lo haré. Te lo juro. —Quinto oteó el horizonte. El sol no tardaría en ponerse, pero a pesar de lo gris del día no hacía frío—. No soy un hombre dado a excesos. Además, creo que el placer es mejor compartirlo en vez de tomarlo por la fuerza. Jamás forzaría a una mujer.

—¿Ni siquiera a una esclava?

—No. Nunca he encontrado interés en el sufrimiento ajeno.

—Pero has luchado en esta guerra. —Julia no logró evitar el reproche en su tono—. Has invadido un pueblo que ningún daño te ha causado, ni a ti ni a Roma, y les has despojado de su gente y sus riquezas.

Quinto tensó el gesto.

—¿De eso se trata, entonces? ¿Estás enfadada conmigo porque soy un tribuno del ejército?

—No. No lo sé. No tengo muy claro lo que siento.

Él dibujó ondas con los dedos. Su roce en la arena era hipnótico, y Julia no pudo evitar imaginarse lo que sería sentir esas ondas en su piel. ¿Por qué no era capaz de desentrañar la madeja de emociones que se le había instalado en el pecho?

—No puedo cambiar quien soy. Mi nombre es Quinto Artorio Laterense y viviré y moriré por Roma. He matado britanos, germanos y otros bárbaros. He vendido prisioneros como esclavos y he saqueado sus ciudades. Es cierto. —Quinto dejó de acariciar la arena y buscó su mirada. La luz del ocaso dotaba a sus ojos de un tono castaño casi anaranjado—. No me arrepiento de haberlo hecho, pero lamento que saberlo te dañe de alguna manera. En mi defensa diré que siempre he luchado con honor y respeto.

Julia suspiró. Tal vez había preferido no entenderlo, pero el hombre al que amaba no se diferenciaba tanto de los que las habían cargado de cadenas a ella y a su madre. Si iba a aceptar su herencia celta, debía poder reconciliarse con ese aspecto, pues de otro modo jamás podría deshacerse de esa sensación de estar traicionando a todos sus ancestros.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —preguntó ella en voz alta.

Quinto sonrió.

—Es el modo en que nos ponen a prueba los dioses, o eso dicen los sacerdotes.

El sol se posó sobre el mar por última vez, hundiéndose en la oscuridad de las aguas lentamente.

—Va a anochecer. Será mejor que volvamos al campamento —dijo él poniéndose en pie.

Julia le imitó, pero se quedó quieta.

—¿Podemos quedarnos aquí?

Quinto sonrió, confuso.

—¿Toda la noche? —Ella no respondió, así que el tribuno recogió la capa y la sacudió antes de colgársela de nuevo del cuello—. ¿Julia?

La muchacha dio un paso adelante y le rozó el cuello con las yemas de los dedos. Quinto no se movió. Julia alzó la otra mano y le acarició el mentón y la barbilla como si jamás hubiese tenido contacto con otra persona. Se puso de puntillas y le besó en los labios.

Capítulo 17: En la playa

Si Quinto se había sorprendido por su atrevimiento, no lo mostró. Los dos sabían, en el fondo, que aquel era el beso que se había quedado en el aire el día en que se habían despedido en las cuadras de la villa. Ese mismo beso que no se habían dado en la enfermería del Circo, cuando ella había comprendido hasta qué punto le habían mentado sus padres. Ese beso que habían postergado durante el viaje en barco únicamente porque Julia había empleado toda su fuerza de voluntad en mantenerse separada de él.

La rodeó con los brazos y la sostuvo contra su pecho. La coraza bañada en oro era lo único que los separaba. El metal era frío y poco amable, pero Julia no le dio mayor importancia. Los labios de Quinto, tan cálidos y suaves, eran todo en lo que podía pensar. Había soñado con hacer eso muchas noches, pero hasta ese momento no se había atrevido a buscarlo.

El sol se ocultó definitivamente. La playa se veía en blanco y negro. La luna había asomado con pereza y su luz se espejaba en el agua revuelta. Cuando Julia se separó de él, las sombras ocultaban la mitad de su rostro.

Hubo silencio. Los dos se miraban como evaluando las consecuencias de aquella acción. Acababan de romper una barrera que ambos habían luchado por mantener mediante convenciones sociales y las reglas del decoro. Pero esas eran normas impuestas a miles de kilómetros de allí o, si acaso, en el recinto de la empalizada romana. Allí, en mitad de la playa, no eran más que un hombre y una mujer que al fin se habían encontrado.

Y un hechizo se había apoderado de ellos.

Sin necesidad de hablar e impulsados por sus instintos primarios, se despojaron mutuamente de la ropa. Quinto se soltó de nuevo la capa y la tendió en el suelo. Julia buscó las lazadas en el costado de la armadura y las deshizo. Él bajó los tirantes de su vestido por los brazos hasta que la seda cayó sobre la capa.

Julia ayudó a Quinto a salir de su coraza y lo besó cuando emergió del metal y el cuero. Fue un beso más apasionado y hambriento que el anterior. Rodeó el cuello de Quinto con los brazos y se apretó contra su cuerpo. El pecho del tribuno era cálido, tanto como lo había sido cuando la abrazó por primera vez. Sin embargo, dentro del pecho de Julia ardía un fuego que no deseaba apagar y que con aquel gesto solo se incrementó. Rompió el beso durante el instante que tardó en sacarle la túnica por la cabeza. Entonces, y por primera vez, sintió su piel desnuda contra la suya.

De no haber estado allí, en Britania, quizá su aprendizaje como romana hubiese tomado el control en ese momento. Aunque la sensación erizase sus pezones y le provocase un torbellino de deseo y amor, tal vez hubiese parado para respetar la promesa. Le habría resultado increíblemente difícil, pero lo habría logrado.

Pero no estaban en Roma. Eran un hombre y una mujer en una tierra que latía con el pulso de la vida, del instinto y las emociones primarias. Allí se comulgaba con los espíritus de la naturaleza y se celebraba la pasión en lugar de sepultarla bajo un sinfín de leyes y normas. Se habían dejado poseer por el verdor salvaje.

Quinto rozó su labio inferior con su lengua. La caricia fue inesperada y excitante. Julia tembló. En lugar de encogerse como un animalillo, se deleitó en ella y la devolvió. Nunca había sentido nada parecido. La sangre le abrasaba en las venas. ¿Cómo había pasado tanto tiempo sin experimentar aquella emoción?

Barridos por las caricias y los besos, se tendieron en la capa. Las manos de Quinto recorrieron su torso y su costado con una audacia que no había conocido nunca. Hasta ese momento, solo sus esclavas la habían rozado así, y nunca con ese deseo. Las caricias del tribuno poco tenían en común con las atenciones en el baño, pues arrancaban en ella estremecimientos que nunca había experimentado.

Quinto llevó su mano al pubis y aguardó. Sus ojos brillaron en la penumbra. Julia buscó su boca mientras la conducía más abajo. Lo deseaba. Necesitaba que él explorase todo su cuerpo, hasta los rincones más recónditos.

Las caricias le proporcionaron un placer insoportable. Quinto conocía mejor su cuerpo que ella misma. Había oído hablar de ello, pero hasta ese momento no lo había creído. Ese mundo no era para ella, una aprendiz de vestal. Mas allí no había vestal alguna, sino un hombre y una mujer en una playa disfrutando de los dones que les habían dado los dioses.

Cuando apenas podía contener los gemidos, rodó sobre sí misma y atrajo a Quinto sobre ella. Le habían explicado el mecanismo, pero hasta ese momento no había comprendido el deseo que guiaba a ello hasta a la doncella más inexperta. Todo su cuerpo sufría ante la necesidad de sentirlo dentro, de ser una con él.

—¿Estás segura? —preguntó Quinto, jadeando contra sus labios.

—Como de nada en toda mi vida.

Quinto fue cuidadoso. Para Julia, que se estremecía de deseo y expectación, el tiempo que tardó en colocarse entre sus muslos se hizo eterno. Pero, al entrar, supo que la espera había valido la pena. No dolió tanto como decían. Apenas una leve molestia y lo notó ya dentro, colmándola por completo. No sintió pérdida alguna, ni arrepentimiento, sino una libertad sin límites.

Entre besos y jadeos, moviéndose el uno contra el otro en un vaivén instintivo, Julia comenzó a sentir aquello de lo que todo el mundo hablaba. Era algo más allá del placer carnal que también experimentaba: se trataba de una comunión con su naturaleza, y con el propio Quinto, mayor de la que había disfrutado en toda su vida. Era parecido a cabalgar a lomos de Brillante sin riendas ni silla, como dejar que la lluvia cayera sobre su rostro sin preocuparse de cubrirse bajo un techo. Era volver a ser un alma desvinculada de un cuerpo, flotando entre las nubes hasta descubrir a otra gemela. Entonces, y durante un breve instante, ambas almas se tocaban y alcanzaban el éxtasis.

Los dedos de Julia se hundían en la espalda de Quinto. Sus piernas abrazaban su cintura como si no quisiera dejarlo escapar. Perdidos, en un murmullo de palabras de amor y gemidos, sus almas se rozaron y se desencadenó el poder que guardaban dentro. Julia dejó escapar un gemido alto y perdió el control. Convulsionándose, asió a Quinto con mayor fuerza y lo retuvo entre sus muslos hasta que los dos se quedaron tendidos sobre la capa mecidos por la brisa.

Un hombre y una mujer en una playa.

Quinto la sostuvo entre sus brazos y se tumbó a su lado. Julia buscó el calor de su cuerpo y dejó que él la envolviera con sus brazos. Los labios del tribuno se posaron en sus hombros y en su pelo. Aún en la penumbra, la diferencia en el tono de sus pieles le gustaba y asombraba. Eran de mundos diferentes, a un mar de distancia el uno del otro. Ahora, sin embargo, se habían unido en uno solo. La sensación de calidez que le produjo este descubrimiento eliminó de golpe cualquier reserva que hubiese tenido respecto a hacer el amor con Quinto. Si lo hubiera sabido antes, se habría ahorrado tanta tristeza...

—¿Estás bien? —preguntó Quinto en voz baja.

Ella asintió. Aún se encontraba demasiado atontada por el placer para hablar.

—No has sangrado —observó él, fascinado—. Pensé que... Como me habías dicho...

—Llevo montando a caballo desde que tengo memoria —respondió ella con cierto reproche—. ¿Acaso esperabas otra cosa?

Quinto sonrió y la besó con dulzura.

—Supongo que sí. Pero me alegra que haya sido así. No habría deseado hacerte daño de ningún modo.

Julia le devolvió la sonrisa.

—Yo también me alegro. Creo que deseaba demasiado que pasase esto como para que me doliera. Ha sido como si no fuese yo misma, sino... Algo más grande que tú y que yo, retumbando como un tambor.

Él calló en silencioso acuerdo. Ella se arrebujó entre sus brazos y cerró los ojos disfrutando de la sensación. Olvidando durante unas horas que pronto tendrían que volver a sus papeles habituales.

Volvieron al campamento de la mano, pero se soltaron antes de llegar a la puerta por discreción. Antes de ir cada uno a su tienda, se miraron largamente a los ojos y sonrieron, demasiado extasiados por sus propios sentimientos como para enturbiarlo con palabras. En el interior de la tienda, Anna la esperaba con preocupación.

—Solo necesitaba despejarme —dijo Julia como toda excusa—. Duerme tranquila, y gracias por esperar.

Si la esclava sospechaba algo, no lo dijo. Al acostarse, Julia creyó que la excitación por todo lo vivido no la dejaría dormir, pero se equivocaba. Cayó en brazos de Morfeo tan rápidamente que apenas recordó haberlo hecho.

Al día siguiente prepararon la expedición que los llevaría en busca de los britanos. Los acompañaría un cuerpo de guardia veterana de dos contubernios. Además de estos dieciséis hombres, Quinto, Julia y Anna cerraban la comitiva. Para el camino, la esclava le seleccionó una túnica masculina que se le hizo muy extraño de vestir, una capa pesada con capucha y unos botines cerrados de suelas tachonadas como los de los legionarios. Acostumbrada a los vestidos y la seda, Julia tardó en hacerse a la idea de que gozaba de más libertad de movimientos, pero tan pronto lo hizo disfrutó enormemente de ello. Le entraban ganas de correr y saltar como los hombres.

Si su nuevo atuendo le parecía menos atractivo, Quinto no dio muestra de ello. La miró embobado nada más cruzarse con ella a la hora del desayuno, y tuvo que hacer esfuerzos para no seguirla con los ojos durante el resto de la mañana. Un oficial debía mantener el decoro, después de todo.

Emprendieron la marcha una hora después del amanecer. Se internaron por las sendas de los bosques, cuyo suelo de hojarasca y nudosas raíces ponía a prueba la agilidad de Julia. Pero, como con todo hasta ese momento, tan pronto se acostumbró a ello empezó a gustarle. Estaba segura de que había jugado antes a brincar entre los matojos y las rocas en bosques como este.

—Estás especialmente contenta, dómina —comentó Anna con una sonrisa.

—Lo estoy. No me preguntes por qué, pero es cierto. —Julia se volvió hacia ella con una expresión de completa felicidad—. Nadie diría que atravesamos territorio enemigo, ¿verdad?

Al cabo de un par de horas, incluso el entusiasmo de Julia se convirtió en cansancio. Ni Anna ni ella estaban acostumbradas a marchar como lo hacían los legionarios, y el terreno difícil las agotaba aún más. Quinto, que aunque encabezaba la marcha solía mirar hacia atrás a menudo, no tardó en darse cuenta de que necesitaban un descanso. Dio el alto antes de acercarse para ofrecerle un pellejo de agua. Julia lo aceptó con una sonrisa que derretía el hielo. No habían cruzado palabra en toda la mañana, pero no era necesario.

El zumbido de las flechas rompió el hechizo.

—¡Nos atacan!

—¡Testudo! —gritó Quinto.

Julia se quedó paralizada. Anna se abrazó a ella y la cubrió con su cuerpo, y Quinto no tardó en hacer lo mismo. Los legionarios se replegaron en torno a ellos tres y

levantaron los escudos sobre sus cabezas formando un cuadrado blindado por el que apenas se filtraba la luz. Las flechas y las piedras rebotaron contra los escudos con violencia. Quinto había asido a Julia tan fuerte que le aplastaba la mejilla con la coraza. A ella no le importó; tenía el corazón helado y las piernas temblorosas por el miedo.

—¡Los veo! —indicó uno de los soldados.

—Druso y Evandro, vosotros dos cubriréis a las mujeres. El resto, abrid a la de tres —ordenó Quinto—. ¡Una!

El golpeteo de las pedradas cesó. Había gritos al otro lado de los escudos.

—¡Dos!

Los enemigos corrían hacia ellos.

—¡Tres!

Capítulo 18: Retorno al hogar

La pelea se desarrolló muy deprisa. Cuando el muro de escudos se abrió, dos legionarios levantaron los escudos sobre Julia y Anna para protegerlas. Desde un costado, la muchacha alcanzó a distinguir cómo los legionarios aguantaban la carga del grupo bárbaro y respondían con sus propias espadas. Veía el penacho del casco de Quinto siempre en alto, pero el corazón no dejaba de golpear contra sus costillas. ¿Y si le había encontrado al fin para perderlo en una tonta disputa?

Los britanos trataban de rodearlos, con lo que los romanos retrocedían manteniendo los escudos en alto. Una piedra voló sobre la cabeza de Julia y ésta se encogió. El legionario que tenía delante avanzó hasta encararse con el britano que la había lanzado y le golpeó en la cara con el escudo. Fue tan brutal que lo lanzó al suelo sin conocimiento. El legionario miró por encima del hombro para asegurarse de que estaba bien antes de volver a su posición.

Pese a que los romanos se defendían con uñas y dientes, los britanos no daban muestra de rendirse. Eran hombres menos salvajes de lo que los pintaba el imaginario popular, pero sus ropajes y bigotes trenzados los hacían igualmente estafalarios. Que manejasen hachas a dos manos y las utilizarasen con amplia destreza no menguaba el temor que inspiraban.

Cuando cayó uno de los legionarios del frente, un bárbaro se coló en la línea y arremetió contra el soldado que las protegía a ellas. Éste aguantó tanto como le fue posible, pero un golpe mal dado le hizo trastabillar.

Al verla en peligro, Quinto gritó algo en britano. Lo dijo demasiado rápido, pero escuchar el idioma provocó un tirón dentro de Julia. El bárbaro se quedó quieto y la miró de hito en hito. El resto de los britanos dejaron de pelear, y los romanos retrocedieron para cubrir a su oficial y a la embajadora.

Quinto y el britano hablaron en esa lengua que conocía y a la vez no. Por cómo la miraban, era fácil imaginar cuál era el tema. Lo que más la desasosegaba era la intensidad en la mirada del bárbaro. Tenía los ojos de un azul brillante, igual que los suyos. No había visto a muchos otros con ese tono en Roma, solo esclavos del norte e hijos de libertos, pero aquel hombre no tenía ni una pizca de sumisión en el cuerpo. Era un britano libre y orgulloso, como lo había sido su madre.

—¿Qué dicen? —preguntó a Quinto desde su espalda.

—Les he explicado que eres hija de Carataco y que queremos hablar con él. Al principio no se lo han creído, pero dicen que es verdad que te pareces a él.

Los bárbaros se reunieron para hablar entre sí. Julia captó algunas palabras sueltas y carentes de sentido completo, pero nada más. Quinto no se separó de su lado. Al final, el que parecía ser el líder les hizo un gesto y los condujo hacia la espesura.

Anduvieron durante otro buen rato. El estómago de Julia no dejaba de rugir a pesar de que habían tomado un desayuno fuerte precisamente para evitar aquello. Picoteó algo de pan del morral que Anna llevaba consigo, pero no logró engañar al hambre. Por suerte para ella, cuando llegaron al pequeño campamento britano estaban cocinando un enorme jabalí.

La empalizada era incompleta, por lo que podía ver del campamento de un solo vistazo. Las tiendas eran parecidas a las de los romanos, aunque menos sofisticadas, y la mayor diferencia con el otro campamento era que había también mujeres entre ellos. No eran muchas, pero su presencia se mantenía constante. Como los hombres, trenzaban su cabello y vestían túnicas masculinas y pantalones. Muchas tenían los brazos y la cara tatuados en azul y negro, y colgantes de hueso y cuentas semejantes a las joyas romanas. La mayoría tenía el pelo rubio en diferentes gamas, e incluso había un par de britanos

pelirrojos. Julia no pudo sino sonreír. Lo que en otros lugares era una rareza extraordinaria, aquí era la norma.

Se sentaron al fuego, aunque intranquilos. Los britanos no los miraban con buenos ojos y estaba claro que su presencia solo era tolerada por Julia. Quinto le rozó la mano sin que nadie lo notase.

—Han ido en busca de tu padre. Dicen que si él te reconoce seremos bienvenidos.

—¿Y si no?

Quinto sonrió.

—No te preocupes. No dejaré que nadie te haga daño.

Su seguridad, tan contagiosa en otras ocasiones, ahora no lo era en absoluto. Julia tragó saliva. Se concentró en el crepitar del fuego y escuchó las conversaciones que tenían lugar a su alrededor. Distinguió alguna palabra. Agua. Esa la recordaba bien. Fuego. Romanos. Muerte. Oír eso la hizo estremecer. Pero lo que con más claridad comprendió fue la palabra caballo.

Levantó la vista y escuchó un relincho cercano. De entre los árboles surgió una figura grande y corpulenta. Descabalgó de un salto y tiró de las riendas hacia el campamento con mucha prisa. Era un hombre de poblada barba castaña, con cejas rectas y densas que oscurecían una mirada del color del hielo. Vestía de modo austero, con una túnica parda hasta las rodillas, pantalones de lana y una gruesa capa oscura. Nada indicaba que ese hombre hubiese sido rey en otro tiempo, pero cuando posó su mirada en él Julia no tuvo ninguna duda de quién era.

La última vez que lo había visto, aquel hombre había sido paseado por las calles de Roma a modo de humillación. Había soportado los insultos de la plebe y, pese a todo, había tenido fuerzas para amenazar al Emperador Claudio... y sobrevivir a su ira. Antes de aquello, antes de la tormenta que la había llevado a Roma, lo había conocido orgulloso y marcial. Se habían separado cuando él se disponía a cargar contra los romanos en una última batalla desesperada. Antes de eso, había sido un hombre imponente pero bondadoso que la había acunado en sus brazos para calmarla y le había hecho cosquillas para compartir unas gratas carcajadas.

Cuando él llegó hasta Julia, esta se había puesto en pie y lloraba. El hombre no tuvo dificultades para reconocerla. De cerca, Julia observó que los rizos castaños peinaban canas, y que la cara que había besado de niña había sufrido los estragos de la edad. Pero nada de eso importunaba.

Carataco, o Caradawc, como lo conocían los britanos, soltó una retahíla de palabras de las cuales Julia solo distinguió una:

—Kanna.

Le ofreció las manos y ella las aceptó. Las de su padre eran cálidas y ásperas, como las de un hombre que había asido la espada y las riendas de los caballos toda su vida.

—Padre —murmuró en un tímido britano.

Él asintió. Quinto, a su lado, contemplaba la escena en silencio.

En honor a Caradawc y a la recién encontrada Kanna, los britanos ofrecieron parte del festín a los romanos. El ambiente estaba cargado por la hostilidad de los dos grupos, pero el reencuentro entre el antiguo rey y su hija ayudó a enfriar un poco los ánimos. Los britanos colocaron varias mesas corridas cerca del fuego, despreciando la humedad del ambiente y la posibilidad de lluvia. El puesto de honor lo ocupaban Caradawc y Julia, con Quinto y el otro líder britano, cuyo nombre era Cynfelyn a la diestra. El romano servía de intérprete para padre e hija dado que, aunque esta se hallaba deseosa de reaprender su primer idioma, aún necesitaba algo de tiempo para recordarlo bien.

—Te vi en Roma —le dijo Julia a través de Quinto—. Es de los pocos recuerdos que tengo de ti. Te pasearon por las calles como a un prisionero. Yo te reconocí y quise ir contigo, pero no me dejaron.

—No me lo recuerdes, pequeña. Ese tiempo es mejor no mentarlo. —Caradawc apretó el gesto con dolor—. Me dijeron que os habían mantenido con vida y que podría llevaros conmigo de vuelta a Britania, pero me mintieron. Creí que habíais muerto en el viaje. Lo que menos esperaba era que te hubiesen comprado para criarte como a una de ellos...

Julia le rozó la mano por encima de la mesa.

—Nunca me he sentido del todo como ellos. Cuanto más tiempo paso en Britania, más cuenta me doy de que jamás he dejado de ser britana.

Eso le hizo sonreír. Fue una sonrisa triste y deslucida, pero parecía surgir genuinamente.

—Eres igual que tu madre. Me alegra que no hayas sacado de mí ni una pizca. Ah... Fedelmid era tan hermosa... Pero eso no era lo mejor de ella. Su temperamento me sacaba de quicio. —Se echó a reír para sí, como si hubiese recordado una vieja broma—. Era una mujer muy valiente. De no haberte tenido a ti, habría venido conmigo a la batalla y solo los dioses saben qué habría pasado entonces.

El sabor del jabalí le trajo nuevos recuerdos. Se vio a sí misma probándolo por primera vez, masticándolo con sus pequeños dientes de leche. El comedor de su casa era tan grande y oscuro que solía jugar a esconderse en sus rincones y los criados nunca la encontraban. Pero su padre sí lo hacía. Aparecía sin que ella se lo esperase, la agarraba por las axilas y tiraba de ella con un rugido que los hacía reír a los dos. Su padre romano nunca había jugado con ella así. Le había dado cariño y hasta habían montado juntos a caballo, pero no era el tipo de hombre que se dejaba llevar por las situaciones. Pensar en él le produjo tristeza una vez más.

—Si no eres rey, ¿a qué te dedicas?

—Soy pastor de caballos —respondió su padre—. Los crío y adiestro para vender. Los romanos me tienen prohibido suministrarlos a la resistencia britana, así que los adquieren sus aliados celtas, los que ya han doblado la rodilla. Es un buen trabajo. Los animales son nobles y soy feliz cuidando de ellos.

—¡Me encantan los caballos! —exclamó ella con los ojos llenos de admiración—. En Roma, mi padre adoptivo se dedica a lo mismo. Me he criado entre ellos.

—Es una jinete experta —comentó Quinto, haciendo el primer inciso de su cosecha desde que habían empezado a hablar.

—Los dioses tienen sentido del humor. No me extraña que te hayan llevado a una casa donde se adiestran caballos. Después de todo, era difícil separarte de ellos cuando eras pequeña.

—¿De veras?

—Siempre tuviste talento para montar. Siendo muy niña, probé subirme a lomos de un poni y no tardaste en acostumbrarte. Los animales te adoraban. Estoy seguro de que, de haber podido subir a la grupa, te habría sorprendido a lomos del caballo más alto de mi cuadra más de una vez.

Julia sonrió. Lo recordaba a medias, pero en las imágenes se mezclaba su vida en la villa con lo que creía que era Britania.

—¿Te gustaría montar conmigo? —preguntó su padre—. Podría llevarte a mi granja. No está muy lejos. Te encantaría conocer a mis animales.

El ofrecimiento la llenó de súbita felicidad.

—¡Por supuesto que quiero!

—Julia, deberíamos recordar para qué estamos aquí —murmuró Quinto—. La tropa aguarda a que efectuemos las negociaciones y Cynfelyn parece cada vez más incómodo por nuestra presencia en su campamento.

Era cierto que el britano parecía aburrido de tanta charla entre padre e hija, pero Julia no iba a acelerar un encuentro postergado durante doce años para darle gusto a un desconocido.

—Esto nos ayudará —dijo en bajo—. Cuanto más cercanos nos vean a mi padre y a mí, más confiarán en mi palabra, ¿no te parece?

No era un plan premeditado, pero dicho en alto tenía sentido.

Con aire de incredulidad, Quinto volvió su mirada a la tajada de jabalí que tenía delante. Lo tomó con los dedos, incómodo, y se lo metió en la boca sin ganas.

—Llévame a montar contigo, padre —pidió ella—. Me encantaría conocer a tus caballos.

Capítulo 19: Padre e hija

Contra lo que a Quinto le hubiese gustado, junto a Julia y Carataco (o Caradawc, como lo llamaban los britanos) dejaron el campamento para dirigirse a la granja de caballos que se encontraba al noroeste. Cuando llegaron, no quedaban muchas horas de luz y Quinto estaba cansado. Había tenido que dejar a uno de sus hombres como líder de la tropa en el campamento, y esperaba no encontrárselo reducido a cenizas cuando regresasen. Aunque hubiesen compartido una comida, sus hombres no olvidaban cómo se habían encontrado en mitad del bosque. Dos de ellos habían recibido una herida que, aunque leve, prometía un viaje de regreso muy molesto. Además, su orgullo de romanos estaría en entredicho mientras el enemigo que se las había producido siguiera con vida.

La felicidad de Julia era una buena compensación, por otro lado. Desde que se había encontrado con Carataco, la muchacha no había dejado de sonreír. Quinto habría deseado poder encontrarse con su propio padre al menos una vez más, pero sabía que esa reunión no se produciría hasta que bajase al Inframundo. Para Julia debía de haber sido un regalo de los dioses. No solo había vuelto a su tierra, sino que había regresado al hogar que una vez conoció.

Siempre se había sentido atraído por ella, pero desde que habían llegado a Britania apenas podía contener sus sentimientos cuando la miraba. Debía ser juicioso y discreto para no atraer miradas indeseadas, y su encuentro en la playa habría de quedar en secreto, pero casi era incapaz de besarla o abrazarla en público. Se descubría buscando la manera de rozarla con los dedos sin que nadie se diese cuenta. Quinto se sentía como un muchacho. Aquella mujer era increíble.

Disfrutó viéndola montar en compañía de Carataco. Siempre se sorprendía por la facilidad con la que Julia dominaba a los caballos. Él se consideraba un buen jinete, pero no podía compararse con la destreza que demostraba ella. Acababa de conocer al caballo negro que su padre le había ofrecido montar y el animal ya confiaba en ella. Julia lo trataba con respeto y reverencia, como si fuese parte de su familia. Estaba seguro de que, si quisiera, no tendría por qué usar las riendas. La comunicación entre montura y jinete era perfecta y única. Verlos juntos era hermoso, y su corazón no podía estar más lleno de asombro y amor por aquella joven tan llena de vida.

Julia apenas podía creer lo que estaba ocurriendo. Semanas antes, en Roma, cuando la hora de su entrega al templo de las vestales se acercaba, estaba segura de que jamás volvería a montar un caballo en libertad. Ahora, mientras galopaba por el prado que circundaba la granja de su padre real, su espíritu se elevaba como una paloma. No podía contener las carcajadas de gozo que la asaltaban a medida que cortaba el viento. No había entendido el nombre del caballo cuando su padre se lo había mencionado, pero no necesitaba saberlo. Podía sentir su calor y su esencia vital fluyendo por sus venas, y de alguna manera que no comprendía se conectaba a ella a través de la suya.

Después de su noche de amor en la playa, Julia vislumbraba una realidad que hasta entonces había quedado oculta para ella. Había poder en la vida, en la sangre y en el sexo. Podía sentirse una con todo aquello que la rodeaba si se concentraba lo suficiente. Esa era la magia que vibraba en el interior de las personas y del resto de los seres vivos, la que habían manejado y reverenciado sus antepasados britanos y que la había llamado durante toda su vida.

Cuando su padre se unió a la carrera y cabalgaron juntos, fue capaz de sentir también su energía. Percibió su tristeza y su sensación de pérdida, así como el orgullo sin palabras que le producía haberse reencontrado con su hija.

Al terminar el breve paseo, pues la luz no tardaría en escasear, Carataco se dirigió a Quinto para que interpretase sus palabras:

—¿Por qué no os quedáis a cenar conmigo? —propuso—. No puedo ofrecer un festín como el de esta mañana, pero mi hogar es cálido y seco.

Quinto apretó la mandíbula ante la necesidad de traducir la oferta de Carataco. Julia aguardaba con expectación, sonriente. Tradujo con rapidez, sin poder evitar añadirle un toque de amargura a las palabras.

—No deberíamos quedarnos —dijo Quinto frunciendo el ceño—. Nos esperan en el campamento.

—Ya es tarde. Si echamos a andar, nos sorprenderá la noche —respondió ella con reserva—. Además, no quiero marcharme tan deprisa. Me gustaría poder disfrutar de mi padre un poco más. Hay tanto que desearía contarle... Poco a poco empiezo a recordar más palabras. En breve ni siquiera necesitaré que seas mi intérprete.

Quinto acusó aquella frase con resquemor.

—Y cuando no te haga falta, ¿qué harás? ¿Olvidarte de que has venido aquí con una misión?

Carataco los miraba con extrañeza. No comprendía lo que estaban diciendo, pero por el tono debía ser capaz de discernir que se avecinaba una discusión.

Julia alzó las cejas y levantó las manos a la defensiva.

—¿Acaso no la estoy cumpliendo?

—No estoy diciendo eso... —murmuró Quinto. Trató de reformular sus palabras—. Me gusta ver cómo te reencuentras con tus raíces, pero no a costa de olvidar de dónde vienes y por qué.

—Yo vengo de aquí, Quinto. Cada vez lo veo con mayor claridad. Si supieras lo que soy capaz de percibir ahora... —Julia sonrió para sí, aún disfrutando del placer que le proporcionaba la conexión que había experimentado—. Todo está vivo. Todo fluye. Somos parte de la naturaleza y tenemos la llave para leer sus mensajes. Solo tenemos que dejarnos llevar.

—¿De qué estás hablando?

Ella le miró directamente a los ojos.

—Tú también lo has sentido. Anoche, en la playa. O aquella vez que cabalgamos en el encinar de la villa. ¿No lo recuerdas?

Quinto sacudió la cabeza. Una cosa era reencontrarse con la familia perdida y otra comenzar a hablar de la naturaleza y el flujo de vida. Había oído a los partidarios de los druidas soltar peroratas sobre la conexión entre los bosques y los hombres, y de cómo todo poseía un espíritu con el que uno podía comunicarse.

—Eso es emoción, nada más. No tiene nada de mágico.

Julia no supo qué decir. Quinto estaba enfadado y no sabía muy bien por qué, pero aquella manera de despreciar lo que habían vivido juntos le dolió en el alma. Él percibió su decepción y se arrepintió de haber sido tan brusco. Intentó arreglarlo.

—No quería decir eso. Ha sido maravilloso, pero... —Miró a Carataco, que esperaba con semblante confuso—. ¿Podemos no hablar de esto ahora?

Ella se cruzó de brazos.

—Si quieres, puedes emprender tú mismo el camino de vuelta. Yo voy a quedarme y trataré de hacerme entender como sea. Si estás incómodo entre bárbaros, te invito a que te vayas.

Quinto suspiró.

—Yo no he dicho que...

—No ha sido necesario.

Julia le hizo una señal a su padre y echó a andar hacia la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al tribuno.

—Mujeres —respondió él encogiéndose de hombros.

Carataco se echó a reír y posó una manaza sobre su hombro, desequilibrándolo.

—Amigo mío, me temo que los romanos no conocéis lo que es una mujer de verdad. Estáis tan acostumbrados a que os miren como cervatillos asustados que, tan pronto una pretende hacerse valer o muestra algo de genio, os lleváis las manos a la cabeza.

Quinto no lo encontró gracioso, pero fingió que sonreía para contentar a su anfitrión. Al fin y al cabo, parecía que iban a pasar la noche con él.

La casa de Carataco no se parecía en nada a las villas romanas a las que Julia estaba acostumbrada. Era una construcción humilde de adobe, con planta circular y techo picudo de paja. La única puerta era una débil hoja de madera encajada en el marco. Cualquiera, incluso ella, habría podido derribarla de una patada. Y, sin embargo, Carataco se sentía seguro viviendo allí en medio del prado. Debía ser cierto que su antigua posición de rey seguía infundiendo respeto entre sus compatriotas.

En el interior crepitaba un fuego, que servía tanto para calentar la estancia como para iluminarla. Había una mesa y una silla de factura artesanal y no demasiada entereza, varias pieles extendidas por el suelo y las paredes para guardar el calor y varios arcones de las que sobresalían herramientas variadas.

—¿Qué fue de la casa que recuerdo? —preguntó Julia al entrar. Quinto fue su traductor.

—Cuando nos derrotaron, los romanos se ocuparon de quemar y destruir nuestro pueblo. —Carataco habló con tristeza—. No pude salvar nada. El indulto me impedía pedir refugio en casas ajenas, por lo que hube de construirme una. —Sonrió con orgullo—. Apuesto a que tu otro padre no es capaz de hacer algo así. Depende demasiado del trabajo de sus esclavos y criados para proveerse su propio refugio.

Ni Quinto ni Julia dijeron nada al respecto. Al tribuno no le pasó desapercibida la ausencia de armas o armaduras en la casa. El indulto también especificaba que no podía volver a armarse jamás. Debía permanecer como un dócil vasallo de Roma. Vivo, pero obediente. No obstante, sus palabras aún eran muy escuchadas entre el resto de los britanos. Si lograban ponerlo de su lado, estaba seguro de que cumpliría su misión.

—Me habría gustado poder volver, aunque solo fuera un momento —comentó Julia—. Es una lástima que no vaya a ser más que un recuerdo.

—Es lo que ocurre con el pasado, hija mía. Todo el mundo pierde cosas, pero depende de cada uno ponerse en pie y continuar. —Carataco puso un perolo sobre el fuego—. Cuando me dijeron que habíais muerto, una parte de mí quiso seguiros... pero después de lograr que me indultasen, ¿por qué iba a desperdiciar mi vida? No he hecho de ella nada grande. Soy solo un pastor de caballos. Pero este pastor de caballos no puede haberse regocijado más al tener la oportunidad de reunirse con su hija perdida.

Julia sonrió.

—Te ayudaré con eso —dijo cuando su padre se puso a cocinar—. Aunque tendrás que guiarme. Nunca he cocinado.

Carataco sonrió.

—Confiais demasiado en los esclavos. Esa será vuestra perdición. La gente debe poder valerse por sí misma en todas las situaciones.

Quinto apretó los labios. Aunque Carataco no le había hecho ningún daño ni le había insultado, no podía dejar pasar sus críticas constantes al modo de vida romano. No quería responder por temor a ofenderle a él o a Julia, a la que ya había molestado con sus palabras impulsivas, pero su orgullo de romano empezaba a crepitar en su interior cuando Carataco comentaba de modo casual lo cerca que estaban del fin. ¿Qué sabría él? Ningún imperio hacía sombra a Roma. De vez en cuando sufrían un revés en una guerra, como en la encerrona de Teutoburgo, pero se habían recuperado de ello con creces. Todo el

Mediterráneo obedecía al poder del Águila. Los britanos eran unos necios por no aceptarlo de una vez y doblarse. Así, al menos, habrían podido salvar sus vidas.

Aunque su misión fuese diplomática, Quinto sabía cuál sería el resultado final. Pacíficamente o a través de la guerra, Britania quedaría subyugada. Por eso, no había ninguna razón para enredarse en los misticismos de los druidas como hacía Julia. Si ella lo pudiera entender...

Capítulo 20: El consejo de los druidas

Tras una noche de intranquilidad y sueños confusos, Julia despertó con una sensación de agrídulce certeza.

Su padre había echado mantas y pieles al suelo para componerles a Quinto y a ella una cama más cómoda de lo que parecía en un principio. No era el colchón de plumas al que estaba acostumbrada, pero al menos gozaba de una horizontalidad sin vaivenes, a diferencia de la cama del barco. Habían dormido juntos, pero separados. La presencia de Carataco habría hecho incómodo cualquier acercamiento entre ellos. Además, Julia aún cavilaba acerca del significado de la presión que ejercía Quinto sobre ella para acelerar las negociaciones.

El atractivo rostro del tribuno quedaba iluminado en parte por el sol de la mañana. Parecía mucho más joven así, dormido y despreocupado, que cuando su ceño se endurecía al verse superado por las circunstancias. Julia sintió un repunte en sus sentimientos, como una oleada de euforia e incredulidad por el hecho de compartir cama con un hombre así. La hacía feliz. Eso era innegable. Pero... ¿seguiría haciéndola feliz cuando comprendiera que pertenecían a mundos diferentes? ¿Se enfadaría cuando se diera cuenta de que no estaba hecha para encajar en el molde, y que tendría que abrir su mente para abarcar todo lo que ella era?

Aquel pensamiento la inundó de tristeza. Buscó un hueco en su costado y apoyó la cabeza en su hombro. Él, entre sueños, la apretó contra su cuerpo. ¿Por qué no podía detenerse el mundo en ese instante? ¿Por qué debían cumplir expectativas y misiones, seguir normas sociales y sufrir por no llegar a cumplirlas?

Quinto despertó lentamente. Al hallarla a su lado, sonrió con alegría. La abrazó, besando sus cabellos dorados sin llegar a abrir los ojos del todo. Quería quedarse en la frontera entre la vigilia y el sueño, allá donde las fantasías eran realidad y no existían las preocupaciones. La noche anterior se había tumbado junto a ella sin atreverse a tocarla. No había querido reavivar su enfado, prefiriendo soportar la angustia de desear sus caricias y no tenerlas. La había observado dormir en la penumbra, maravillado por su belleza. Cada vez estaba más seguro de que pertenecía a otro mundo más allá del humano, uno tal vez gobernado por los espíritus y las hadas de los britanos. Uno al que él no podía llegar.

Tenía miedo de que la misma libertad que había ganado ella al pisar Britania acabase por separarlos. Julia no había tardado en adaptarse y dejarse llevar, mientras que él aún recordaba que el águila grabada en su pecho no era un adorno, sino un símbolo de pertenencia. Quinto había hecho promesas que no deseaba romper.

Fingiendo que ninguno de los dos había despertado aún, se concentraron en sus pensamientos mientras se abrazaban. Cuanto más tardasen en saludar al nuevo día, más tiempo les quedaría para pasarlo juntos y en paz.

Carataco, sin embargo, tenía otros planes. Se levantó de su camastro con un bostezo digno de un oso y se rascó el pecho velludo mientras miraba a su alrededor como perdido. Al reparar en los dos amantes abrazados torció el gesto sin saber muy bien lo que pensar.

Quinto y Julia, al escuchar al britano, se soltaron aparentando normalidad. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Meditabundos, completaron su atuendo y se unieron a Carataco en el desayuno. Tenían unas negociaciones a las que acudir.

Para alivio de Quinto, el campamento britano seguía en su sitio cuando llegaron a él. Ni los britanos habían sido crucificados, ni la cabeza de sus hombres clavadas en picas.

Decidió interpretarlo como un signo de buena fortuna y de la posibilidad de entendimiento entre las dos partes, pero al ver la expresión de Cynfelyn no lo tuvo tan claro.

—Llegáis tarde —dijo el jefe con amargura—. Los druidas os esperan desde que salió el sol.

—El camino hasta mi granja es largo, amigo mío —terció Carataco en un intento de suavizar el ambiente. Tampoco a él le pasaban desapercibidas las miradas de los romanos y los britanos—. Además, debía asegurarme de que mi hija fuese de mi estirpe verdaderamente.

—¿Y lo es?

—¡Por supuesto que sí! Cabalga mejor que yo.

Carataco pasó el brazo sobre los hombros de Julia, que escuchaba la traducción simultánea que Quinto se apresuraba a realizar.

Cynfelyn miró a la joven de soslayo.

—La han criado los perros de Roma, Caradawc. Tal vez sea tu hija, pero nunca será britana. Deberías saberlo.

Quinto se negó a reproducir el insulto, pero sí le hizo saber a Julia que el jefe dudaba de su valía como britana. Eso la hizo enrojecer.

—Britana o romana, tanto da. La chica tiene el corazón donde debe, que es lo importante —repuso Carataco en tono neutro. Parecía que él también quería evitar enfrentamientos innecesarios. ¿Estaría haciéndolo para proteger a su hija, o porque quería llevar a buen puerto las negociaciones?—. Confío en que los druidas digan lo mismo.

Habían levantado una tienda para albergar al consejo de druidas. Aunque Cynfelyn era el jefe nominal de la tribu, los druidas actuaban como líderes espirituales del pueblo. Recibían los mensajes de los dioses, elaboraban los augurios, las bendiciones y maldiciones, y garantizaban las buenas relaciones entre espíritus y humanos. Gracias a ello, contaban con un poder considerable en la política britana. Convencerlos sería imprescindible para llegar a cualquier acuerdo.

Habían quemado hierbas aromáticas cuyo humo llenaba la estancia de un olor agreste y áspero. Quinto se sintió levemente intoxicado después de inspirarlo varias veces, pero se obligó a permanecer en el interior. No dudaba que debía de tratarse de una triquiñuela de los sacerdotes para aumentar su incomodidad.

Los druidas vestían capas y túnicas de lana cruda, húmedas y raídas. Eran tres hombres y dos mujeres, todos ellos de aspecto inquietante. Los hombres llevaban las barbas trenzadas y cornamentas de ciervo a modo de colgantes. Las mujeres se ornamentaban el cabello con madreselva y acebo. Todos, sin excepción, portaban algo azul, ya fuesen brazaletes, pulseras o medallones. Quinto se alegró de haber ocultado su colgante en el interior de la coraza. No quería que le juzgasen por portar un atributo sagrado, menos aún cuando se lo había arrebatado a un hombre muerto.

—Druidas, ante vosotros traigo a la princesa Kanna, hija del rey Caradawc y la reina Fedelmid —anunció Cynfelyn—. Fue robada por los romanos hace doce o trece años y, sin que su padre lo supiera, criada por ellos como una de los suyos. Ahora responde al nombre de Julia Aurelia. Desconoce nuestra lengua y viene acompañada por uno de sus tribunos con la intención de convencernos de cerrar un tratado de paz. —El jefe hablaba con ira contenida, como si midiera sus palabras para no pronunciar el insulto que tenía en la punta de la lengua—. Yo no tengo ningún interés en aceptarlo, pero las antiguas tradiciones me fuerzan a consultarlo primero con vosotros, oh portavoces de los dioses. La tribu britana aguarda vuestra sabiduría.

—Da un paso adelante, Kanna hija de Caradawc —dijo con solemnidad uno de los sacerdotes.

Julia no necesitó traducción para ello. Se separó de su padre y de Quinto y ocupó el espacio entre ellos y los druidas. Los cinco pares de ojos se centraron en ella. Se sintió más desnuda que nunca. Era casi como si pudiesen leer su alma con una sola mirada y ella no pudiera cubrirse de ninguna manera para evitarlo. Procuró tranquilizarse y aceptar el juicio. No tenía nada que ocultar, después de todo.

El más anciano de los druidas sonrió.

—En verdad es ella —dijo en voz alta—. Oh, sí. Yo fui quien leyó su destino apenas llegó a este mundo. Sacrifiqué una cierva para brindarle buena fortuna, y pinté su frente con la sangre aún caliente. Los dioses me enviaron visiones sobre su destino. Ellos me anunciaron que los hombres del Águila se la llevarían y tratarían de doblegar su espíritu.

—Lo he dicho yo mismo —murmuró Cynfelyn.

—Sin embargo —continuó el druida con una mano en alto—, los dioses me advirtieron que no lo lograrían. Kanna siempre sería Kanna sin importar qué otros nombres le impusieran.

—¿De veras? Pues preguntadle vosotros mismos por qué ha venido aquí —respondió el jefe—. No podrá responderos. Los romanos se ríen de nosotros. Nos mandan a una embajadora que apenas puede comunicarse. ¿Para qué lo harían, salvo para recordarnos que pueden borrar nuestra identidad si les damos pie a ello? Esto es lo que harán con nuestros hijos si aceptamos la paz.

—Silencio, Cynfelyn —ordenó una de las druidas, una mujer madura, pasada ya su edad de dar hijos—. Si reclamas el juicio de los druidas, escúchalo y abstente de hacer tú el tuyo. Este tema va más allá de la política actual. Hay profecías involucradas en esto.

—Romano, hazle esta pregunta —dijo el druida más anciano—. ¿Cuál es el mensaje de Roma y qué piensa ella de él?

Quinto suspiró. Le tradujo sus palabras lo más claramente que pudo y esperó a que formulase su respuesta.

Julia temblaba. Aunque solo era capaz de entender una pequeña fracción del diálogo, era susceptible a las inflexiones de las voces y a las emociones que implicaban. Cynfelyn no la apreciaba lo más mínimo. Los druidas parecían más receptivos, pero las palabras del jefe contenían verdad. Por mucho que algo dentro de ella hubiese pugnado por la libertad toda su vida, no podía evitar que su educación romana condicionase sus pensamientos.

Tomó aire. Lo único que le quedaba era la sinceridad:

—El mensaje de Roma es este: rendíos, pagad los tributos, abandonad los sacrificios a vuestros dioses y entregad las armas. A cambio, Roma os protegerá de vuestros enemigos y os permitirá rezar a vuestros dioses con libertad salvo cuando las prácticas sean macabras.

—¿Qué enemigos? —farfulló Cynfelyn cuando Quinto tradujo sus palabras—. ¡Nuestro enemigo es Roma!

—¡Silencio, jefe! No es tu turno de palabra —le acalló uno de los druidas—. Prosigue, muchacha.

Julia suspiró.

—¿Qué es lo que pienso del mensaje? Siendo sincera: no lo sé. —Su respuesta provocó murmullos y miradas confusas—. Me llamo Kanna y Julia al mismo tiempo. Soy romana y britana. Amo a los padres que me han criado tanto como a los que me dieron la vida. Soy la mitad de lo que podría haber sido... pero el doble de lo que todos creáis que iba a ser.

Si nunca hubiese sido Julia y me preguntarais si querría vengar a mi madre y al resto de mis compatriotas, probablemente me hubiese pintado la cara con glasto y hubiese empuñado el hacha para llevaros a la batalla. Si nunca hubiese sido Kanna, os llamaría

bárbaros y os tendría lástima creyendo que sois incivilizados y salvajes, y os ordenaría que os doblegaseis ante el poder de Roma.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas sin que se diera cuenta. Cuando miró a su padre, y después a Quinto, dijo:

—Mi corazón está dividido y apenas he dejado atrás mi adolescencia. ¿Cómo desea Roma que os convenza para que os rindáis? ¿Cómo pretendéis vosotros, sabios druidas, que os dé buenos motivos para aceptar el trato? No puedo hacerlo. Ojalá fuese capaz, pero no puedo.

Quinto apretó la mandíbula. Sus ojos también brillaban. Sabía lo que quería decir con ese discurso y eso le llenaba el corazón de pena.

—Caradawc, tu hija ha hablado. ¿Qué tienes que decir tú?

El antiguo rey carraspeó.

—Yo luché y perdí. Me dieron una paz condicional. Conservo la vida y una hija. No puedo decidir por nadie más. Mi tiempo de hacerlo ya pasó.

Quinto sacudió la cabeza. Aquella negociación estaba al borde del fracaso.

—Tribuno Laterense, ¿qué tienes que decir a esto?

—Me gustaría poder convencerlos de que os retiraseis, druida. Aceptad las condiciones de Roma. El Imperio trata muy bien a sus vasallos. Tendréis independencia para gobernar como lo habéis hecho hasta entonces, lo prometo. Cumplid las condiciones del acuerdo y no se derramará más sangre —dijo en tono cansado—. Porque, de no ser así, esta guerra continuará hasta que uno de los dos bandos quede destruido. Y me temo, oh druidas, que Britania es solo una isla... y Roma domina el continente entero.

Las palabras de Quinto fueron recibidas con abucheos, pero los druidas los acallaron rápidamente. Hablaron entre sí durante un corto espacio de tiempo antes de volverse hacia Cynfelyn.

—Los dioses ya han escrito la guerra que vendrá, jefe —dijo el portavoz—. Haz lo que debas.

—Entonces expulsaré a esta gente de la isla —respondió Cynfelyn con satisfacción.

—Pero debes permitir a Kanna que se quede si así lo desea —indicó la mujer madura—. Los dioses la marcaron desde su nacimiento con el don de los druidas. Princesa, el consejo te reclama. Si aceptas tu herencia britana de una vez por todas, te enseñaremos a usar la magia.

Con gran pesar, Quinto tradujo la propuesta de la druida.

Julia tragó saliva. El color se había evaporado de sus mejillas y apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¿Quedarse en Britania para convertirse en druida? ¿Los dioses la habían marcado desde su nacimiento?

Su padre respondió con una sonrisa de orgullo. Cynfelyn frunció el ceño. Y Quinto...

Quinto salió de la tienda.

Capítulo 21: La decisión

—Parece que el romano también ha elegido —dijo Cynfelyn muy ufano—. Son todos escorias, ya os lo he dicho. Tendría que haberlos degollado a todos en el bosque en lugar de compartir nuestra carne y nuestro pan con ellos. Habría sido una perfecta declaración de intenciones, ¿no os parece?

—Cuidado con lo que dices, Cynfelyn. Si le hubieras hecho daño a mi hija... —gruñó Caradawc entre dientes.

Ella no prestó atención a lo que decían ninguno de ellos. Corrió detrás de Quinto más allá del campamento de los britanos, hasta darle alcance ya entrado en la espesura. Saltó raíces y piedras con una agilidad inusitada. Se había vuelto sorprendentemente diestra en aquel menester.

—¡Quinto! ¡Espera! Por favor.

El tribuno giró sobre sus talones y le dirigió una mirada dolida. De haber podido, Julia habría intentado evitarle aquel dolor. Verlo así era peor que cualquier tortura.

—No puedes quedarte aquí, Julia —dijo él con la voz rota—. Si no aceptan las negociaciones, Roma no tardará en volver a atacar esta tierra. Llevamos en guerra intermitente casi dieciséis años. Tú no sabes lo que es esto.

El tribuno alzó las manos en un gesto de desesperación.

—Fuiste afortunada al ser arrancada de este lugar mientras no tenías memoria para recordarlo. Tú no has visto lo que es un país asolado por la muerte y la hambruna. ¿Cómo podrías saberlo? Has vivido toda tu vida en la seguridad del Palatino. ¿Acaso no te das cuenta de lo que estás escogiendo?

—Escojo lo que me dicta el corazón...

—¡No seas necia! Olvida esa tontería acerca del destino. Si te quedas aquí, no podré protegerte. Vendrán los días de conquista y serás una druida más a la que ejecutar como castigo por su rebeldía.

Ella se le acercó y posó la mano sobre su brazo. Quinto no se apartó, pero tembló por una mezcla de miedo y rabia.

—Quinto...

—Te amo. —Sus ojos brillaban como el ámbar. Era fácil perderse en el dolor que transmitían, pero Julia no debía hacerlo—. Eres la única mujer a la que he amado en mi vida. Desde que te conocí he sabido que llevaría este sentimiento conmigo para siempre, pero... —Quinto apretó los dientes—. Sé que crees que esto es lo que estás destinada a hacer, pero no son más que conjeturas místicas. Julia... Por favor, ven conmigo. Volvamos a Roma y olvidemos esta locura.

Ella sacudió la cabeza.

—Yo también te amo. Oh, Quinto, si pudieras entenderlo... —Julia se frotó la cara con las manos—. Si supieras cómo me siento aquí...

—Me alegro mucho por ti, de verdad. Sé cuánto deseabas conocer Britania y lo feliz que te ha hecho encontrarte con tu padre. Lo sé. Pero... ¿vivir aquí para siempre? ¿Convertirte en druida? ¿Sabes lo que significaría eso?

—Eres demasiado romano para entenderme.

—¡Y tú eres demasiado romana para pasar el resto de tu vida aquí! —Quinto se sacudió, llevándose los puños a la boca con impotencia—. Ven conmigo, por favor. Te daré la vida que te prometí la primera vez que te confesé mis sentimientos. Las demás mujeres de Roma te envidiarán.

Julia negó con la cabeza.

—No me envidiarán. Estaba destinada a ser vestal, ¿recuerdas? Rompí mi promesa contigo, en la playa.

—¿Y qué? No habías pronunciado ningún voto. No podrán castigarnos.

—Pero todo el mundo sabrá lo que pude haber sido y no fui.

—¿Qué importa lo que digan los demás?

Julia suspiró.

—Yo también lo sabré, Quinto. Lo llevaré siempre conmigo, igual que lo he sentido antes de conocer quién era. Toda mi vida he sentido que no encajaba en Roma y no sabía por qué. Ahora lo sé. Britania fluye por mis venas y no puedo negarlo, mi amor. Ni siquiera por ti.

Quinto dejó escapar un gruñido de exasperación. Su voz rompió la quietud del bosque. La desesperación y la furia eran impropias de un romano, pero ni siquiera el peso de la educación lograba contener sus emociones. Julia quiso consolarlo, pero sabía que no sería capaz. Lo que él necesitaba era su palabra de que abandonaría la isla para siempre y aceptaría una vida romana sin rechistar. Su amor por Quinto le hacía considerarlo, pero en el fondo sabía que sería un grave error. Si volviese a Roma, jamás sería feliz. Ninguno de los dos alcanzaría la felicidad de esa forma.

—No quiero perderte —murmuró Quinto sin poder mirarla a los ojos.

Julia le abrazó y hundió la cabeza en el hueco de su cuello. Él la estrechó con tanta fuerza que podría haberle roto las costillas. El sentimiento era mutuo... pero injusto para los dos.

Se unieron en un nuevo beso apasionado, aún más que el de la playa, pues surgía de la desesperación y la necesidad de aprovechar el tiempo que les quedase juntos. A pesar de la humedad del bosque, volvieron a deshacer las lazadas de sus ropas para buscarse con ansiedad. Julia cerró los ojos y se dejó llevar de nuevo. El latido de la vida retumbó en sus oídos y sus labios, entregándose a la pasión de Quinto de igual a igual.

Fue más apresurado e intenso que la primera vez. En un silencio solo roto por sus suspiros, Julia volvió a guiarle hacia su interior. Hundió sus dedos en el cabello corto de Quinto y juntó su mejilla contra la suya. El placer de sentirlo dentro le arrancó un gemido, pero su conciencia no tardó en escapar de su cuerpo y viajar a otro lugar a través del pulso de la vida.

Mientras en el mundo terrenal clavaba las uñas en los omoplatos de Quinto, su espíritu atravesó la tormenta. El océano se agitaba a sus pies en olas de increíble magnitud, con rugidos que recordaban al jabalí, al tejón y al lobo. El cielo parpadeaba con cada relámpago, tronando con tanta fuerza que toda ella se agitaba.

En mitad del mar, tuvo miedo.

Gritó sin voz y buscó ayuda en vano. Se hallaba en mitad de un torbellino de sangre y sal, con el chasquido de los látigos llenando sus oídos y el sabor de las gachas mohosas en el fondo de su garganta. Necesitaba escapar de allí y volver a tierra firme, pero no podía verla por ninguna parte.

Se angustió tanto que creyó enloquecer. Su espíritu estaba perdido en mitad del océano, más allá de cualquier lugar que pudiera llamar hogar. El torbellino tiraba de ella en dos direcciones diferentes, y la tensión era tan fuerte que su espíritu amenazaba con quebrarse. Oyó el relincho del caballo a lo lejos y supo hacia dónde debía volar, pero el sabor de los labios de Quinto era demasiado atrayente para tomar una decisión final.

Si seguía así, moriría.

Kanna. Casi había olvidado esa voz, pero allí estaba. *Déjalo ir, Kanna.*

Pero, madre... Es el hombre que amo, respondió ella a pesar del dolor.

Tú lo amas como es, pero... ¿y él? ¿Acepta de verdad a la sangre del ciervo?

Ante sus ojos apareció la imagen de la orgullosa reina britana que había conocido antes de la llegada de los hombres del Águila. No había en ella ni una pizca de la mujer enloquecida que había tratado de evitar que se la arrebataran con uñas y dientes. Su

espíritu era regio y tranquilo, pero en sus ojos azules brillaba el mismo temperamento que ella poseía en su interior.

A su lado, un venado de extraordinaria cornamenta brotó de entre la bruma. Kanna ya no giraba en el interior de ningún torbellino como una muñeca desmadejada, sino que se erguía en perfecto equilibrio sobre la superficie llana del agua. El ciervo la miró a los ojos con solemnidad.

Kanna, tú ya lo has decidido, pero este hombre no te lo deja saber, dijo su madre sin necesidad de mover los labios. *Prolongar esto solo te traerá sufrimiento, y Britania te necesita.*

Entonces... ¿debo abandonarlo ahora?, preguntó con pesar.

Tan pronto como puedas. Tu dolor será tu prueba. Te hará más sabia.

Kanna lo consideró durante lo que fue al mismo tiempo un segundo y diez siglos. Al fin supo la respuesta.

Se lo diré.

A su lado, Brillante la saludó con un relincho. Subió a su grupa de un salto y abrazó a la yegua por el cuello. La había echado de menos. Miró por última vez a su madre y espoleó al animal, saliendo así al galope a través de la bruma.

Retornó a su cuerpo con un grito. El choque entre la realidad física y espiritual la sacudió como el clímax más intenso que pudiera imaginar, sacudiéndola entre convulsiones y gemidos. Quinto se movió con ella buscando un compás que no podía alcanzar. Eran demasiado diferentes.

Cuando todo terminó, ella aún temblaba. Quinto la sostuvo con dulzura. Como siempre, se mostraba atento y dedicado con ella, pero... ¿cómo expresarle lo que acababa de vivir? ¿Cómo explicarle que había comprendido dónde estaba su mundo?

—Quinto, debes partir —murmuró en voz muy baja.

El tribuno dejó escapar un sollozo.

—Ven conmigo.

Ella le acarició la mejilla y le miró con todo el amor que le profesaba. Aunque sus ojos se llenaban de lágrimas, se esforzó por sonreír.

—Te amaré siempre, ¿me oyes? —Quinto no respondió. Tenía la expresión congestionada por la pena. Aún así, ella siguió sonriéndole—. Siempre.

Cuando regresó a la tienda de los druidas, lo hizo sola. Su padre se sorprendió al verla llegar, pero los druidas no se inmutaron. Quizás hubieran sabido desde el principio lo que pasaría. Cynfelyn torció el gesto y murmuró algo en britano que sonó muy poco halagüeño, pero ella no se inmutó. Había atravesado las brumas a lomos de Brillante y nada podría hacerle daño.

—He tomado mi decisión —dijo en una mezcla de latín y britano—. He visto al Padre Ciervo entre la bruma y me ha llamado por mi nombre. Soy Kanna.

Quinto apareció en el campamento cuando ya era de noche. Tenía los ojos enrojecidos y la tez más pálida que nunca, y su capa estaba manchada de verde y marrón. Había espinos y hojarasca en su pelo, y pequeños rasguños se enredaban en sus brazos, como si hubiese intentado pelear contra el bosque y hubiese fallado.

Sus hombres levantaron la mirada con extrañeza. Era impropio del tribuno tal muestra de desaliño.

—Las negociaciones han fracasado —anunció Quinto—. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Mañana por la mañana embarcaremos de nuevo y volveremos a casa.

Anna, la esclava de Julia, se hizo notar desde su posición junto al fuego.

—¿Y mi dómina, tribuno Laterense? ¿La has visto?

Quinto negó con la cabeza, abatido.

—Me temo que tu dómina ha renunciado a ti. Eres libre de quedarte en esta tierra o volver con nosotros a Roma para retornar al servicio de Libo. Yo no te pondré impedimentos.

La mujer se quedó boquiabierta.

—Pero... no puede ser. ¿Cómo que ha renunciado a mí?

Él no contestó. Se hacía la misma pregunta que Anna... y no hallaba la respuesta.

Capítulo 22: La despedida

La mañana despertó fría y húmeda.

Quinto no había dormido en toda la noche. Aunque sus párpados pesaban y le ardían los ojos por las lágrimas y la falta de sueño, su mente no le permitía el descanso que el cuerpo ansiaba. No dejaba de ahogarse por la pérdida que aún no se había producido pero que llegaría con el romper del alba. Por más que intentaba reconciliarse con la idea, más imposible se le hacía. Renunciar a ella... ¿cómo? Era como pedirle que se amputase su propio brazo. En realidad, la separación no dejaba de ser una mutilación espiritual.

Kanna despertó de un trance inducido por las drogas druídicas. Tan pronto como había aceptado la propuesta del consejo, sus nuevos mentores le habían procurado una pócima que liberó sus sentidos como lo había hecho el sexo. Se había pasado la madrugada tanteando el mundo que había visitado poco tiempo atrás, el reino de la bruma y los espíritus. Ya no había ni torbellino ni tormenta, sino una claridad que acudía a su mente sin prisas, dándole tiempo a deleitarse en el camino a la iluminación. Brillante, su compañera equina, la había acompañado durante el trayecto. Kanna ignoraba si su presencia en aquel mundo indicaba que había muerto durante su viaje a Britania o que, como ella, podía atravesar la frontera entre los mundos para encontrarse con su alma gemela.

En cualquier caso, estaba contenta porque eso significaba que podría disfrutar de su compañía incluso a través del océano. Ojalá hubiese podido hacer lo mismo con Quinto... pero dudaba que él fuese capaz de alcanzar tal iluminación.

Se encontraron en mitad del campamento y se miraron con ojos tristes. Kanna se angustió al verlo tan destrozado, pero se obligó a ser fuerte. Ya había tomado una decisión y ahora debía encarar las consecuencias.

—¡Dómina! —La exclamación de Anna la sacó de su ensimismamiento. Había olvidado que la esclava seguía allí, a su espera. Era tan fiel y entregada que no se imaginaba una criada mejor—. ¿Vas a quedarte aquí?

—Sí, amiga mía —respondió Kanna con una sonrisa—. Ya no soy tu dómina. Regresa a casa de mis padres y entrégales esta carta.

Le dio un pergamino doblado y le cerró los dedos sobre él en un signo de confianza.

—Les he explicado lo que ha ocurrido y les he transmitido mis mejores deseos. Diles que aquí soy más feliz de lo que seré jamás en Roma. No puedo enumerar todo lo que han hecho por mí, ni lo mucho que les agradezco todo su amor durante estos años. Siempre los recordaré, igual que a ti. —Anna negó con la cabeza, como si no terminase de creer lo que escuchaba—. ¡Ah! También les pido que te liberen de mi parte.

—Pero... ¿qué dices, dómina? ¿Cómo vas a quedarte aquí? —Anna le devolvió la carta—. No, no... Por los dioses, no puedes. Tus padres me enviaron para asegurarse de que te llevaba de vuelta. ¡No puedo faltar a mi cometido de este modo! Si regreso sin ti...

—No te harán ningún daño. En esta carta se lo explico todo. Además, dudo que mi padre te castigase por una decisión que sabe que debía tomar.

La esclava miró de reojo a Quinto, que se abstenía de mantener contacto ocular con ninguna de las dos, como si el hecho de ignorar su despedida fuese a detenerla.

—Dómina...

—Kanna. Llámame Kanna.

—No puedo volver así. ¿Quién cuidará de ti aquí? ¿Los britanos? Oh, no, por los dioses... He visto cómo te miraba ese hombre, Cynfelyn... No podría perdonarme si te abandonase aquí, por mucho que digas que lo haces porque quieres.

—Puedes quedarte conmigo si así lo deseas —respondió Kanna—, pero te libero de tu servicio igualmente. Si quieres vivir aquí, lo harás como mi amiga y nada más que eso.

La oferta de liberación pareció confundirla, pero la mujer asintió levemente.

—Si eso es lo que quieres, dóm... Digo, Kanna.

La muchacha se echó a reír. Iba a necesitar algo de práctica.

—Mis hombres ya están preparados —anunció Quinto al ver que los legionarios se cuadraban varios pasos más allá—. Iniciaremos la marcha enseguida.

—Iré contigo —respondió Kanna.

Él no respondió, pero ella interpretó su silencio como consentimiento silencioso. Empezaron el camino hacia la playa siguiendo la formación militar. Quinto caminaba en cabeza, con pesadumbre. No quería darse la vuelta para vigilar que ella venía detrás, pues cada vez que posaba sus ojos sobre su rostro se sentía el hombre más desgraciado de la Tierra.

Aún era incapaz de creer que fuesen a separarse. Una parte de sí mismo se prometía que no sería para siempre. Podía volver a pedir que lo destinasen a la isla, pero dudaba que el legado Urso estuviese contento con el desarrollo de los acontecimientos. Además, si regresaba, lo haría con refuerzos para luchar la guerra que no tardaría en reiniciarse. Lo haría como el enemigo de la gente de su amada. ¿Qué futuro tenía eso?

Sería mejor centrarse en su carrera política en Roma. Su tío le había prometido que le presentaría a sus contactos en el Senado para labrarse un buen futuro. Probablemente tendría que acceder a casarse con la hija de un hombre poderoso. Se imaginaba tratándola con corrección, tal y como un hombre respetable debía hacer. Sin darse cuenta, acabaría por compararla con ella. Sabría que no era justo, pero no podría evitar hacerlo. Julia... o Kanna, como había decidido llamarse ahora, era la mujer de su vida. Siempre lo sería.

Lo aciago del destino le golpeó como el hacha de un britano.

Al cabo de varias horas, la tropa llegó a la playa. Los soldados comprobaron el buen estado de la barca de remos que habían ocultado entre las rocas y la arrastraron de vuelta a la orilla. Kanna miró en derredor con una punzada de dolor. En ese mismo lugar había tomado la primera decisión que la llevaría a donde estaba ahora, y aunque no se arrepentía era una sensación agri dulce de placer y pérdida. Suponía que siempre estaría allí. Aquella playa habría de ser lo que la atase a Quinto para el resto de sus días.

El tribuno arrugó el gesto y se volvió para evitar que sus hombres se diesen cuenta del dolor que sentía. Al encontrarse a Kanna de pie, esperándolo para despedirse, quiso gritar. Las ropas britanas le sentaban bien. No era seda ni lino, pero la dotaban de la belleza indómita que había poseído en su interior, escondida. Aunque le doliera, era consciente de que ella había elegido bien. Estaba donde debía estar.

Alargó las manos para tomar las suyas y apretarlas. Kanna, que hasta ese momento había mantenido una apariencia solemne y segura, se quebró en un sollozo. Quinto la abrazó en silencio. Limpió sus lágrimas con los pulgares y la besó en los labios sin importarle lo que pudiesen decir al respecto.

Aún sin pronunciar palabra, el tribuno bajó la cabeza y se quitó el colgante que lo había acompañado todo ese tiempo. Kanna lo imitó y dejó que se lo pusiera con suavidad. Asintió y acarició la superficie lacada entre los dedos. No necesitaba ninguna prenda que lo recordase, pero era agradable tener un regalo suyo. Ella le entregó la carta que había escrito a sus padres y él asintió.

—¿Estarás bien? —preguntó en tono bajo antes de que él se retirase de su lado.

—Sí. Eso creo.

—No te rindas, Quinto. Aunque estemos separados, una parte de mí siempre te seguirá allá donde vayas.

—Lo sé.

El tribuno volvió a besarla. Se fundieron en un abrazo solemne y sentido, cada uno encerrado en su propio silencio. Después se separaron y él subió a bordo de la barca.

—Te amo.

—Yo también a ti —murmuró ella.

Los remos de la barca comenzaron a moverse contra las olas y la embarcación se separó de la orilla. Quinto se volvió para mirarla por última vez. Levantó la mano y la agitó suavemente. Ella, desde la playa, le devolvió el gesto.

La barca llegó a la galera. Kanna distinguió desde la playa cómo lanzaban una escala para que los soldados subiesen a bordo antes de izar la chalupa. Se oían las voces de los marineros dando órdenes y levando el ancla, traídas por la brisa que le enredaba el cabello. Kanna sonrió levemente. Se había prometido entereza.

En el barco, Quinto se asomó desde la cubierta para tratar de distinguir la figura de Kanna en la arena. Le parecía distinguirla en pie, tal y como cuando se había despedido de ella. Cuando la embarcación comenzó a moverse, la imagen se volvió cada vez más lejana hasta que, tras varios impulsos de los remos, desapareció por completo.

Kanna esperó a que el horizonte se tragase la galera y se sentó en la arena. La pesadumbre regresó con una fuerza inusitada. Había intentado combatirla recordándose que había tomado la mejor decisión posible, pero ni su espíritu inquebrantable era capaz de soportar la certeza de que jamás volvería a ver a su amor. Anna se apresuró a rodearla con los brazos. Sin poder evitarlo, la muchacha se echó a llorar y enjuagó sus lágrimas en el vestido de su antigua esclava.

Capítulo 23: Las hogueras del solsticio de verano

Después de tantos latidos que ya no supo contarlos, se dio cuenta de que no funcionaría.

—No. No puedo.

Había intentando contener el dolor, arrugar el gesto, morderse el labio hasta que doliera. Había vuelto la mirada para evitar la imagen de la tierra donde abandonaba a la única mujer a la que había amado. Se había recordado lo mucho que lo esperaban en Roma y la prometedor carrera política en la que podría volcar sus pasiones de ahora en adelante.

Pero no funcionaría.

Quinto se apartó del mástil y volvió la vista hacia lo que desde allí era un punto verde y gris. Aún podía conseguirlo. Sería agotador, pero el amor le daría fuerzas. Todavía no era demasiado tarde. ¡Tenía que volver!

Tomó la carta que ella le había entregado y se la dio a uno de sus oficiales.

—Entrega esto a Cayo Aurelio Libo. Es una carta de su hija. Hazlo por tu honor, centurión.

—Sí, señor, pero... ¿por qué?

—¡Hazlo!

Quinto se soltó las lazadas de cuero de la coraza y se la quitó con rapidez. Produjo un sonido metálico cuando golpeó el suelo de la cubierta. Lo siguiente fue el cinturón con el protector de metal.

—¿Señor? ¿A qué se debe esto? —preguntó el centurión.

Él no contestó. Le temblaban las manos. Iba a hacer la locura más grande de su vida, una de la que quizá no saliese vivo... pero por nada del mundo pensaba echarse atrás. Ya había retrasado demasiado el tiempo de tomar una decisión.

—Es la mujer a la que amo —dijo, más para sí que para el oficial—. Ella no puede venir conmigo... pero yo sí puedo volver con ella.

Se subió a la baranda y se lanzó al agua de cabeza, penetrando en el mar helado como un delfín que saltase entre las olas. Al salir a la superficie dejó escapar un grito de júbilo.

—¡Hombre al agua! —gritaban en el barco. Varios soldados se asomaron desde cubierta para ver lo que ocurría... pero en lugar de quedarse para aceptar su auxilio, Quinto echó a nadar de vuelta a tierra.

A Britania.

Kanna se había sentado en la arena para mirar el mar. Ya se había puesto el sol y comenzaba a hacer algo de frío, pero aún no se sentía con fuerzas para levantarse y emprender el camino de vuelta a casa. A su nuevo hogar.

Anna dormitaba a su lado. Sonrió al ver cómo su respiración producía divertidas formas en la arena. Tendría que explicarle que ya no le debía completa sumisión y que podía hacer lo que quisiera. Suponía que los viejos hábitos serían difíciles de evitar, pero en eso las dos tenían trabajo que hacer. Al fin y al cabo, acababa de iniciar una nueva vida y había muchísimo que aprender.

Estar allí le recordaba a Quinto. Decidió que cuando le echase de menos volvería para recordar el momento en que se habían amado con pasión. Lo haría con nostalgia, pero sin dolor, tratando de mantener el ánimo y recordar con alegría lo que le había dado la llave a un mundo nuevo y lleno de posibilidades.

Mirar al horizonte y saber que, más allá de donde podía ver, Quinto se alejaba de ella, era extraño. En el fondo, una parte de ella lo notaba cada vez más cerca. Quizás el romano hubiese aprendido a transmitir su espíritu como ella. Ojalá.

Suspiró y posó los ojos sobre la luna. Iba a ser un comienzo difícil.

Al bajar de nuevo la mirada, le pareció que algo surgía de entre las olas. Sacudió la cabeza. Debía de ser un banco de peces que aprovechaban la noche para salir a comer a la superficie. De nuevo, otro chapoteo. No supo por qué, pero la imagen le produjo una inquietud difícil de eludir.

Se puso en pie y despertó sin querer a Anna.

—¿Qué ocurre, dómina?

Una persona brotó del mar. Se arrastraba por la orilla en contra de las olas que amenazaban con llevárselo de nuevo. Kanna apenas podía creer lo que veían sus ojos. Su corazón se saltó un latido. De inmediato, echó a correr hacia él sin importarle que los pies se hundiesen en la arena revuelta.

El hombre alzó la mirada y sonrió. Intentó decir algo sin éxito y se tendió, al fin tranquilo. Kanna le tomó de los brazos y tiró de él para apartarlo del mar.

—¿Qué has hecho? ¿Estás loco? ¡Podías haber muerto!

Quinto sonrió entre sus brazos.

—Habría merecido... la pena... de todos modos...

Sin pensar en que necesitaría respirar, Kanna se inclinó sobre él y le besó en los labios hinchados y cuarteados por la sal. Su piel estaba helada, pero sonreía. Ella también. Su corazón bombeaba con tanta fuerza que parecía a punto de salirse del pecho.

—¿Te quedas conmigo? —preguntó, aunque sabía que no era necesario.

—Ahora y siempre.

Tal vez se acercasen tiempos de guerra. Quizás el destino fuese a depararles reveses, momentos amargos o desilusiones. Todo era posible. Pero a Quinto no le importaba lo más mínimo. Había tomado una decisión y no se arrepentía de ella. Ahora que se había reencontrado con su amada después de creerla perdida para siempre, sabía que había elegido la opción correcta.

Las hogueras que ardían en la playa eran tan altas y brillantes que casi se podía decir que fuese de día. El círculo de britanos se había reunido para celebrar el Solsticio de Verano como solían: cantando y bailando en torno a los fuegos con el fin de espantar a los malos espíritus. No solo los druidas tenían la responsabilidad de hacerlo: todos los britanos debían colaborar y entregarse a la fiesta, en un descontrol que celebraba la vida y la fertilidad. Caradawc le había dicho que muchos niños eran concebidos esa noche, pero Kanna respondió con una sonrisa, mientras se tocaba el vientre cada vez más hinchado, que no podrían cumplir con la tradición ese año.

Además del baile y la euforia, aquella noche fue especial para Kanna por otra razón: iba a contraer matrimonio. El druida que llevaría a cabo el rito era el mismo que le había profetizado su destino cuando era una niña. Le pareció adecuado que fuese él, de todos, quien la uniera al hombre que amaba. Aquel hombre a quien el destino había puesto en su vida en el momento oportuno para que empezase a cambiar.

Junto a la hoguera, con los ojos castaños brillando en un ardiente naranja, Quinto la esperaba sin dejar de sonreír. Había aceptado la túnica de lana basta de buena gana, pero dejarse la barba larga fue lo más difícil de todo. Pronto podría empezar a hacerse trenzas, como el resto de los britanos, pero Kanna no estaba segura de que fuese a ceder en eso. En cualquier caso, le encontraba atractivo de todas las maneras. No había otro rostro a cuya vera quisiera despertar cada mañana.

Cuando llegó a su lado, él la tomó de la mano. La miraba con un fervor tal que hasta el ardor de la hoguera se le quedaba frío. No necesitaba casarse con él, aunque le gustase la idea de hacerlo: su relación había quedado sellada desde que Quinto había cometido la locura de saltar por la borda y nadar varias millas de vuelta a la costa. Cada vez que recordaba que podía haber muerto, una desazón inevitable se instalaba en su estómago.

—Estás muy hermosa —murmuró él en britano.

—Tú sí que estás hermoso —respondió ella con torpeza en el mismo idioma.

Quinto rio. Le había dicho varias veces que esa palabra no se aplicaba para los varones del mismo modo que para las mujeres, pero no le importaba. Le gustaba el modo en que él respondía siempre, con un leve sonrojo y una carcajada.

—Kanna y Quinto han decidido casarse esta noche —anunció el druida—. Los augurios son claros y propicios: de esta unión solo habrá felicidad, hijos y amor. ¿Alguien tiene alguna objeción que poner a que ate el nudo que los convertirá en uno solo?

Nadie dijo nada. Todos se mantenían expectantes, sonrientes.

—¡Muy bien! —El druida tomó una tira de cuero y lo pasó en torno a sus muñecas, anudándolas suavemente para mantenerlas juntas pero no cortar la circulación sanguínea—. Que los dioses os provean y hagáis dichosos nuestros corazones con vuestro amor.

Quinto la tomó de la nuca con su mano libre y la besó. En un matrimonio romano, aquel beso habría de ser casto y medido, pero en Britania no había reglas respecto a eso. Ella le rodeó el cuello con el brazo y se apretó contra él, disfrutando del beso y los tambores que traía consigo.

La multitud rompió en un aplauso y tambores de verdad empezaron a sonar. Los britanos comenzaron a bailar en torno a las hogueras sin importar la edad o el sexo, mezclándose unos con otros en una danza salvaje. Kanna cogió a Quinto de la mano y tiró de él hacia la hoguera más próxima.

Era la primera vez para ambos, pero no les importaba. Mientras hubiera pasión, habría tiempo de aprender a hacerlo bien.

Notas de la autora

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecida si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Para dejar un comentario en Amazon, por favor haga click [AQUÍ](#)

Suscríbete a mi lista de correo para mantenerte al tanto de mis futuras publicaciones. Para suscribirte has click [AQUI](#)

Conéctate con Luisa M. Cisneros

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:

Facebook: <https://web.facebook.com/luisamarcisneros>

Twitter: <https://twitter.com/luisamcisneros>

Mis mejores deseos,

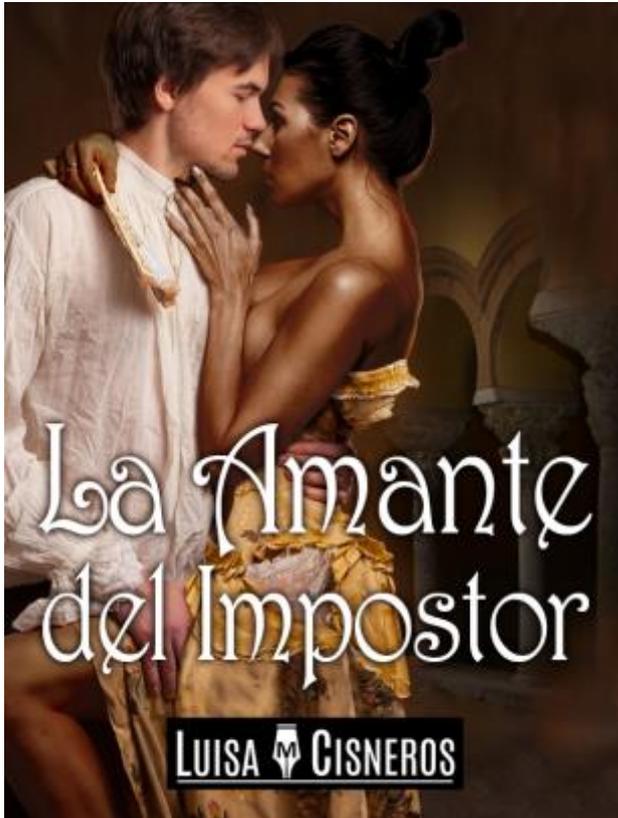
Luisa M. Cisneros

Autora

<https://amazon.com/author/luisamcisneros>

Otras obras de la autora

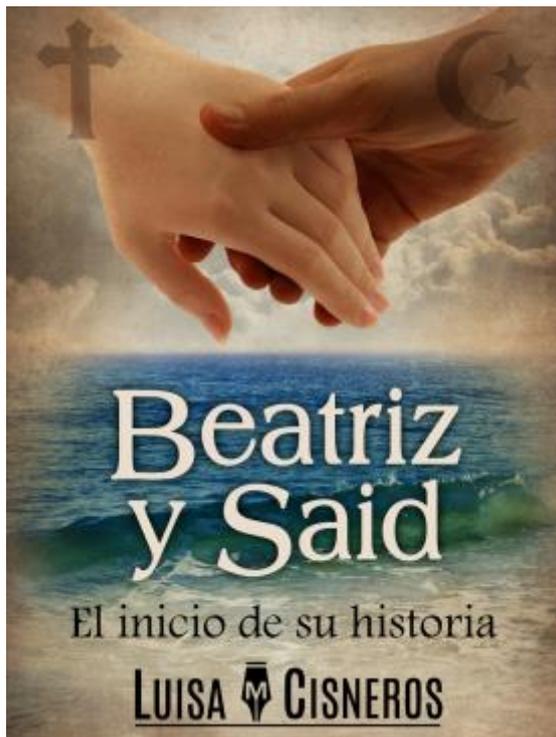
La Amante del Impostor



En el siglo XVII, Guillén de Lampard es un rebelde irlandés contra la Corona Inglesa que no desaprovecha la oportunidad de escapar antes de ser aprehendido. Por azares del destino llega al nuevo continente haciéndose pasar por un enviado de la Corona Española. En el virreinato de Nueva España una joven llamada María del Carmen Moctezuma, hija de un terrateniente español y una mujer indígena, jamás ha conocido el amor y su única ambición es restaurar el trono de su linaje derrotado por los españoles hace siglos. Cuando María y Guillén se conocen sus respectivas ambiciones individuales quedan relegadas por la indetenible pasión que los unirá para siempre. Convertidos en amantes, juntos deciden emprender una revolución para derrotar a la Corona y restaurar el trono de Moctezuma. No obstante María esconde un secreto sombrío y sobrenatural que los pondrá en peligro. Lo real y lo mágico se funden en un mundo salvaje y cruel lleno de ansias de poder, dobles intenciones, lujuria, fanatismo religioso, conspiraciones, fantasmas y traiciones donde el verdadero amor está a un solo paso de arder en la hoguera. Nadie sabe lo que cada corazón esconde. Nadie sabe cuánto tiempo arde un corazón rostizado por el fuego.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01DR1IA78/>

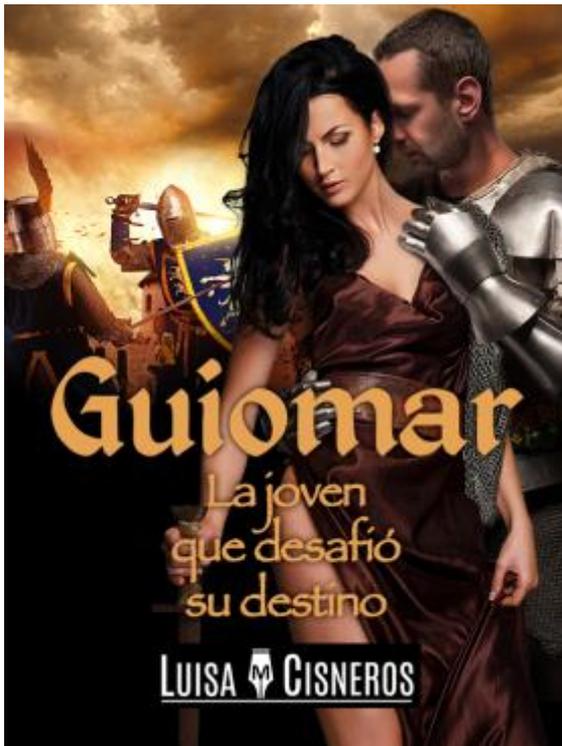
Beatriz y Said: El inicio de su historia



Valencia, 1348. Para Beatriz, una muchacha cristiana experimentando cambios en su cuerpo y que pronto se convertirá en mujer, la vida parece predeterminada hasta que un suceso lo transforma todo por completo: encuentra una moneda de oro en el mar, que la atrae y la seduce, pero por la que casi se ahoga al intentar agarrarla. Afortunadamente es rescatada por un joven musulmán llamado Said. Desde entonces, surge entre ellos un amor puro pero condenado desde el inicio, ya que ambos pertenecen a distintas religiones y tanto sus padres, como sus respectivas comunidades, se oponen a que vivan su amor en plenitud. Al mismo tiempo, la tranquilidad del reino es perturbada por la presencia de una misteriosa y fatal enfermedad cuya característica principal es la aparición de manchas negras y que no tarda en propagarse. En una época plagada de prejuicios, hambre, resentimiento y superstición, un amor clandestino y prohibido como el de Beatriz y Said parece destinado a perecer al igual que el resto del reino de Valencia contagiado por la peste negra. ¿Podrá el amor y la esperanza ser el único remedio contra la desgracia?

Disponible en Amazon: <https://www.amazon.com/dp/B01MQXBA9U>

Guiomar: la joven que desafió su destino

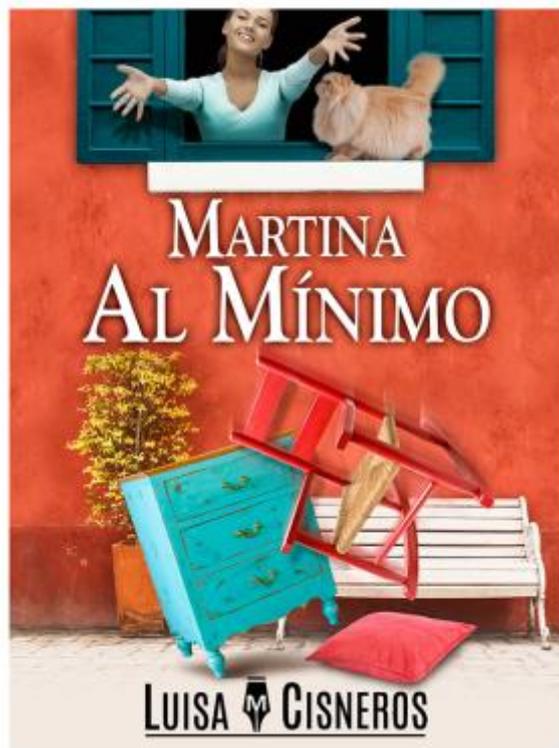


Guiomar es la última hija de la noble estirpe de don Froilán. Desde pequeña se siente fascinada por el mundo de los caballeros y las batallas, y cuando su padre recibe el llamamiento para que alguno de sus hijos vaya a luchar a la guerra decide, en secreto, que se hará pasar por un muchacho y acudirá ella a la llamada bajo el nombre de Juan de Valdeón.

En el campo de batalla traba amistad con un compañero y empezará a sentir por él algo más que amor fraternal (sentimiento que se ve correspondido), pero que choca con su papel de hombre. Su decisión la arrastrará a una situación en la que tendrá que decidir entre el honor y el amor.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01FZNKJ34/>

Martina al Mínimo: Hippie feliz 1

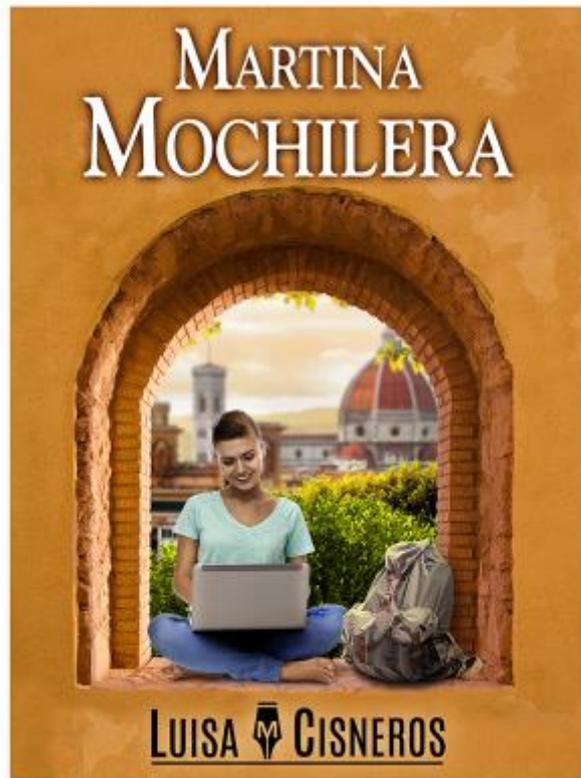


La vida de Martina, que se acerca a la treintena, da un giro inesperado cuando se encuentra a su novio en la cama con su jefa. Sus planes de futuro se desmoronan de un día para otro y ella está a punto de sumirse en una depresión terrible. Por suerte, su amiga Sonia, que siempre ha sido un poco hippie, le desvela las claves que rigen su vida: minimalismo, nomadismo y poliamor.

Martina dará un paso adelante para cambiar radicalmente siguiendo estos tres principios. Pero, aunque tenga la llave de la felicidad, no le será fácil girarla: liberarse de las cadenas impuestas por la sociedad tradicional es más complicado de lo que parece. Conocer a Eduardo, un atractivo catedrático de literatura, será otra dificultad más; aunque afirme admirar esta filosofía, quizá no esté tan despegado de lo material como parece... ¿Cómo conseguirá Martina conciliar sus sentimientos con sus sueños?

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B071XYR2HW/>

Martina Mochilera: Hippie feliz 2



Tras liberarse de los lastres materiales y las ataduras que la retienen en Madrid, Martina ha decidido poner rumbo a un país extranjero al azar, ¡y ese país es Holanda! Ha llegado el momento de comprobar si funcionará la segunda de las filosofías de las que le habló Sonia, la amiga que la ayudó cuando su vida se había desmoronado. Una vez ha cumplido con el principio del minimalismo, es hora de embarcarse en el nomadismo. Ámsterdam es la primera de las muchas ciudades que visitará Martina. En su viaje a través de Europa, la intrépida viajera se topará con bellísimas estampas, obras de arte, deliciosa comida y distintos modos de vida. Y también se encontrará con varios compañeros de viaje que le enseñarán cosas sobre sí misma que aún no conocía. Pero, ¿habrá espacio para el amor en un viaje sin rumbo por el viejo continente? ¿Hasta qué punto es compatible la vida nómada con el corazón?

Disponibile en Amazon: <https://amazon.com/dp/B06ZYXKSD3/>

Beatriz y Said: Trilogía Romántica



Esta obra contiene las tres novelas de la serie Beatriz y Said: El inicio de su historia, Tiempos de esperanza, La conciliación

El inicio de su historia

Valencia, 1348. Para Beatriz, una muchacha cristiana experimentando cambios en su cuerpo y que pronto se convertirá en mujer, la vida parece predeterminada hasta que un suceso lo transforma todo por completo: encuentra una moneda de oro en el mar, que la atrae y la seduce, pero por la que casi se ahoga al intentar agarrarla. Afortunadamente es rescatada por un joven musulmán llamado Said. Desde entonces, surge entre ellos un amor puro pero condenado desde el inicio, ya que ambos pertenecen a distintas religiones y tanto sus padres, como sus respectivas comunidades, se oponen a que vivan su amor en plenitud. Al mismo tiempo, la tranquilidad del reino es perturbada por la presencia de una misteriosa y fatal enfermedad cuya característica principal es la aparición de manchas negras y que no tarda en propagarse. En una época plagada de prejuicios, hambre, resentimiento y superstición, un amor clandestino y prohibido como el de Beatriz y Said parece destinado a perecer al igual que el resto del reino de Valencia contagiado por la peste negra. ¿Podrá el amor y la esperanza ser el único remedio contra la desgracia?

Tiempos de esperanza

Zonas fronterizas con el reino de Valencia, finales de otoño de 1348. Huyendo de la peste negra, Beatriz y Said, junto a sus respectivas familias, emprenden un viaje para buscar un nuevo asentamiento fuera del caos vivido en Valencia, hasta que logran ser aceptados dentro de una comunidad cristiana conocida como el Campo de los Salvados. Si bien todo parece prometedor en este lugar ajeno a la enfermedad y la intolerancia, la llegada del invierno anticipa un período de hambre y privaciones que obliga a buscar soluciones inmediatas entre sus habitantes. La calma es una frágil apariencia y pronto comenzarán a notarse las diferencias entre cristianos y musulmanes dentro del lugar. El amor entre Beatriz y Said sigue siendo prohibido por sus familias, razón por la cual acuerdan mantener las distancias a medida que se adaptan a esa nueva vida, tratando de recuperar las esperanzas de todo lo perdido en sus nuevos hogares. Pero ¿podrán permanecer alejados el uno del otro por mucho tiempo? ¿Cómo impedir que sus cuerpos atormentados por la separación no quieran abrazarse hasta fundirse en uno solo, por encima de la culpa y el deber? La enfermedad ya no es una amenaza, pero el amor que ellos sienten es casi tan peligroso y mortal como el invierno que se avecina.

La conciliación

Valencia, 1349. Guiados por los rumores de que la peste negra ya ha dejado de asolar la ciudad y tras haber abandonado el Campo de los Salvados, un grupo de familias árabes y cristianas emprenden el arduo camino de regreso a Valencia, sin saber el estado en que la encontrarán ni los peligros que enfrentarán antes de llegar. Entre ellos se encuentran Beatriz y Said, quienes han decidido mantener su amor casto, en común acuerdo con sus familias, con la esperanza de hallar una alternativa que les permita estar juntos del modo en que desean. Sin embargo, a pesar de las grandes esperanzas por un futuro mejor los problemas de Valencia no han acabado con la peste, y las tensiones entre los distintos grupos religiosos cobran mayor fuerza cada día. Por encima de las dificultades, Beatriz y Said lucharán por su amor pero la sombra de los celos se interpone entre ellos con la aparición de un misterioso y adinerado mercader cristiano que se fija en Beatriz, quien pretende cortejarla con la intención de hacerla su esposa. ¿Es esta la prueba definitiva para su amor? ¿O es la renuncia a esa pasión prohibida el último acto necesario para que ambos puedan ser felices?

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B06XBDJS1Q/>